FRAGMENTOS DE LA TIERRA ROTA
ELAINE VILAR MADRUGA

FRAGMENTOS DE LA TIERRA ROTA
Elaine Vilar Madruga

© 2017, Sportula, por la presente edición
© 2017, Elaine Vilar Madruga

Ilustración de portada: Algolonline, 3000AD y Sportula
Diseño de cubierta: Sportula

Primera edición: abril, 2017

SPORTULA
info@sportula.es
www.sportula.es

Este libro es para tu disfrute personal. Nada te impide volver a venderlo ni compartirlo con otras personas, por supuesto, y nada podemos hacer para evitarlo. Sin embargo, si el libro te ha gustado, crees que merece la pena y que el autor debe ser compensado recomiéndales a tus amigos que lo compren. Al fin y al cabo, no es que tenga un precio exageradamente alto, ¿verdad?

ÍNDICE

Khatakali
Paradoja
Mariposas del Oeste
Promesas de la Tierra Rota

Sobre la autora

Sportula

KHATAKALI

Mi madre me quería distinta del resto de los niños nacidos en la Generación Destruida. Era su sueño, uno de los pocos que había sobrevivido al Largo Invierno luego del paso de la peste de Nake. Me lo explicaba en voz baja, como un cuento de hadas, mientras ambas nos agarrábamos los dedos en silencio. La respiración de mis abuelos, desde las esteras cercanas, sonaba como un fuelle.

Su sueño se hizo un agujero negro.

Fui una niña como otra cualquiera.

Fea. Delgada. Enferma.

El Largo Invierno había dejado huellas en mi cuerpo: una mano atrofiada, semejante a la aleta de un pez. Sin embargo, tuve un nombre hermoso y raro, como mi madre quería.

Khatakali, que quiere decir —en el idioma de los antiguos— historia.

Los ancianos de nuestra comunidad le habían traído a mi madre el libro donde se ocultaban los nombres permitidos por los dioses luego del Largo Invierno. Eran nombres buenos. Apartaban la maldición de la muerte. Pero ella se negó. *No los quiero,* dijo. *Mi hija ya tiene el suyo.* Y Khatakali fue, pese a que los ancianos mascullaron palabras de magia rabiosa y algunos, incluso, bordaron en el aire el signo de Nake.

No te gustaba tu mano enferma.

Parezco un renacuajo, decías, y luego te esforzabas en vano por cubrir los pliegues, la carne, el bamboleo. No eras la única. Otros habían nacido peor que tú. Sin piernas. Sin rostro. Sin ojos. Sin sexo. Niños-árboles. Niños-sapo. Niños-cara-de-tigre. Niños-sirena. Niños-cíclope. Monstruos.

Tu madre te adoraba a pesar de todo. Exactamente igual al resto de las madres de los hijos del Largo Invierno que abrazaban, besaban y querían hasta lo inverosímil a aquellos cuerpos deformes.

Los magos intentaron curarte. Curarlos. Disimular con hechizos las hendiduras de la carne, las extremidades duplicadas contra natura, los rostros de cera. Pero la magia no fue suficiente. Quizás porque los dioses habían abandonado a Ardalohum desde mucho antes del Largo Invierno: toda traza de maravilla que quedaba en la tierra comenzaba a desaparecer con el paso de los siglos. Los magos se dieron por vencidos.

Nake era más fuerte.

Fue entonces que todos recordaron a los *medcs*, a aquellos hombres que vivían encerrados en los domos —una ciudad dentro de otra—; alquimistas del hierro, el vapor y la sinestesia. Gente que nadie quería ver.

Los despreciados. Los escupidos. Aquellos que conocían artes impronunciables, quizás —aventuró alguien— incluso más poderosas que la magia decadente.

Los viejos, en un último trago de humillación, fueron los encargados de tocar a las puertas de los domos. Llevaban regalos, ofrendas, sobornos. Lo que fuera necesario para ayudar a aquellos niños con sangre Nake. Algunos viejos fueron caminando de rodillas: la carne hecha jirones, las varas de poder inclinadas en señal de sumisión, los ojos cubiertos de cenizas.

Las ciudades-domos de los *medcs* abrieron sus puertas, y los viejos penetraron con sus promesas de un mejor día, y las súplicas.

Al salir, eran quince veces más ancianos.

Y dijeron: *Se hará.* Las madres gritaron de alegría.

Pero los viejos bajaron las varas de poder, con un gesto de impotencia, y afirmaron: *No hay que celebrar nuestra desgracia.*

Pero las madres volvieron a gritar.

Casi todos los niños nacidos luego del Largo Invierno sobrevivieron a la tecnología de los *medcs.*

Algunas pocas madres se negaron a traicionar a la magia y prefirieron ver cómo sus niños-sapo, sus hijos-mosca, sus bestias informes morían atragantados ante el aire que se trababa en aquellos pulmones incompatibles con la vida.

Ardalohum lloró la muerte de los niños, pero los ancianos suspiraron aliviados.

Otras madres decidieron que sus hijos vivirían, sí, con el estigma de lo diferente. Un ojo de más. La ausencia de extremidades. Una cola. Rostros de cera derretida. Una mano atrofiada.

Como Khatakali.

Casi todos los hijos del Largo Invierno sobrevivieron a la tecnología de los *medcs.*

Entraban en las Factorías encerradas bajo los domos en grupos de veinte o treinta, reunidos en un montoncito tembloroso. Sus madres recitaban una última plegaria a los dioses que ya habían abandonado Ardalohum. Los ancianos arrojaban trazos débiles de magia. Y esperaban. Conocían el precio.

Volverán, sí. Pero ya no serán los mismos.

Sanos. Pero ya no los mismos.

Sanos.

Aquella palabra había sobrevivido al miedo y la reticencia.

Los *medcs* cumplieron su promesa.

Las madres y los viejos tuvieron de vuelta a los niños de la generación del Largo Invierno.

Las Factorías escupían su vapor, su polvo, sus sonidos de rueda engrasada hacia el aire de Ardalohum. Luego se abrían las puertas, y los pequeños salían a la luz.

Sanos. Pero ya no los mismos.

Eran solo cáscaras. Una cobertura de piel. Un cuerpo funcional. Ojos vacíos.

Les han robado el alma, dijeron los viejos.

El soplo del alma, gritaron las madres en medio del espanto, sin saber qué hacer con aquellas cáscaras perfectas.

Los viejos alzaron las varas y esbozaron en el aire signos de maldiciones. Algunos, los más osados, arrojaron un trazo de magia antigua, roja como vino, sobre las torres de las Factorías. Pero la magia, al chocar contra el hierro y el vapor se hizo una sombra entre sombras. Fue diluyéndose.

—Khatakali, fue una buena decisión.

—Lo sé.

—Además, apenas se te nota.

—Lo sé.

—Tu brazo, qué tontería. Eres casi normal.

—Casi.

—No puedo imaginar cuánto sufren las otras madres.

—Ah.

—Un hijo vacío.

—Algunos han aprendido nuevamente. A hablar. A pensar. A actuar.

—No te engañes. Algunos imitan lo que ven. Pero son espectros. Y nada más.

—No sabes, mamá.

—No, no sé. Pero he oído. Y he visto. Nunca me pararé cerca de una Factoría nuevamente, Khatakali. Me da miedo. Miedo a que me chupen el alma con sus hechizos de hierro.

—A veces quisiera… qué sé yo… ser normal.

—No seas loca.

—Normal.

—Serías una cáscara.

—Soy rara.

—Khatakali.

—Hasta tú me miras distinto.

—No seas loca. Soy tu madre, ¿cómo voy a mirarte así?

—Con alivio. Pero también con lástima.

—No quiero hablar más.

—Mamá…

—Olvida eso, Khatakali. Por encima de mi cuerpo muerto. No te dejaré. Nunca.

Vivíamos en la periferia de Ardalohum. Casi nunca nos acercábamos a las Factorías o a las ciudades-domo.

Sin embargo, desde el techo de mi casa, podía verlas.

A lo lejos.

Sus torres. Su humo. Y si hacía silencio, mucho silencio, casi se podía escuchar el sonido del hierro, el vapor y la magia inverosímil de los *medcs.*

Porque eso debía ser: magia. Una de las antiguas y más poderosas.

Durante una década, quizás algunos años menos, continuaron naciendo niños Nake.

La generación destrozada, nos llamaron.

Y luego comenzaron de nuevo a nacer bebés perfectos, como si la huella de Nake hubiera sido una pesadilla entre pesadillas. Al principio, algunos niños llegaron con marcas apenas visibles: seis dedos, tres ojos, dos corazones. Nada más. El Largo Invierno fue quedando atrás, y los ancianos dieron gracias a la magia que volvía a regar sus bendiciones sobre los hijos de Ardalohum.

La generación destrozada.

Los niños-cáscara.

Los *nakes.*

Nosotros.

Los años pasaron.

Crecimos. Nosotros. Y ellos, los que vinieron —una década, años más o menos— después del Largo Invierno. Todos.

Entonces fue que supimos cuán distintos éramos.

Demasiado

Los *cáscaras* apenas lo notaban. Estaban más allá de este mundo. Algunos, sí, habían aprendido normas básicas de convivencia. Un lenguaje rudimentario. Señas. Pocos caminaban con una oscilación de primates. Los *nakes* comenzamos a ocultar nuestros defectos ante los ojos de aquellos que sí estaban completos y para quienes éramos el recuento de una época que no debió existir… que no existió nunca.

Distintos. Y sucios.

Un *norma* no podía usar un objeto que hubiera sido antes utilizado por un *nake.* Ni dormir en la misma habitación. Ni tomar la misma sopa. Ni beber de la misma fuente.

Un *nake* no podía aspirar a aprender los signos de la magia. No podía besar ni siquiera el piso por donde había caminado, segundos antes, un *norma.* Ni vestir su ropa usada.

Distintos.

E intocables.

Algunos acudieron a las Factorías.

Otros, a la magia más extrema dentro de las distintas cepas. Los hechizos mal urdidos sobre sus cabezas hicieron que en ocasiones se incorporara un nuevo nombre a la lista de los olvidados.

Algunos se cubrían la carne enferma con capas y capas de ropa.

Otros diseñaron holografías apenas creíbles que simulaban la normalidad inexistente.

Unos pocos recordaron a los *medcs,* a aquella historia del pasado sobre niños convertidos en sombras, madres que maldecían a la estirpe de los hombres del vapor y el hierro, y viejos que
—encorvados por el peso avasallador del cansancio— arrojaban hechizos inútiles contra los domos y las Factorías.

Aquella historia sonaba a leyenda. A mentira.

Algunos acudieron a las Factorías.

Muchos, incluso, regresaron.

Cambiados.

Pero sanos.

Pero cambiados.

Sanos.

A los veintidós años lo conocí.

Él apenas había cumplido dieciséis, y ya sus padres lo habían ordenado dentro de su cepa: estaba destinado a convertirse en mago. A tomar la vara y beber de la fuente del universo, de donde nacen todas las cosas, y hacia donde todas las cosas van… tarde o temprano.

Yo no existía para él.

Era una de las tantas jóvenes *nakes* que limpiaban los escalones de su casa por unos créditos roñosos que sus padres arrojaban, en forma de holografía monetaria, desde las ventanas. Aquellos créditos significaban un día más de comida para mi madre, para mis abuelos, y para mí. Yo, igual que todos los *nakes*, peleaba por esos créditos… y a veces los conseguía. Como una ladrona, de inmediato los escondía dentro de mi tarjeta ID, incrustada como una piedra en la muñeca de mi mano sana.

Barría los escalones de su casa día tras día.

Al principio, cuando aún no lo había visto, lo hacía por los *holocréditos.*

Luego lo vi.

Holocréditos y amor. Una mezcla desastrosa. «Había una vez, una *nake* enamorada de un *norma*…» Así comenzaban todos los buenos chistes de moda. Hasta los intocables nos reíamos de ellos, qué otra cosa hacer.

Me sentía ridícula.

—¿Eres idiota, intocable? —me preguntó la primera vez, sin dirigirme siquiera una mirada de desprecio.

Aquel día se había levantado muy temprano para estudiar sus hechizos. Se sentía con suerte: un futuro mago. La suya era aún magia primitiva: golpes, transmutación, alquimia. Golpes que practicaba arrojándolos contra los *nakes* que limpiábamos el suelo de su casa.

Él era hermoso.

Tenía una sonrisa todavía demasiado infantil. El pelo largo y rubio, amarrado en una trenza apenas con forma. Los ojos dormidos.

Arrojaba aquellos golpes de poder y era bello, y terrible. Como uno de los magos en las historias de mi madre.

Sin querer, la punta de mi trapo de limpiar rozó la punta de su bota claveteada de agujas. Un toque apenas perceptible. Pero él lo sintió.

—Me has ensuciado, intocable.

—Perdón… —intenté hablar, pero la bota se incrustó en mi mano, y las palabras se me hicieron sangre y agujas.

—No hables —volvió a decirme—. Al levantarme, el sonido de la voz de un *nake* me da dolores horribles de cabeza.

—Perdón.

La bota se incrustó más. Volví a chillar.

—¿Serás *cáscara*?

—No.

—Entonces, ¿cómo no entiendes lo que acabo de decir?

—Perdón.

Sangre. Chillido.

—¿*Cáscara?*

—No.

—Entonces eres un *nake* idiota si repites el mismo error tantas veces —dijo, y me soltó la mano.

No me atreví a mirarlo a los ojos. Hubiera sido demasiado.

Escuché como continuaba practicando sus hechizos contra el resto de los *nakes* a su alrededor.

Contra mí, no.

Antes de marcharse, sentí el tintinear de una moneda que cayó a mi costado.

—Deja de limpiar… lárgate. Y no llores —me dijo.

La bota no se encajó en mi mano de nuevo.

No lloré.

Cuando alcé la mirada, él ya no estaba.

Estaba la moneda.

De cobre. Verdadera. No *holomoneda.* Una de verdad. Y mía.

Su regalo.

Pudiste haber vendido aquella moneda.

No lo hiciste.

No.

Tu madre te dijo: *Eres una tonta, con esta moneda cuántas cosas no pueden comprarse, comida, ropa, magia para los dolores de tu abuelo. Y no quieres.*

No quisiste, a pesar de la recriminación.

Haz lo que quieras, fueron sus últimas palabras. *Pero ya sabes, una nake y un norma… Eso no se admite. Vas a sufrir.*

Lo sabías.

Pero no vendiste la moneda.

—Eres extraña incluso para ser *nake*— dijo el joven aprendiz de mago con una sonrisa. Su trenza, apenas un montoncito de pelos enredados, se deshacía poco a poco por medio de uno de sus hechizos.

—Me llamo Khatakali.

—No me importa.

Mi silencio.

—Es un nombre bonito —terminó él—. Pero igual eres *nake*.

—Mejor *nake* que *cáscara.*

—Sí.

Su silencio.

—Me llamo Zilm-erdh.

Su silencio.

—No me gusta que me llamen así. Ni siquiera mis padres. Es un nombre de idiota. Zilm-erdh. Es casi lo mismo que llamarse mierda.

Mi silencio.

—Puedes decirme «señor».

—Sí, mi señor.

—Eres rara incluso para ser *nake.* Ni siquiera eres demasiado fea. ¿Cuál es tu tara?

—Un brazo. Pero no me gusta hablar de eso.

—¿Uno de más… o de menos?

—Un brazo inútil.

Nuestro silencio.

—Casi no es una tara.

—Eso dice mi madre.

—Al menos no eres *cáscara.*

—Sí, señor.

—¿Sabes algo de magia?

—No, señor.

—En otros tiempos, la magia hubiera podido curarte. Lo dicen los libros. Ya no. Malo para ti. Antaño, hasta uno de mis hechizos más simples pudo haberte hecho *norma.*

—Ya no.

—Debe ser difícil limpiar todo el día los escalones de las casas.

—A veces.

—Y más aún ser *nake.*

—Al menos no soy *cáscara.*

—Pobres bichos.

—Sí, pobres bichos.

Su silencio.

—Zilm-erdh… a mí me gusta.

—¿Qué sabes tú? Hablas mucho, intocable. Si fueras *norma*, pasa. Pero mujer y *nake*…

Mi silencio.

—Qué curioso. Ni siquiera eres demasiado fea. Una Factoría podría repararte. Quiero decir… si no te hace *cáscara* antes.

—Lo he pensado.

—… señor… Olvidas bastante a menudo lo de «señor».

—Lo he pensado, señor.

—Pues no deberías pensarlo tanto. Caramba. Sigues siendo rara. *Nake* y mujer. Y piensas y hablas demasiado.

—Perdón… señor.

—Me parecía haberte dejado claro que no me gusta esa palabra… Perdón, qué asco. Ustedes, los intocables, la dicen demasiadas veces al día. Cada vez que la oigo tengo ganas de patear bocas.

—Señor…

—Sí, curioso. Todo lo curioso que puede ser. Una Factoría podría repararte. ¿Lo has pensado? Ser *norma.*

—*¿Norma?*

—Como todos. Tener un brazo útil. No volverías a arrodillarte para limpiar pisos ajenos. ¿No te gusta la idea?

Mi silencio.

— E incluso más… Alguien podría quererte. Al fin y al cabo, no eres tan fea.

Su silencio.

No me tocó.

Un aspirante a Mago no tocaría nunca a alguien como yo.

Así eran las cosas. Así debían ser en Ardalohum.

Loca. Loca. Loca. Todos estos años, todos estos intentos de protegerte, ¿para qué? ¿cómo puedes, Khatakali? ¿cómo no recuerdas? ¿quieres ser una cáscara por el resto de tu vida? Un brazo de más. Un brazo de menos. ¿cuál es la diferencia?

Los gritos de mi madre. Las preguntas de mi madre.

Mis dos abuelos arrodillados en el suelo, mirando sabe la Magia adónde. Rezándole a quién.

Eres casi normal. Casi. Un brazo de más. Un brazo de menos, no es una diferencia tan grande.

Mi madre escupió contra la sombra de las Factorías que se alzaban a lo lejos.

Maldijo a los domos y a los *medcs.* A Zilm-erdh.

Y terminó también maldiciéndome en un charco de lágrimas y arrepentimiento.

Le prometí tantas cosas.

Le dije *no voy a cambiar, no voy a ser una cáscara, pase lo que pase dentro de esa factoría nunca dejaré de ser yo*. Pero mi madre estaba inconsolable.

Aunque tenga que amarrarte contra la cama y mantenerte encerrada por el resto de tu existencia… no te voy a dejar marchar, Khatakali. Tú eres mi vida.

Yo era su vida. Lo sabía, y era cruel.

Cómo ese tonto puede valer más que nosotros. Estás loca. Loca, hijita. Loca.

Y me abrazó. Mientras, abuelo volvía a recitar los proverbios de mi cepa, aquellos que hablaban de la contemplación y la aceptación de las pruebas que la magia quiera imponer sobre sus hijos.

Cerré mis oídos. Me negué a escuchar.

Ninguno de ustedes sabe lo duro que es ser nake, les dije, con una violencia que no pretendí controlar. Luego, deshice con un gesto nervioso el signo de bendición que mi abuelo bordaba en el aire. *Ninguno de ustedes puede imaginarlo*.

Te convertirán en una cáscara.

No.

Y seguí repitiendo aquel «no» mientras mamá intentaba agarrarse con sus manos flacas a mis muslos, y abuelo esbozaba en el aire un signo nuevo que intentaba mantener clausurada la puerta que daba a la calle.

Ella se rompió en un sollozo cuando la puerta cedió bajo el impulso de mi mano.

Volveré, les dije, y aquella era una promesa.

Pretendía serla.

Caminas por las calles desiertas tras el toque de queda.

No te preocupa demasiado. Sabes que nadie se atrevería a tocar a un *nake*. Ni aún si este viola las leyes de Ardalohum.

Nadie te tocará.

Ser un apestado te hace también extrañamente libre.

Las Factorías parecen cada vez más cercanas, tangibles. Ya no lucen como fantasmas encapuchados de otro tiempo. Sus cuerpos de óxido y humo son sólidos, tan próximos a ti que comienzas a tener miedo. Casi quieres retroceder, huir.

Has olvidado la moneda que él te regaló.

La dejaste en casa, junto al llanto de tu madre.

Sientes una punzada de *déjà vu*, de mal presentimiento, que se arrastra bajo tu garganta como un gusano.

Quieres tragar, y no puedes.

Caminas por las calles desiertas de Ardalohum. Aún no ha salido el sol. Faltan varias horas.

Todo saldrá bien. Todo tiene que salir bien.

Te dices, te dices, te dices.

La Factoría: cadáver de metal. Desde una de sus altas chimeneas salen humos en esputos grises. El arco del domo se extiende a su costado como un cuerpo dormido. Esconde a la ciudad de los *medcs*. Un reino donde la magia no existe. Donde no gobiernan los dioses. Donde los hombres vuelan en artefactos de hierro, como esos magos del pasado que levitaban utilizando los *axis* del poder que poblaban la tierra en zonas muy exactas y que solo los iniciados conocían.

Un mundo completamente distinto.

Khatakali tiembla, demasiado asustada para dar un solo paso o pronunciar una sílaba.

Pero no es necesario.

Las puertas de la Factoría se abren, como si hubieran escuchado un grito mudo.

Una mujer sale a la luz.

Debe ser un monstruo, pensaba Khatakali cuando vio la sombra de la mujer que se aproximaba.

Pero no lo era.

Hermosa. Unos cuarenta años. Cuerpo redondo de criatura que ha dado a luz muchas veces.

Khatakali se siente tranquila. Protegida.

—Quisiera… yo… —comienza a decir, pero de nuevo las palabras se hacen un montón tembloroso dentro de su boca.

La mujer abre los brazos. Como si entendiera.

Y Khatakali corre a esconderse dentro de ellos.

El-mundo-dentro-del-domo. Tan distinto. Tan igual.

Una ciudad de cúpulas redondas. De vidrios negros.

El universo donde los *medcs* existen, lejos de las leyes de la magia.

Al principio, el olor a humo me dio náuseas. Quise escupir, pero aquello parecía descortés.

Todo es tan distinto. Y tan igual. Hombres que vuelan en pájaros de hierro. Nieve de óxido. Vapor. Hologramas. Hologramas. Hologramas.

Ella no me habla, solo me conduce a través de pasillos, y puertas, y más pasillos y puertas. Una ciudad-laberinto. No pregunto. Me parece poco prudente.

Vamos a las Factorías.

Lo sé. Simplemente lo sé.

El lugar donde reparan a los que son como yo. El sitio donde un *nake* se convierte en *norma.*

La mujer me sonríe.

Le devuelvo la sonrisa.

Sonreímos.

Estás dentro de una cámara de metal. Metal y vidrio. Algunos *medcs* se afanan a tu alrededor. Escuchas palabras pronunciadas en una lengua de números. Te parece magia. Sabes que no lo es. Te amarran contra una pared fría. Lazos de hierro. Tiemblas. No es miedo. Una aguja penetra tu cuello. Alguien vuelve a hablar en una lengua de números. Tiemblas. No es miedo. Lazos de hierro. Y sueño. Mucho sueño. Alguien escarba dentro

de tu ropa. Saca tu brazo inútil. Palabras en una lengua de números. Alguien, siempre alguien, te sonríe. Tienes dolor de cabeza. Y sueño. Tiemblas. No es miedo. Hace mucho que has dejado de tener miedo. Alguien te pregunta tu nombre. Entiendes perfectamente... por primera vez. Sabes qué es lo que pregunta, qué es lo que quieren de ti. *Khatakali*, respondes, y por un segundo la respuesta te suena extraña, como pronunciada en una lengua que no entiendes, que no podrás entender. De inmediato te corriges y recitas los números correctamente, como te han pedido. Dices tu nombre. Khatakali. Escuchas la cifra exacta. Sientes un ligero pinchazo en el cerebro, un dolor brevísimo. Alguien te ha tapado los ojos. Tienes mucho sueño y tiemblas. Ni frío, ni miedo. Alguien continúa hablándote, pero ya no puedes atrapar un nuevo número. Ni entenderlo. Te haces sombra. Y duermes.

Tu cerebro se vacía de palabras, poco a poco.

Luego, llegan las cifras.

Una tras otra, como agarradas de las manos.

Khatakali despertó. Estaba sobre una c4m4. 3xtr4ñ4.

4 su l4d0 3st4b4 l4 m4dr3.

3ll4 l3 h4bl4bl4.

—¿Me entiendes, nena?

N0. N0. N0.

L4 m4dr3 ll0r4.

Khatakali 1nt3nt4 c0ns0l4rl4, p3r0 3s 3n v4n0.

L4 m4dr3 n0 3nt13nd3.

Khatakali t4mp0c0 3nt13nde.D3j4 d3 h4bl4r.

3l s0n1d0 d3 l4s l3tr4s 3s d3m4s14d0 m0l3st0.

1ns0p0rt4bl3.

Incluso la moneda ha dejado de tener sentido.

El mundo entero es distinto.

Tienes dos brazos perfectos, pero ni eso importa ya.

Ni siquiera el recuerdo de Zilm-erdh.

Lo viste hace un año, mientras la caravana de los nuevos magos pasaba frente a los balcones colgantes de Ardalohum. Él te vio. Claro que te vio. Y tú, incluso, levantaste los dos brazos perfectos para decirle adiós, un gesto que —tu madre te lo había enseñado una vez más— sirve para resultar amigable. Te vio, y en su cara se esbozó una mueca de reconocimiento. Sí, y de placer. Y de rabia. Y luego de olvido.

Como todas las cosas, era preferible así.

Ya no importa.

En realidad, no importa nada.

Has aprendido a hablar de nuevo con palabras. No demasiado. Cuesta. Te duelen los ojos cada vez que piensas cómo pronunciar, cómo traducir en sílabas aquellos números que rondan tu cabeza.

Tu madre no se da por rendida. Dice que un día volverás a ser como antes, pero no entiendes. No puedes entender. ¿Antes de qué? Ella ha envejecido. Te lleva siempre del brazo, como si aún fueras una niña incapaz de ver las sombras de las calles, las piedras del camino. La dejas. Que sea feliz. A ti no te importa. Pocas cosas te importan ya. Mamá se entretiene en enseñarte nuevas palabras mientras contemplas los números invisibles inscritos en las paredes de las casas, en los rostros de las personas que te miran con piedad, en el mismo rostro de tu madre.

Cifras y cifras.

Números.

Bebes de aquellas cifras y números que salen como sudor de la tristeza de la gente, de la escasa magia de los ancianos de tu cepa, del *axis* de Ardalohum, como una trenza infinita doblada en un nudo.

Tu madre no se da por vencida.

Dice que algún día serás de nuevo como antes, y rehúye la oscuridad de los domos, los ojos de las Factorías allá a lo lejos.

A ti no te importa.

Pocas cosas importan todavía.

Excepto los números. Las cifras. El bucle eterno que se extiende como cada cosa sobre la sombra de Ardalohum, que se enreda en tu pelo. Los números juegan en las arrugas de tu madre, en tus dos manos idénticas, en tu sonrisa de idiota. Las cifras se expanden y contraen… y luego nuevamente se esparcen como un mapa infinito que abarcara todo bajo su mano.

Tu madre no se da por rendida.

Eso no importa. Pocas cosas importan aún.

—¿Me quieres, Khatakali?— pregunta ella, con una mueca de dolor. Los números saltan en su rostro y tienes que apresurarte para atraparlos.

Tu silencio.

—¿Me quieres?— insiste, aprieta tu mano una y otra vez. No te va a dejar tranquila.

Demoras algo en procesar las cifras que te exige.

—S1— le respondes al fin, y ella sonríe aliviada.

Casi tranquila.

Te deja en paz con los números.

Comienzas a tejerlos con la vista, una y otra vez, en una elipsis de hierro.

PARADOJA

Los golpes en la puerta estremecieron la noche.

Yhlda se levantó y fue hasta la ventana, donde un grupo de Cazadores esperaba por ella. Portaban redes energizadas para atrapar a quien intentara fugarse. Los sensores de alerta vibraban con precisión en los puños de aquellos hombres. Las tarjetas ID de los medcs —que proveían de cura inmediata si, por casualidad, algún Cazador resultaba herido— tenían el color azul de las heridas infectadas por el mal de Nake.

Rápidamente, Yhlda despertó a su amante con una caricia en la mejilla y le susurró palabras de urgencia. Sial saltó del lecho de heno y escuchó las sacudidas brutales y los gritos de los Cazadores clamando su nombre.

El pastor comenzó a temer...

—Yhlda, por favor, escóndeme de ellos —le rogó a su mujer, cubriendo la cabeza con ambas manos.

—¡¿Qué me pides?! ¿Qué quieres que haga? Si ellos tan siquiera suponen que yo practico los ritos ocultos, entonces... perderé todo.

Sin embargo, Yhlda alzó los dedos y esbozó en el aire los símbolos arcanos de la brujería. Sial cerró los ojos, mientras la carne le hervía como si mil fuegos le gritaran dentro. Vio cómo, lentamente, su cuerpo se iba disolviendo en el aire, sin perder la esencia; Yhlda no había olvidado aún las Artes. La magia continuaba obrando a través de sus manos.

Sial se convirtió en un espectro entre la sombra.

Ahora, ninguno de los Cazadores sabría que él estaba justo ante las redes. Sial sonrió con alivio —podía reírse todavía en la invisibilidad— mientras buscaba refugio en el último rincón de la covacha.

—Gracias —balbuceó a media voz, pero Yhlda estaba demasiado amedrentada para responderle.

La muchacha avanzó hacia la puerta y descorrió el cerrojo.

Los Cazadores penetraron. Cada uno de ellos llevaba en los hombros las marcas de Humo, en redondeles grisáceos atravesados por un único rayo escarlata. Al cinto, varios puñales de hojas venenosas. Las *ibdaias*, espadas consagradas por la muerte, cuyo propósito era sembrar destrucción en las filas de los traidores a Humo, dormían aún en sus vainas. Yhlda retrocedió algunos pasos.

—¿Por qué has demorado? —preguntó el que parecía el líder, un soldado de espaldas de montaña, con una mueca de rabia en los labios. Era alto, de piel arrugada como el pergamino, el muñón de una mano amputada resplandecía en la oscuridad; quizás por algún hechizo de años pasados, cuando Humo no había llegado a aquellos lares.

—Mi señor... —Yhlda se puso de rodillas, rogando a los cielos que

nadie adivinara su pecado—. Recién acababa de despertar. Soy lerda... Mis piernas son torpes.

—No eres tan vieja como para eso, mujer. —El soldado husmeó el aire como un sabueso—. Todos saben que ante nuestros toques deben salir con premura, sea día o noche. Ancianos y jóvenes por igual; lentos y rápidos... Puedes ser castigada, y nadie intervendría a tu favor, ¿lo sabes?

—Sí, señor, sí —balbuceó la infeliz. Esperaba sentir la mordedura del látigo electrificado o una patada con aquellas botas cargadas de espinas que, según las historias, guardaban venenos hasta entonces desconocidos.

—Cállate —le espetó el otro—. No tenemos tiempo para enseñarte cómo obedecer con mayor rapidez, ni para cambiar los modales de tu lengua. Venimos con otros propósitos a tu choza. Humo ha llamado a sus filas a un tal Sial D'Liamerges; de ocupación pastor. Vive contigo desde hace unos años. ¿Dónde está ahora?

—Se ha marchado —mintió, inclinándose en una reverencia servil—. Lejos, no dijo a dónde. Se fue solo, quizás en busca de suelos más fértiles. Nuestros rebaños están famélicos.

—Sin embargo, sus ovejas pacen en calma en tus campos. ¿Cómo lo explicas? —inquirió y sus ojos sonreían con sorna.

— Teme que los lobos maten al rebaño —dijo ella—. Por eso se ha marchado sin las ovejas.

—Entonces regresará, mujer, regresará. —La sonrisa arrugó aún más su rostro, mientras le entregaba un fajo de papeles manchados—. Guarda esto para él. Dile que ahora ya no cuidará más rebaños, porque Humo lo ha llamado para servir en su combate contra Mudiar, las costas enemigas. Que parta pronto, si no quiere ser un traidor y manchar el nombre de sus padres.

Los Cazadores se retiraron con ruidos de metales y pasos de muerte. Yhlda afirmó en silencio, mientras el líder se acercaba a ella y le tocaba una mejilla. La muchacha tembló de horror, pero no pronunció una queja ni dejó que su boca delatara el espanto. El soldado acercó su aliento de fiera en celo a los oídos de Yhlda y murmuró:

—Puedo oler la Magia a mil pasos de ella. Cuando Humo ordene que te capture, bruja, seré yo quien vuelva a esta casucha para prenderte. Recuerda, puedo oler las Artes... —Violentamente, cerró la puerta tras sí.

Yhlda cayó de rodillas, mesándose los cabellos. Lloró mientras percibía el abrazo de Sial, aunque no podía verlo ni saber en qué pensaba entonces. Lloró por todos los hijos que no tendrían y las mieses que jamás sembrarían juntos.

—Tienes que dejarme, Sial. Humo te ha llamado. Debes huir a los bosques, a algún lugar donde no te encuentren. —Hizo una pausa—. No puedo hacer más por ti si tu cuerpo está ya marcado por el llamado a la

guerra. Soy solo una aprendiz de los ritos ocultos, ¿no entiendes?, y me escondo de los Cazadores, para que no vengan a la puerta a derribar mi paz. Vete a los bosques y busca a Yeneghal. Es vieja y una vez fue también una Hechicera poderosa y terrible. Si hay alguien que pueda salvarte, será ella. Pide que haga para ti la *transición*. Ella tiene la fuerza necesaria, Sial, para salvarte...

—La *transición* —repitió el hombre, para grabarlo bien en su memoria —. Adiós, Yhlda. Perdóname el mal que pude traer a tu techo. Intentaré volver a ti, algún día.

—No lo jures, Sial. Tu camino está sembrado de tinieblas —sollozó ella.

Sial, invisible, no dijo más. Debía huir mientras la magia bogara aún en su sangre. Se internó en la noche, mientras las ovejas balaban tristemente; evitó caminar tras las huellas de los Cazadores. Comprendió que los bosques solo lo resguardarían un momento. Luego sería un animal acorralado; su cuerpo había sido reclamado por Humo y desde entonces comenzaba a caducar. Dejaría señales por todo el camino, porque estaba marcado. Los Cazadores detectarían su olor como perros de caza, y lo seguirían hasta encontrarlo.

Si en tres jornadas no llegaba a las puertas de la ciudad de Humo para luchar por él, sería un cadáver. Pero si obedecía el mandato de los Cazadores, la tierra de Mudiar tragaría su sangre.

Sial penetró en el follaje.

Los árboles creaban sobre él un cerco de nubes verdes. Llevaba dos días sin probar alimento. Evocaba a Yhlda como parte de un pasado que había quedado atrás, junto a las promesas de una vida sin que la guerra persiguiera sus huellas. Pero sus esperanzas habían resultado vanas.

Él, como muchos de los hombres de Eldebaeer, temía el momento en que Humo los llamara a las filas. Siempre, tarde o temprano, llegaba el día en que aparecían los Cazadores trayendo junto a ellos el olor de sacrificio y de las maderas finas que se quemaban ante los profetas de Humo.

Sial era solo un pastor. Había crecido en una camada de niños harapientos y analfabetos; a veces se atrevía a soñar con la gloria que esperaba a los hombres en las batallas. Pero no deseaba morir bajo la espada o las flechas dirigidas por las IAs del enemigo, o regresar al pecho de Yhlda marcado por el estigma de las batallas por Mudiar, mutilado por el terror.

Caminó siempre hacia el sur, sin pensar demasiado en su futuro, hasta que el follaje se hizo menos denso sobre su cabeza. Se detuvo, y en un principio no supo bien dónde se encontraba. Pero pronto avistó la casa;

reflejo de aquella que había abandonado dos jornadas atrás y llamó a su puerta con puños impacientes.

—Abre, Hechicera —gritó Sial—. Vengo en nombre de Yhlda.

Lo recibió el silencio. Sial volvió a golpear y repitió el llamado. En la quinta ocasión, una voz cascada llegó a los oídos del pastor, proveniente del otro lado del portón.

—Extraño es que tras tantos años venga alguien a invocar a Yhlda. ¿Qué buscas?

—Refugio, ayuda y pan —dijo él—. Y, sobre todo, los favores de tu poder... Necesito que obre sobre mí la *transición*.

—¡Calla, maldito! —Una vieja se asomó a una ventana, mientras esbozaba en el aire símbolos de las artes olvidadas—. Entra de una vez, pero no esperes demasiado de mí.

Con expresión helada, Yeneghal descorrió los cerrojos para cederle el paso a Sial. Cada golpe en su puerta le había recordado la cercanía de lo inevitable… cuando ya no sería posible continuar evadiendo el cerco impuesto a los hechiceros.

Durante siglos, Eldebaeer respetó la dignidad de aquellos que practicaban las Artes, y se convivía en paz bajo el sol. Pero ningún bienestar es eterno. Al estallar la guerra, cuando el dios Humo y sus imágenes intangibles se apropiaron de los hombres, la hechicería fue denunciada y condenada, sus practicantes asesinados u obligados a abandonar el hogar y hallar refugio en los bosques. Como Yeneghal, que apenas podía recordar la última vez que vio desde lejos las calles de Eldebaeer sin tener que huir con una horda de Cazadores tras ella.

—¿Vienes solo, caminante? —preguntó la vieja, vestida con unos harapos miserables. Su rostro no podía ser más vulgar; solo su mirada le confería la apariencia de un ser con inteligencia.

—Necesito de tus servicios, Yeneghal.

La anciana lo miró unos segundos y luego desvió la vista, fijándola en un tejido que descansaba sobre sus muslos.

Sial no era el primero en llegar hasta su casa. A pesar de las prohibiciones, cientos de seres buscaban en su poder las soluciones que las palabras de los Profetas de Humo no encontraban. No pocos le habían pedido que realizara la *transición…* y todos habían salido de allí sin obtener de ella más que un consuelo.

—Veo que mi talento no ha sido olvidado aún. —Rio entre dientes, luego abandonó el tejido junto a la lumbre. — ¿Qué es de la vida de Yhlda? ¿Sigue escondiendo su condición?

—La ha usado para salvarme de los Cazadores —dijo él—. Me temo que tal vez esa sea la causa de su perdición.

—Tarde o temprano, ella también tendrá que venir a buscar amparo en

los árboles. Hasta ahora ha fingido ser una mujer como cualquier otra… pero nada es eterno, muchacho. Cuando la descubran, si corre con mucha suerte, vendrá aquí, como el resto de los Hechiceros. Aunque algunos quedan en la ciudad aún, como Yhlda. Sobreviven en silencio, sin mostrar su poder. Otras veces son develados sus misterios y entonces... —Yeneghal volvió a sonreír macabramente—. ¿Te ha ayudado ella a escapar, dices? Ah, pero solo yo puedo realizar la *transición*.

—Pagaré por ella —Sial se alzó con dignidad— con lo que tengo.

La anciana no le prestó mucha atención. Yeneghal tomó entre sus manos el brazo moreno del pastor, y esta vez dejó de reír. Había leído en su piel las señales de Humo.

Todo aquel que es por su voz llamado, debe al punto acudir… o verá caducar su cuerpo hasta que su alma vague sin descanso por los ocho infiernos.

La carne de Sial, temblorosa y sudada, empezaba a mostrar las huellas de los Marcados. Brechas blancas como gusanos a todo lo largo de la carne y anillos púrpuras rodeándolas. No tardaría mucho en consumirse.

—Nadie me llevará hasta la sangre —murmuró el hombre, sin prestar demasiada atención a las cavilaciones de Yeneghal—. Pertenezco al barro, al campo y las ovejas. No quiero ir lejos de mi hogar. Si me marcho, hechicera, los soldados de Humo y los mercenarios piratas del Mar de Osldert danzarán pronto sobre mis huesos.

—Basta— le interrumpió la vieja, soltándolo. Después agregó, en un tono que no admitía demoras—: ¿Cuál será mi paga?

—No tengo mucho —se disculpó Sial con aliento derrotado, mientras las mejillas se empañaban de vergüenza. La bolsa de su cinturón se escurrió entre la saya y la mugre de la Hechicera—. Es cuanto ha podido reunir un hombre en veinte años de faenas.

—Hmmm... —farfulló la vieja, y sin mostrar gran interés por el contenido, se arrojó sobre una silla. Sial descendió junto a ella hasta el piso—. Ahora voy a escucharte, muchacho. Espero que tu historia me entretenga. ¿Qué pasa en Eldebaeer?

Sial habló sobre el dios, sobre las inmensas colonias de Humo alzándose sobre la ciudad. Contó del Derecho de la Primogenitura: cada primer hijo en cualquier familia debía ser conducido a los pocos días de nacido a las manos de los profetas. Mencionó a los Cazadores de brutalidad feroz, a las lanzas empenachadas de millones de soldados eldebaeeranos que avanzaban contra Mudiar, escoltados por bots venenosos que llevaban en sus entrañas el germen de las epidemias. Habló de los campos devastados por el fuego y la sequía, y los sacrificios fastuosos que desperdiciaban alimento en las colinas de Arhdareghar'ust, mientras miles de hombres asesinaban solo por una fruta con que calmar el

hambre. Narró sobre las largas filas de criaturas que se encaminaban a Tremarchal Dumír, la capital, para recibir las armas de Humo y escuchar las interminables arengas de Jiogald el visionario. Después, eran conducidos a los buques en los Puertos Occidentales de Siuor, desde donde marchaban al combate, más allá de donde los ojos del pastor podían imaginar que existiera nada.

Sial se lamentó. Resumir la avalancha de acontecimientos le tomó todo un crepúsculo, hasta que la luna se alzó sobre la cabaña, plateada e impasible.

Solo entonces Yeneghal lo detuvo; ya sabía suficiente. Volvió a su tejido con indiferencia, uniendo las agujas a ritmo acompasado.

—Pertenezco a los sacerdotes —culminó el muchacho, paladeando la acidez de sus labios.

—Nada nuevo. —La hechicera evitaba mirarlo.

—Pero no quiero ir —se debatió Sial—. Huir de ellos es el suicidio. Quedarme es solo la aceptación de otra muerte. Atravesaría el desierto de Usbaeillén, me enfrentaría a los peligros de las maldiciones de la arena, buscaría otra frontera si eso pudiera alejarme de Humo, pero, ¿sirve de algo escapar? En algún momento, debilitado por la Marca, perderé mi resistencia y entonces, el desierto engullirá mis pasos y seré una sombra más vagando más allá de la muerte.

—Estás marcado —aseveró la vieja con expresión taciturna—. No hay nada que pueda hacer por ti.

—Lo he pensado bien, Hechicera. —Los músculos de Sial se contrajeron—. Quiero abandonar mi cuerpo. Es mi última oportunidad. Realiza la *transición*… pero de forma definitiva.

—¿Sabes que significan tus palabras, niño? —La vieja tocó los hombros de Sial con una uña de acero—. Existen códigos incluso para mí, que nada le debo a nadie. Ni los siete tesoros del rey Lausúr pueden comprarme, ni el fruto de los mares dorados de Ainuedeler, y mucho menos ahora que me cuentas de la situación de Eldebaeer. ¿Sabes de qué hablas, tonto? Desprenderé tu alma de tu cuerpo; eso es la *transición.* —Yeneghal se movió por el cuartucho, como animal enjaulado—. Una vez que realice la magia en ti, jamás podrás volver al organismo que abandonaste. Tendrás que vagar, como un espíritu enfermo, hasta que yo encuentre una nueva carne que se ajuste a tu esencia. Puede que nunca la encuentre. Pocas veces aparece a tiempo, y entretanto, tú comenzarás a perderte en el laberinto del olvido. Todo lo que fuiste una vez: recuerdos de la vida, esperanzas, amor, irá desapareciendo. Hasta que solo seas un espectro sin memoria apenas atado a la tierra por mi poder, sin posibilidad de volver a ser humano.

Sial meditó, y una mueca de furia y decepción apareció en su rostro.

De repente, se puso de pie y tomó a la hechicera por las muñecas, con más fuerza que los conquistadores de Uertye'ceir antes de enfrentarse a los ejércitos paganos de las máquinas:

—Realiza la *transición* en mí. Estoy decidido. Cualquier cosa es mejor que esperar la muerte en las manos de Humo.

—¡Loco! —gritó ella, devolviéndole la bolsa de un zarpazo. Las monedas tintinearon como cascabeles—. No imaginas lo que pides. El oro de cien mundos no compra una conciencia tranquila. Si algún profeta de Humo llega a imaginar que realicé magia en ti, entonces estaré perdida por completo. ¡Vete ahora!

—¡No! —gritó Sial, y se aferró a la mujer—. Te he dado los frutos de toda una vida a cambio de tu Magia. ¡Te necesito!

—¡Loco!

—Quiero ser parte de tu tejido —musitó el chico, y bajó la cabeza—. Hazme pertenecer a esa madeja hasta que tú puedas devolverme a otra esencia. Busca un animal, una planta, lo que sea, compatible para mi alma y permíteme vivir. ¡Refúgiame en tu hilo, mientras el tiempo pasa!

—¡Vete, muchacho! —Pero ahora parecía menos convencida—. Conservaré mi paz.

—Quizás la llevas encima por demasiado tiempo. Quizás también tú necesitas de mí... —Sial se despojó de su capa de pastor. Sobre el pecho desnudo danzaba un tatuaje de espirales luminosos. El desfallecimiento abrazó a la hechicera—. Déjame comprar tus favores. Déjame despertar otra mañana.

Ella no dijo nada.

Sial no rogó. En silencio, buscó la boca de Yeneghal y acarició aquella piel castigada por el tiempo. La anciana no se opuso... más bien se dejó reducir por el ardor juvenil. Sial avanzó sobre ella, consumido por la desesperación que barría toda cordura, arrancó las tiras de su vestido, y la poseyó hasta abismarse en un agujero oscuro sin vestigios de conciencia.

Cuidadosamente, evitó pensar en Yhlda.

Esa misma noche, Yeneghal realizó la *transición* sin reparos ni remordimientos.

Ahora, Sial pertenecía a la trama del lienzo, era un hilo más en la intrincada trama del dibujo. Disuelta su identidad en la madeja, poco a poco, sentía a su espíritu cruzar una vereda amplísima que conducía a la desmemoria. Ya no recordaba la voz de Yhlda ni su olor de flor campestre; tampoco de qué manera había sido llevado a buscar refugio en la magia de Yeneghal.

Día tras día, la Hechicera se acercaba a él, tomaba pedazos de su

espíritu y los iba hilando a paso acompasado. Sial también quería olvidarla. La frialdad de los dedos de Yeneghal sobre él —sobre el Tapiz — le hacía revivir aquellos vergonzosos instantes, cuando compró la salvación con su propio cuerpo.

Pero este ya no existía. La vieja lo había ocultado en el bosque; para que los Cazadores siguieran las señales del marcado y llevaran el cadáver como alimento para Humo.

—Pagué mi precio —se consolaba el pastor, intentando borrar la cercanía concreta de la hechicera.

El Tapiz descansaba en la ventana. Sial extrañaba la frescura de las tardes y la calidez del hogar, como un huérfano echa de menos a su familia. Allí estaba, dividido por la angustia, mientras la aguja de la anciana iba tejiendo su magia. Y Sial lo permitía, condicionado por su miedo...

En las lejanías, bajo la luz de dos soles, los Profetas permanecían honrando al Humo. Densas llamas polícromas subían en columnas hacia el infinito y descendían luego transformadas en cenizas. Los soldados pasaban frente a ellas en compactas filas de hierro que se confundían con la marea de bots venenosos: la cadencia de aquellos pasos llegaba hasta el fin de las edades del hombre.

Quince décadas habían pasado desde que Humo llegara a aquel mundo; quince décadas en que sus profetas habían esgrimido su nombre para conducir a las hordas contra las costas enemigas.

Solo los profetas eran capaces de ordenar los ejes de aquel universo. Por eso, en cada solsticio acudían millones de servidores a ofrendar su vida en el ara de los deseos de Humo y su principal intérprete: Jiogald.

Jiogald el visionario, que se proclamaba a sí mismo señor de los Campos de Aruh, recibió con placer los cadáveres colocados en filas interminables, mezcladas las castas. Eran aquellos que habían elegido la muerte en lugar de servir al dios, y que por tal motivo debían inclinarse ante las llamas para lavar su crimen. El ejército de Humo alzó las armas y aguardó en silencio. Jiogald se levantó y cubrió su rostro de cenizas.

—He aquí tu ofrenda —declamó, alzando los brazos al cielo con una tea en la mano—. Doy fe de ello. Que los penetre el fuego y por su medio busquen el perdón. ¡Golpe, golpe! Sobre las semillas de Urtuarén, sobre los ríos de lava de Iytreyu, donde las almas se consumen, solo Humo será capaz de conducirnos a la victoria.

Jiogald calló. La tea tembló en su mano y luego descendió cargada de furia. Había mirado hacia los cadáveres de los Marcados traidores y el horror lo sometía. Jiogald vio que aún la magia gobernaba de forma sutil,

deslizándose en el propio terreno de Humo. No podía creer que las huellas de la peor hechicería se mostraran ante los ojos del mundo. No podía creer que uno de aquellos cuerpos inertes se mofara de él ante todos.

Escupió con rabia. Lo sabía desde siempre. No había bastado con desterrar a los hechiceros y reducirlos a un manojo de expatriados que vagaban con los árboles como única defensa. Nunca sería suficiente. Era el momento de golpear con el martillo, de terminar de una vez lo empezado.

—El Humo no va a tomarlo —espetó. Con un ademán furioso, esparció polvo en su lengua, mientras señalaba hacia adelante—. Advierto corrupción. ¡Aléjenlo de aquí! El rito se ha mancillado.

Una oleada de Cazadores se abrió paso en el cortejo de Jiogald. Los profetas cantaron su desesperación, maldiciendo las artes ocultas. Las puertas de la locura y el frenesí estaban abiertas; únicamente la voz de Jiogald les devolvió un poco de cordura, dándoles un motivo para borrar de la faz de Eldebaeer a los hechiceros:

—El Humo nos pide venganza.

—¡GOLPE, GOLPE! —ladraron los profetas, haciéndole coro.

—Un ente sin alma para alimentar el apetito de Humo... Un cuerpo mancillado por la *transición*.

—¡GOLPE, GOLPE!

—... cuando tantos de nosotros estamos dispuestos a ofrecernos a la flama en vida. Nuestro enemigo proclama su nombre; ¿acaso pensaban que Jiogald no sabría la verdad, que no podría leer las señales?

—¡GOLPE, GOLPE! —Las hoces de doble filo se levantaron, amenazantes. Los bots percutieron contra las armaduras de los hombres.

—¡Saquen a los hechiceros de las rocas, devuélvanlos a su madriguera! ¡Humo nos pide venganza!

Bajo la luz de las centellas y de las armas de los profetas, el cuerpo que una vez fuera de Sial mordió el polvo y la mugre, pisoteado con euforia. Jiogald continuó gritando hasta que no quedó hueso en pie y todo el mal no fue más que jirones sanguinolentos adheridos a las piedras y las cuerdas.

Entonces escupió despectivo y ordenó la caza.

Los Cazadores llegaron y sus hachas arrasaron la choza de la hechicera.

La madera de la casa crujió con un postrer quejido. Yeneghal se encogió, animal rodeado que en su terror no identifica las salidas. Durante días, había escuchado los rumores de la revancha que avanzaba desde la capital de altas cúpulas de hierro; sabía que todas las salidas y encrucijadas del bosque eran vigiladas por los Cazadores y que practicar su arte era una condena.

Ella, una vez sabia y poderosa, ahora se sentía tan indefensa como el más vulgar insecto. No existía un sitio que acogiera su arte. Huir era una tentativa desesperada; la casta de los taladores de Eldebaeer esperaba en los lindes para asesinar a todos los hechiceros, culpables o no.

Yeneghal no tuvo tiempo de pronunciar una palabra, ni resguardar su Tapiz donde Sial, o alguna parte de él, respiraba aún; el portón cedió al embate brutal de los Cazadores y el caos entró en su choza.

Una bofetada le hizo perder el equilibrio. Se tambaleó arrastrando tras sí el telar y las agujas. Una espada mordió su carne. La sangre manchó los harapos. Sacudida por la evidencia del próximo fin, Yeneghal aferró el tejido de Sial y salió a enfrentar la violencia.

Una veintena de hombres armados con picos y piedras la esperaban afuera, con sonrisas de desprecio y asco en los rostros.

Yeneghal intentó huir. En vano; un brazo la detuvo, mientras otro Cazador avanzaba hacia ella con una tea encendida:

—Te perdono con el agua de la vida —balbució alguien, rociándola con un líquido transparente de penetrante olor—. Y con el fuego.

Yeneghal apenas percibió la caricia de una lengua ardiente. Le pareció que el universo giraba bajo sus pies, que todo se confundía. Brillaron sobre ella estrellas de un púrpura doloroso. Una llama mordió su mejilla, y se movió irregular sobre las ropas.

Yeneghal, desesperada, corrió, casi voló para traer los ríos a su encuentro. Pero cada paso solo le ofrecía más fuego y espanto. Hasta que la carrera dibujó su trazo sobre las yerbas en una estela agonizante.

Sial advirtió la quemadura en su piel de hilo, pero no tenía labios con los que expresar su sufrimiento. Yeneghal lo arrastraba al mismo sino de fuego, y él no podía detener su avance. Entonces, un Cazador se interpuso en el camino del desastre; la sombra de la hechicera descendió hasta el suelo y Sial fue apartado por el choque.

Unos pies apagaron las llamas sobre él. Sial deseó gritar.

A primeras horas de la tarde, en el mercado pululaban la música y los acertijos de un grupo de niños adivinos. Ocho *librepensadores,* juglares de las épocas viejas*,* se acercaron a la Tienda de Falufel haciendo sonar las gaitas, bailando entre las sombras como si fueran parte de ellas. Desde siempre, el mercado había sido la capital del arte y la venta; en la constante barahúnda se mezclaban los pintores, los corredores de bolsa, y los mendigos.

Falufel el vendedor reposaba el almuerzo en la silla del patrón. Trasponiendo la rígida barrera de las castas, los mercenarios del mar se acercaban a él para obtener los productos de tierra firme. Aunque Falufel

pertenecía a los hombres bajos, muchos olvidaban este detalle, pues en el mercado no existía nadie con más talento que él para la compraventa.

Lucaiz Setar, Pirata de *Usdeltrylt'e* para los de Eldebaeer, se acercó a la tienda. Cubrían sus manos llenas de cicatrices unos guanteletes de piel guarnecidos de pequeños punzones. De sus hombros aún firmes colgaba una espada corta con la hoja oxidada como recuerdo de su primera matanza, cuando aún era un joven aprendiz de marino en los mares del sur de Osfaler. Era un cliente fijo del mercado de armas y alimento, uno de los principales compradores de Falufel.

—¿Qué me das a cambio? —preguntó el vendedor sin preámbulos, mientras mostraba al navegante sus productos. Sabía que Lucaiz Setar era hombre de pocas palabras. Después agregó—: Dudo mucho que alguien más se atreva a ofrecerte lo mismo por toda esta mercancía.

—En ocho vueltas de cielo hay pocos patanes como tú, Falufel. —Una mueca de burla se asomó a la boca de labios finos—. Pero razón tienes… y yo pocas posibilidades de obtener mejor venta.

—Dices bien... —reconoció el mercader.

—Sí —asintió Lucaiz, mientras sus trabajadores comprobaban el peso exacto de la venta. La harina y el trigo, alimentos indispensables en la guerra pasaron de una mano a la otra—. Quizás sería mejor para ti que comenzaras a pensar en abandonar este riesgo. Pronto, hasta la venta de pan estará prohibida en Eldebaeer. ¿No escuchas acaso las voces de los profetas, y sus anuncios de muerte y captura por doquier?

—Conozco mi negocio, Lucaiz Setar. No por gusto soy el único que pertenece a la vieja guardia de los mercaderes —dijo el vendedor, apartando gotas de sudor de su frente.

—Igual cuídate. No me gustaría perder mi mejor contacto en la costa. —Años de rencillas, intercambios y negocios los convertían a ambos en una extraña especie de amigos. Lucaiz colocó su puño en el pecho del otro —. La vida es una rueda, Falufel.

—Vale el consejo —concedió y, en un acto de impulsividad, puso en brazos del navegante un trozo de tela cortada que un Cazador le había cambiado jornadas atrás por un poco de harina—. Un regalo de la tienda. Al menos te servirá para protegerte de las tormentas en el océano... Buenas mareas para ti y un pronto regreso.

—Te deseo prosperidad... y que volvamos a vernos.

Lucaiz se alejó del mercado con premura, mientras observaba con cuidado cada una de las calles empedradas, con el temor trabado entre los dientes. No sabía si su condición de mercenario lo libraba del peligro, pero de algo estaba seguro: la muerte llevaba demasiado tiempo persiguiéndolo. Desde las batallas de las Tierras Angostas de Mudiar, donde el golpe de un hacha pasó a pulgadas de su cabeza. Otra vez, la flecha envenenada de un

aidú, ciborg suicida, rozó su piel, causándole incluso así una herida que sólo las artes de un hechicero pudieron curar, luego de meses en los que padeció los más terribles dolores en la soledad del bosque.

Había olvidado otras muchas persecuciones y traiciones que casi lo llevaron al fin de sus días. De orilla a orilla, Lucaiz Setar —más que un Pirata— era un pacificador, que intentaba poner fin a la lucha de Eldebaeer y Mudiar. Pero pocos sabían la verdad, aún entre sus propios compañeros de travesía.

—Buen tejido —pensó Lucaiz, acariciando la tela—. Y extraño. ¿Qué hábil mano habrá unido estas hebras?

Se cubrió los hombros con ella, a modo de capa corta.

Sial no supo nunca adónde iba. Cruzó medio océano sobre las espaldas del navegante, unas veces huyendo de la guerra, otras en su busca. A veces extrañaba su antigua existencia, como una mariposa echa de menos a la oruga que apenas si recuerda haber sido, pero no le daba mayor importancia.

Ahora, todo ese ayer le parecía otra vida, casi ajena. Su cuerpo de hilo era lo único de lo cual tenía conciencia; y sabía que estaba atrapado en él.

Nada tenía sentido, ni sabor, ni vida propia. No para Sial...

El barco de Setar, el *Uslder'Meard* merodeaba entre las costas: sorteaba el bloqueo impuesto por los barcos eldebaeeranos sobre las rutas marítimas. Para burlarlo y abastecer a los poblados de uno y otro bando que padecían las consecuencias de la lucha, el único camino era navegar a través de un boquete de olas y bruma, conocido como el Paso de Mir.

En la penumbra de la niebla, una lluvia de flechas de los invisibles navíos del bloqueo rasgó las velas del buque pirata, y los mercenarios temblaron de miedo, pero el *Uslder'Meard* no zozobró. En susurros, Lucaiz Setar impartía órdenes de un lado a otro, bañado por el sudor y la salinidad del océano, mientras pensaba de qué manera podía convencer a los soldados y campesinos de Mudiar a detener de una vez y para siempre aquella batalla sangrienta, sin que ellos se sintieran manipulados por un paria del mar.

—Qué paradoja... —musitó el navegante para sí. Acarició la ligereza de su esclavina—. Volver y enfrentarme al desafío del bloqueo, cuando lo que más deseo en estos instantes es escapar de todo, quedarme a solas.

El agua mojó el cuerpo de Setar. La voluntad casi nula de Sial se abrazó a Lucaiz; protección de sus lamentos. Sentía que existía, de alguna extraña manera, un paralelismo entre el navegante y él. Sial solo quería saberse a salvo. Nada más podía conmoverlo.

Ya no era humano. Ni siquiera un espíritu. Ahora era el Hilo...

El navío atracó en un puerto semidestruido.

Cuidadosamente, los mercenarios se dispusieron a abandonar el *Uslder'Meard* y buscar la firmeza de la tierra. Lucaiz Setar avanzó, rodeado por milenios de aprensión, hasta pisar la arena caliente de sus abuelos, esa arena donde jugó de niño y que un día había decidido a abandonar.

Sabía que incluso en el seno de su pueblo se encontraba en peligro. Tantas décadas de luchas sin frutos y de hombres muertos habían convertido a la costa de Mudiar en un lugar de desastre. Ladrones y asesinos, consternados y en busca de presas fáciles, no dudarían mucho en clavar su puñal en la carne de cualquier inocente. Y menos en la suya.

Sin embargo, Lucaiz nunca había retrocedido ante el riesgo. Llamó a voces a los ancianos del pueblo. Llamó a voces a la ciudad, hasta que su reclamo fue contestado.

Entonces dejó caer al suelo su espada, para demostrar que venía en son de paz, y aguardó, indefenso e impaciente, por los hombres desesperados de Mudiar.

Llevaban horas escuchándolo. Los ancianos movían la cabeza reprobatoriamente, y golpeaban el suelo con las varas sagradas a ritmo acompasado. Los habitantes de Mudiar pocas veces se enteraban de lo que ocurría más allá de su mundo bloqueado por las fuerzas de Humo. Las noticias siempre les llegaban tarde, cuando los parias del mar lograban atravesar el peligro de las aguas y traer hasta ellos un fragmento de la verdad.

E incluso entonces, en muchas ocasiones, solo habían recibido engaños a cambio de su hospitalidad. No existía coherencia ni estrategia definida en sus ataques, ni conocían el poder del puño de Humo al golpear contra Mudiar; por eso cada combate culminaba con una cacería sin origen ni nombre, donde ni siquiera los límites entre victorias y derrotas estaban bien definidos. Los campos de Mudiar bañados por la sangre de sus defensores era un recuerdo demasiado cercano...

Lucaiz Setar habló:

—Eldebaeer... Mudiar... Distintas esferas colocadas sobre un mismo pilar. Ellos no son monstruos, ni desean esto más que nosotros. Son manipulados por Humo, su dios invisible, y por los profetas que claman muerte y destrucción. Y mientras tanto, los mudiaros entregamos a nuestros retoños a una guerra sin fin, solo para hacer honor a nuestras promesas de fidelidad y honrar a los antepasados. Realmente, no entiendo...

—¿Y por qué continúan cazándonos? —inquirió un anciano,

Alcyhbald—. Yo entregaré a mi primogénito con la aurora, sin ninguna garantía de que regrese. Pero si así fuese, solo lo habría perdido a él. Si me negara, toda nuestra familia sería perseguida.

—¿Por qué las cacerías? No es mi potestad decirlo. Soy solo un mensajero —farfulló Setar—. Lamento que el joven Diabald deba partir a cumplir con su deber... pero me pregunto: ¿hasta cuándo continuaremos con esta farsa? ¿Hasta cuándo ofrendaremos a nuestros hijos en holocausto? ¿No habrá llegado el momento de recapitular? Cuando decidí que los cirujanos me libraran del poder de engendrar, lo hice por mucho más que apartarme de una responsabilidad. Con ello, decía a los vientos de Mudiar que no iba a entregar ninguna parte de mi carne y mi sangre en aras de su gloria. Decía que no iba a beber de su copa de sacrificio. Por eso renegué y abandoné mi terruño. Lo siento, venerable. No puedo compartir tu sufrimiento, ni entender. Pero me parece que es hora de hablar con todas las cartas en la mesa...

—¡Mercenarios de mar! —Ante las palabras de Setar, un muchacho imberbe escupió con rudeza—. La peor rama de los sucios... ¡No hables así en presencia de Alcyhbald!

—¡Prudencia! —le interrumpió Lucaiz—. Si consumimos nuestras rodillas en reverencias, obedecemos sin preguntarnos por qué, nos empeñamos en una lucha inútil. Entonces mi presencia en Mudiar será vana.

—Sirves a un designio —dijo otra vez el anciano; entretanto, los demás asentían mudamente— que no es el nuestro. Vienes aquí y pretendes hacernos saltar la venda de los ojos, pues, según tú, llevamos años ciegos. Sin embargo, yo pienso: ¿dónde estaba Lucaiz Setar cuándo necesitamos su brazo en una forja, o alzando un arma para defender a nuestras mujeres y niños? ¿Dónde estaba el navegante cuando los eldebaeeranos quemaron su villa en *Estaurupilh*? Lejos, en la seguridad de las aguas. —El viejo hizo una pausa, y clavó las pupilas vacías por el peso del sufrimiento en la faz de Lucaiz—. Cruzas demasiadas veces los estrechos de Fret'yur y Osldert, escapando siempre de los barcos de Eldebaeer... ¡Cosa extraña, en verdad… y peligrosa! Tengo muchas preguntas para ti, ¿cuándo comenzaste a ser un traidor?

—¿Traidor? ¡Día tras día me juego el pellejo saltando de un margen al otro! —estalló Lucaiz con violencia. Buscó en un gesto reflejo el puño de su arma en la espalda y no la encontró. Y temió entonces haber entrado en el redil de las ovejas solo para encontrarse sin defensa ante los lobos—. En los errores de nuestro pueblo respira la fatalidad, venerable. Buscan al enemigo en el lugar equivocado. Jamás mi boca se ha ensuciado con la delación. ¡Lo juro!

—Eres demasiado inteligente, navegante. Te endulzas la lengua para

venir aquí y decirnos que el mensaje de nuestros mayores está equivocado. —Diez puños se levantaron, cargados de furia apenas contenida. Nadie escuchaba a Setar—. ¿Pretendes enseñarnos a llevar nuestros arados y servirle el pan a la familia?

—Pronto no tendrán alimento que poner en sus bocas. —Lucaiz se incorporó—. A menos que me escuchen y actúen.

Con dignidad, Lucaiz Setar les dio la espalda. La conversación había llegado al punto de no retorno. Ya no era posible el diálogo. Ahora, solo le quedaba rogar porque pudiera regresar al océano con vida, tomar su navío y alejarse —esta vez para siempre— de Mudiar.

Caminó lentamente; no quería que los otros se dieran cuenta de que huía. Se mordió los labios de rabia y dolor, mientras su puño estrujaba una de las esquinas de la capa donde Sial, el Hilo, dormía.

Sial sintió el tirón y percibió la amenaza que se cernía sobre ellos. Fue el primero en distinguir las sombras de los mudiaros acercándose a Lucaiz, con las hoces en alto. Aquellas herramientas que en épocas mejores habían segado las cosechas, se disponían ahora a segar la vida del Navegante. Sial, incapaz de movimiento, quiso al menos advertir, pero su boca era también parte de la madeja y del dibujo de la capa, y no pudo.

No pudo decir ni hacer nada.

—¡Lucaiz, Lucaiz! —bramaron los hombres, pero el navegante no se detuvo ni dio media vuelta para enfrentarlos. — ¡Lucaiz Setar!

El primer golpe lo tomó por sorpresa. La hoz clavada en su espalda lo hizo revolverse inútilmente. No podía desligarse de la curva hoja. Lucaiz aulló, esquivando los brazos de una veintena de jóvenes de mirada asesina y labios fruncidos que mostraban los dientes: relucían como luciérnagas en la noche.

Un golpe, dos, tres… y ya no pudo contar las heridas, ni el dolor unido a ellas. Sin embargo, con los brazos en alto, intentó aún detener las manos de sus asesinos, como suplicando sin palabras.

—Golpeen todos, para que nadie cargue la culpa de la muerte — pronunció Alcyhbald, mientras los instrumentos de trabajo subían y bajaban como péndulos de venganza.

Lucaiz chocó contra la tierra, con los párpados abiertos. Y Sial cayó junto a su cuerpo.

El anciano se inclinó sobre el Navegante y le arrancó la capa...

Será para mi Diabald, pensó el viejo. *Para mi hijo.*

—Vístete, pequeño. —El progenitor le arrojó a Diabald la capa corta y raída. Los rayos abstractos de la luz del sol acariciaban el pecho desnudo del muchacho—. Toma, es un regalo, para que te cubras con él y recuerdes

que llevas a la guerra mi honor.

Diabald se puso de pie de un salto, anudándose la tela en torno al cuello. No tenía otra armadura, ni más arma que un hacha mellada y un punzón largo con mango de madera.

Alcyhbald lo besó en la frente. Creía haber sido un buen padre; lo había desafiado con cada sílaba desde su niñez, cada caricia suya le había indicado el camino a seguir, las huellas que debía evitar, allí donde otros habían sucumbido.

Diabald reconocía su carga. Su senda era la guerra... Mudiar le había otorgado el don del combate, y debía honrarlo, para que la sangre de su familia continuara limpia del mal. Y quizás podría regresar alguna vez; aunque fuese como volvió su padre: con la cara desfigurada por un tajo profundo y el corazón inundado de rabia.

Sí, quizás retornaría como Diabald el héroe, Diabald el de puños recios o Diabald la espada vencedora, mensajero de la gloria. Aún no soñaba con morir en otra tierra que no fuera la suya.

—Demuestra siempre dignidad... —dijo Alcyhbald, mientras aseguraba la capa en los hombros del muchacho—. No perdones, descarga tu furia en un solo golpe. Sé fuerte y despiadado.

Diabald partió al fin, con un solo abrazo y una hogaza de pan rancio por único alimento. Miles de jóvenes como él salían a las calles y buscaban el camino del puerto, donde la *Birdomante*, la nave de batalla, los esperaba, como mismo años atrás aguardó por sus padres para conducirlos a las fauces de la violencia.

Zarparon, y el vaivén de las olas le recordó a Diabald alguna pesadilla de la infancia, que terminaba con oscuridad y unas tenazas de humo que atrapaban sus músculos en una trampa.

Intentó desviar sus pensamientos.

El viaje fue corto. En el recibimiento de los nuevos reclutas, las orillas eldebaeeranas aullaban como una sola masa compacta. *Golpe, golpe.* El llamado de guerra de los enemigos, la garganta de los Profetas incitándolos a la guerra... *Golpe, golpe,* cada vez se escuchaban más cerca, mientras la *Birdomante* se estremecía por la acción conjunta de las aguas y las voces del ejército contrario. *Golpe, golpe.* El zumbar de las máquinas.

Diabald comenzó a temblar como un recién nacido. Sentía vergüenza de sí mismo mientras se aferraba a la capa. Sus tendones parecían hechos del más frágil cristal. Se preguntó si Alcyhbald alguna vez había sentido tanto pavor, o había sollozado con igual fuerza.

—Dignidad, dignidad —se repitió, casi gritando a través de la barahúnda.

Sial podía aún advertir el miedo del muchacho, pero no le prestó atención. Había aspirado el aroma de Eldebaeer, aquel aire que le

recordaba el olor de una mujer sin nombre ni rostro que había abandonado en algún recodo del universo; y también recordó una choza donde cambió su destino por una esperanza fortuita, y las cadencias del fuego que se habían cebado en su espíritu. Pero por encima de todo, percibía que regresaba. Finalmente.

Luego volvió a las sombras. No le importaba la paradoja de su destino, que lo había apartado por instantes de la guerra y que ahora lo conducía nuevamente a ella, desde el cuerpo de otro hombre. Un mudiaro...

La *Birdomante* encalló en las rocas y despertó al infierno.

—¡Golpe, golpe! —Los eldebaeeranos chocaban las armas.

—Y Humo los llevará sobre los males y abrirá brechas en el enemigo... —Los profetas aullaban sobre la algarabía, incitando a los hombres a avanzar—. Al morir los acunará en sus brazos... Volverán junto a Humo.

—¡Golpe, golpe! —El suelo tembló bajo los pies de Diabald. Echó a correr desesperado, al abrirse las compuertas de hierro de la *Birdomante* con un estruendo unánime. El hacha danzó en su muñeca. Muy lejos, en sus oídos, aún percibía el rumor de las palabras de los profetas.

—Humo los convida al sacrificio, los invita a vibrar en su guerra. —Vendavales de ceniza alcanzaron los ríos de Eldebaeer y las frentes y mejillas de sus soldados, que aún gritaban:

—¡Golpe, Golpe!

Diabald se aproximó al ejército, chillando como un animal. Las hordas contrarias corrían hacia ellos, estableciendo el cerco, murmurando palabras ahora sin sentido.

Chocó contra un enemigo. Esquivó una espada con una finta inconsciente, y su hacha golpeó el flanco de un muchacho; quedó anonadado unos segundos, pero después reaccionó con furia primitiva. Con saña, su arma golpeó al caído varias veces...

Diabald se alzó con una espada cargada de símbolos eldebaeeranos, donde el sol incidía como un reflejo sucio. Había ganado su primera arma en combate. Esta vez, el mudiaro aulló con complacencia.

—¡Golpe, golpe! — las masas se confundieron en un estallido como de centella.

Sial retornaba a casa. Sial retornaba... pero ya no podía diferenciar nada a su alrededor, ni el resplandor del cielo, ni las cenizas que caían como lluvia, ni las caras descompuestas por el odio o el horror de aquellos que pasaban a su lado. Ni siquiera se diferenciaba a sí mismo, pedazo minúsculo de una capa con la que un ser ajeno se cubría las espaldas.

Nada importaba para Sial.

Nada sino continuar allí, eternamente.

Había vencido. En medio de la guerra, había encontrado su paz.

En el hombro de Diabald, el Hilo sonrió.

MARIPOSAS DEL OESTE

…y el Cazador de Sombras prendió en un haz de luz la torre del silencio.
Omar Khayyam

Conocí al Dios casi al azar. O al menos, así me parecía entonces. Tenía solo ocho años. Las alas apenas comenzaban a brotar en mi espalda. Escocían terriblemente. A veces, la piel se convertía en un surco sanguinolento y las membranas recién nacidas se movían como apéndices que aún no controlaba. Fue mi madre quien me llevó ante el Dios. Recuerdo que ella iba caminando muy lento, como si no quisiera llegar nunca.

No tengas miedo, decía, *no tengas miedo. Todas las Hijas del Oeste tienen que presentarse ante él al menos una vez en la vida, pero el Dios escoge a pocas mujeres, casi a ninguna. Solo le gustan las más bellas y gorditas. Tú estás flaca, corazón, casi desnutrida, no te mirará a los ojos.*

Su voz intentaba consolarme. Yo lloraba, no sabía realmente por qué, pero las lágrimas caían de mi rostro como una pasta informe que olía a miedo y sudor. Mi madre también gemiqueaba, pero se cubría la cara para que no la viera. No quería mostrarme que estaba asustada.

Estás muy flaquita, Anahira, muy flaquita. Ya verás que ni siquiera se va a fijar en ti, y ponía sus manos encima de mis alas aún deformadas por el proceso de crecimiento. *Estas membranas son un espanto. Tranquila, corazón, te quedarás conmigo.*

Mi madre me llevaba de la mano. Caminábamos por la calle, evitando los basureros radioactivos donde todavía moraban
—aunque la Guerra del 76 había acabado hacía más de una década— los veteranos contaminados por la peste Iaga. Mi madre recordaba la Guerra con una mueca de desilusión y alivio. A veces me decía, cuando pensaba en aquellos años pasados, de hambrunas y misiles: *El 76 fue peor que el mal de Nake, que te pudre la carne, los huesos y los sueños,* y luego fingía reír: *Pero todo eso ya ha pasado. El Dios hizo la paz.*

Mamá no tenía alas. Mi abuela era una nabí extremista. Su religión le prohibía realizar corpotransformaciones; por eso se negó a que mi madre recibiera unas alas, y gritó cuando los *medcs* de BodyPlus quisieron llevarse a su hija a la fuerza. Los amenazó con la excomunión, el infierno y sus torturas. De alguna manera, nunca supe cómo, mi madre se quedó junto a los nabíes, y jamás tuvo alas.

Pero permitió que yo tuviera las mías. *Mi hija no va a ser diferente, todas las mujeres se las tallan,* dijo mi madre, enfrentándose a mi abuela y a la Iglesia Ortodoxa Nabí, cuando mi nacimiento la obligó a tomar una decisión.

Me crio a solas.

Mi padre era un soldado sin nombre que había muerto, como casi

todos los hombres jóvenes, en la Guerra del 76. Mi madre ni siquiera recordaba bien cómo se llamaba: *Alcker, creo, o algo que sonaba parecido*… Su amor había sido corto: una sola noche, entre los escombros de una barricada, mientras Anga —el satélite-ciudad que flotaba por encima de las cabezas de los hombres— iluminaba la basura, las piedras rotas y los cuerpos de mi madre y mi padre mientras hacían el amor sobre el polvo.

Él le había susurrado: *Te voy a hacer el hijo más hermoso de esta tierra, un niño que le escupa los ojos a la muerte, un hijo que la venza.* Mi madre no quería un varón, así que murmuró en las orejas de mi padre: *Sí, pero una niña.* Él, sin dejar de penetrarla ni un segundo, respondió: *Estás loca*. Hizo un signo contra la maldición en el aire y escupió sobre las piedras. *No pidas una hembra. No lo pidas más.*

Mi padre era uno de los últimos hombres que habían sobrevivido a la Guerra. Su pecho estaba lleno de medallas, cruces roñosas, trozos de moho y latón que demostraban su coraje en los campos minados del Oeste. Estaba de licencia cuando conoció a mi madre: buscaba una puta y la encontró a ella, una de las pocas *niñas limpias* de la ciudad, que deambulaban entre los escombros, cambiando sexo por un pedazo de pan.

Después de aquella única noche, no volvieron a verse nunca.

Era tan lógico.

Aquellos que se iban al Oeste no regresaban.

Los hombres no regresaban.

Los pocos que sí, venían marcados por el Iaga y el mal de Nake, y se pudrían a solas en los basureros radioactivos. Vivían en comunidades de apestados, vestían de blanco y caminaban por las calles de la ciudad solo cuando estaban medio muertos de hambre y debían pedir una limosna para seguir viviendo aquella media existencia de inválidos y leprosos. Los recuerdo, cómo no. La forma en que caminaban, con las cabezas escondidas entre los brazos. Sus pústulas apestaban tanto que no era necesario escuchar el sonido de las campanillas que llevaban como advertencia para saber que un *nake* o un *iaga* se acercaba. Sentía por ellos asco y lástima. Mi madre también. A veces les arrojaba por la ventana de nuestro cuartucho un mendrugo de pan, una moneda vieja o las sobras de nuestros perros.

Desde muy niña, me acostumbré a no tener ni siquiera el nombre de un padre, y a escuchar a las palabras de mamá, repetidas una y otra vez hasta el cansancio: *Los hombres que van al Oeste no regresan.*

Mi padre hubiera querido que yo fuera varón. A aquellos que engendraban hombres les ofrecían créditos extra en la tarjeta de vida, un pase de dos semanas lejos de los fuegos del Oeste y una dosis doble de revitalizantes.

Pero yo fui niña, y mi madre —en cuanto dio a luz— me llevó a las factorías de BodyPlus para que los *talladores* me hicieran las alas.

A ella le encantaba acariciármelas por encima de la tela transparente de mi vestido, mientras me decía *hermosa, mi niña hermosa, mariposita.*

A las hijas de los hombres del 76 nos decían las Mariposas del Oeste, y los *talladores* del BodyPlus nos tatuaban en el brazo unas marcas que parecían alas, cruzadas por una flecha verduzca. Aquella era la marca del Dios. La señal que decía claramente que éramos hijas de la guerra y Su pertenencia.

Mamá nunca me había contado esa historia.

Por aquel entonces, yo pensaba que toda mi vida iba a transcurrir a su lado, entre los perros viejos que había heredado de los nabíes, entre los escombros de los cuartos, entre el mal olor de los vecinos, mirando hacia el cielo para ver, una sola vez al día, cómo pasaba Anga entre el polvo de las estrellas. No tenía grandes sueños, ni ambiciones, pero estaba pegada a mi madre como si el hilo umbilical jamás lo hubieran cortado. Toda mi felicidad se centraba en sentir sus manos encima de mis alas…

No sabía aún que los hombres de mi planeta se estaban extinguiendo.

Ni que estaba destinada a casarme con el Dios.

Lo supe mucho después, aquel día en que mi madre me llevó de la mano hasta las puertas del palacio Niedo, mientras le rezaba a todos los viejos ídolos de mis abuelos porque el Dios no me seleccionara todavía. *No este año, no este año*, susurraba mi madre y esquivaba los escombros. Yo me quejaba por la larga caminata, y el escozor en la espalda, y la molestia en mis alas. *Es aún demasiado pequeña,* susurraba mi madre. *No este año, todavía no. Dame unos meses más para estar con ella.*

Sus ojos asustaban. Nunca antes la había visto llorar, ni siquiera cuando murió Polpo, el más viejo de los perros, que había sido la mascota favorita de mis abuelos nabíes. Aquella tarde, mi madre sollozaba ante las puertas del Palacio Niedo, y yo la imité: estaba aterrada ante aquellas lágrimas que nunca había visto. *No tengas miedo*, me dijo con una sonrisa que era una máscara de cera. *No tengas miedo. Estás tan flaquita que el Dios no te querrá. Todavía van a pasar algunos años.*

Algunos años para qué, pregunté yo, y apreté las manos de mamá hasta que ella gimió de dolor. *Anahira, mariposita, no te preocupes: nada te puede suceder,* acarició por última vez mi espalda, mis alas y mi rostro. *Sube, sube las escaleras… me quedo aquí abajo… esperándote.*

Nunca me di la vuelta.

Nunca más volví a verla.

La Primera Esposa del Dios —una mujer de unos cuarenta años, vestida de rojo y con dos niñas en los brazos— me recibió frente a las puertas. Yo no estaba sola. Al llamado del Dios habían acudido más de

trescientas muchachas, entre los siete y los veinte años. Algunas no tenían todavía alas; otras, ya habían terminado el proceso de crecimiento y mostraban unas membranas portentosas. Todas hablaban a media voz. Cuando la Primera Esposa alzó una mano, se hizo un silencio espeso como la noche.

Síganme, dijo la Primera, y obedecimos.

Nunca antes había cruzado el umbral del Palacio Niedo. Aquel era un mundo de ensueño. Tan distinto de todo lo que conocía. Parecía una quimera de orden, limpieza y belleza. Las paredes estaban tapizadas por holografías móviles, los pisos eran de piel y madera, del techo colgaban lámparas de fuego que iluminaban cada rincón. Como en los cuentos nabíes sobre el paraíso que mi madre me contaba cada noche antes de dormir.

La Primera era la mujer más hermosa que había visto nunca.

Sus alas brillaban, y dividían el aire con un batir lentísimo. Las niñas que llevaba entre sus brazos eran apenas recién nacidas pero, qué curioso, ya tenían pequeñas membranas en las espaldas, las cerraban y abrían como si aquello fuera un juego. *Son las hijas del Dios,* dijo una chiquilla a mis espaldas. Tenía unos catorce años y una mata de pelo rojo. *Sus alas son auténticas, no talladas, el Dios mismo se las hizo.* Y luego agregó: *Cuando yo tenga hijas con el Dios, serán así de hermosas. Algún día, seré la Primera…*

Su tono era de autosuficiencia. Se sabía hermosa, y agitaba su cabellera de un lado al otro. Aquella muchacha era de veras una criatura maravillosa, pero la Primera la miró con ojos recriminatorios y una mueca entre los labios, detuvo su paso y el de toda la comitiva, y se acercó a nosotras lentamente.

La pelirroja retrocedió asustada. La Primera Esposa era una mujer alta, un poco delgada para su tamaño, pero tenía ojos terribles. *Perdón, señora*, balbuceó la chiquilla. *Perdón, señora.* La Primera la miró como a un insecto, y le dijo: *Tienes la boca sucia, engendro del Oeste. Nadie será la Primera excepto yo, y cuando muera, me sembrarán en la tierra con ese nombre. Si algún día llegaras a ser del Dios, niñita, cosa que dudo muchísimo, no pasarás de ser una concubina, y solo darás a luz criaturas sin alas.*

La Primera dio media vuelta, y prosiguió su marcha. La pelirroja, a mis espaldas, se mordía los labios.

Nada más recuerdo de mi primer recorrido por el palacio.

Cuando llegamos a la sala del trono, esta se encontraba a oscuras. La Primera Esposa nos cedió el paso, y luego cerró las puertas a nuestras espaldas. Yo pensaba en mi madre, que todavía me estaría esperando afuera, con las manos convertidas en un amasijo de sudor. Tenía solo ocho

años, y todo mi conocimiento del mundo eran las historias nabíes de los abuelos, las leyendas que se urdían en torno a la Guerra del 76, los iagas y los nakes que deambulaban por las calles en busca de un pedazo de pan que ni los perros comían.

Aquel universo era tan nuevo para mí.

Pensaba en aquello, y me estrujaba las manos. Las alas me picaban en la espalda. Fue entonces cuando sentí la caricia. Sobre mi escozor. Aliviándome. Y una voz muy suave, que penetraba las defensas de mi mente, dijo: *Todo estará bien, no tienes que sentir miedo.* Pregunté en voz alta: *Dónde está mi madre,* y la voz me respondió: *Ella recibirá algún dinero por ti. Lo suficiente como para que pueda irse a vivir a un lugar mejor, lejos de los basureros. Pero no volverás a verla.*

El Dios repitió: *No volverás a verla*.

Aquella no era una opción, sino una orden. Mis ocho años sollozaron en silencio, en el medio de aquella oscuridad que los tragaba. Sentí de nuevo las caricias en mi espalda, pero ya no era el Dios el que me tocaba, sino las manos de la Primera Esposa.

¿Y mi madre?, volví a preguntar. Mis dedos se perdían entre sus manos enormes.

Como dijo el Dios, ya no volverás a verla, Mariposa del Oeste.

¿Por qué me llamas así?, inquirí, y la Primera me miró con una sonrisa que era de adolescente: *Todas las Esposas del Dios nos llamamos de esa manera.*

Conocí al Dios casi al azar. Fui seleccionada por Él para integrar el cortejo de sus Esposas Menores. Era cuestión del destino. Así lo pensaba entonces, y así lo pienso ahora, cuando ya han pasado los años.

Yo tenía solo ocho años, mis alas escocían, y no era hermosa, sino flaca y algo desgarbada para mi edad. Nunca supe en realidad por qué me había elegido entre tantas muchachas. Por encima de la pelirroja. A mí, y a otras seis niñas que apenas conocíamos el mundo.

La primera vez que me amó, se lo pregunté. Tenía entonces diez años, y mis alas habían terminado de crecer. Él me contestó: *Fueron tus ojos,* y no quiso explicarme otra cosa.

Cuando lo vi por primera vez, ya casi había olvidado cómo se sentía su voz dentro de mi cabeza, sus caricias sobre el escozor en la espalda. El cuarto de apareamiento era oscuro. La Primera Esposa me llevó hasta allí de la mano. Iba contándome historias de amor, de sangre y placer.

Te dolerá, dijo, *pero no será la gran cosa. Lo importante es hacer*

hijos para el Dios.

¿Niños o niñas?, pregunté, ya para entonces sabía la importancia que tenían los varones en mi mundo.

Él quiere hembras, dijo la Primera. *Prefiere a las Mariposas.*

Pero ya casi no hay hombres, protesté, *¿no sería mejor si le diera un cachorro?*

No seas tonta, me respondió la Primera. *Las niñas siempre son bienvenidas en Niedo.*

Y por qué, volví a preguntar.

Porque el Dios nos ama, y amará también a nuestras hijas, y hará en ellas nuevas Mariposas, y así será hasta la eternidad.

Pero un varón… mis intentos de defensa eran cada vez más débiles.

Cállate, niña. No sabes lo que dices. Deja a los machos para la Guerra, para los nakes y los iagas, y olvida lo demás. Recuerda que el Dios escucha todo. Lo que dices y lo que piensas. Él nunca duerme.

En los ochos años que viví afuera, nunca pude ver a un verdadero hombre.

A veces, a lo lejos, mi madre me enseñaba la sombra de uno que lo había sido, en tiempos pasados.

Siempre eran apestados que iba sonando su campanilla. Manos cubiertas de pústulas que sangraban. Ausencia de varios dedos.

Eso es un hombre, me dijo mi madre, asomada a la ventana. *Mira, mariposita, quizás sea uno de los pocos que puedas ver en toda tu vida.*

Vomité sobre el vestido de mi madre.

El hombre —aquella palabra abstracta— me provocaba asco.

No podía imaginarme a mi madre debajo de una masa cubierta de pústulas que la besaba, la mordía y le susurraba en el oído: *Voy a hacerte un hijo que venza a la muerte.*

Estaba envuelta en la oscuridad, pero sabía que el Dios estaba a mi lado.

Dónde naciste, preguntó. *En el Barrio Nabí. Mis abuelos eran pastores de la Iglesia Ortodoxa,* contesté. *Ese es un oficio interesante, Mariposa del Oeste. Pero dime, ¿todavía piensas en tu madre? Sí,* fue mi respuesta. Había decidido no mentirle en nada, contarle toda la verdad. *¿Todavía quieres darme un hijo varón, mariposita? Sí,* aquellas palabras fluían a través de mí como un río. *Pero yo solo quiero hembras. No comparto mis Mariposas con ningún macho.*

Por algunos minutos, guardamos silencio.

Todavía sentía sus manos en mi espalda.

¿Por qué me elegiste? Entre tantas otras, ¿por qué?, inquirí entonces.

Por tus ojos, me respondió. *No preguntes más*. Sentí su lengua que corría por mis alas, la saliva que erizó los vellos en mi espalda, y después las manos. Me puso de espaldas, y yo quise tocarle el rostro, pero él me aguantó sometida contra el piso. La saliva se esparció entre mis muslos.

No dolió demasiado.

Solo mis alas ardían cuando el Dios clavaba sus dientes en las membranas y amenazaba con trozármelas. Quise gritar, pero tenía la boca tapada por sus manos, las caderas sostenidas por sus manos, el pelo agarrado en una llave, las alas abiertas: *No soy un tallador, Mariposa, te haré niñas de verdad, niñas que vuelen. En tus hijas haré otras hijas, y en ellas otras, voy a hacer una prole eterna de Esposas, de Mariposas del Oeste.*

Vivíamos —yo y las Esposas Menores— en el ala izquierda del Palacio.

Un millar de IAs defendían nuestras puertas y nos impedían salir, a menos que el Dios nos requiriera en el cuarto de apareamiento.

En doce años, visité más de treinta veces la cámara del Dios. Aquella era una cifra desorbitante para una Esposa Menor. Me llamaba a su encuentro siempre por intermedio de la Primera. *Anahira,* me decía ella, *el Dios te quiere de nuevo*.

En doce años, nunca le vi los ojos a mi Esposo, ni toqué su rostro, ni lo contemplé a la luz.

Éramos más de trescientas Esposas Menores. Una vez al año, recibíamos nuevas niñas que iban integrándose al harén.

A la luz de las lámparas de fuego, cuando caía la noche, las muchachas nos contábamos nuestros encuentros con el Dios. Reíamos tapándonos las bocas, para que la Primera no nos escuchara. Luego, cuando el tema ya nos aburría, jugábamos a amarnos entre nosotras.

En más de una década escuché tantas historias sobre el origen del Dios que apenas puedo recordarlas. Que si era eterno, omnipresente y sabio. Que escuchaba los pensamientos más ocultos. Que había nacido de una virgen. Que había muerto y resucitado al séptimo día. Que no era una criatura de la Tierra, pues su cuna se encontraba lejos, en un mundo de dos soles y calles de roca. Que había ganado la eternidad en el 76, quién sabe cómo. Que era un sobreviviente inmune al mal de Nake y la peste Iaga. Que había comenzado la Guerra, que la había terminado. Que era el Mesías y realizaba milagros. Que era el pacificador y el guerrero. Que no tenía cuerpo. Que su cuerpo estaba hecho de alas y polvo. Que sus ojos eran las puertas de las dimensiones.

Todas las historias coincidían solo en un punto: el Dios es eterno y solo concibe a hembras.

Durante dos décadas fui su Esposa.

Parí a sus retoños.

Dieciséis de mis hijas nacieron sin alas. A muchas de las Esposas Menores les sucedía como a mí: camadas y camadas de hembras bellísimas, que no tenían ni el esbozo de una membrana en las espaldas. Nadie me juzgaba, y por espacio de algunas semanas yo tejía el sueño del perdón. Pensaba que el Dios había olvidado mi incapacidad, que mis niñas dormirían tranquilas en el cunero junto a mi lecho. Pero siempre, en la decimoquinta noche después del nacimiento, venía la Primera con su andar culpable. Sus manos hurgaban en el cunero sin hacer ruido.

Yo fingía dormir, pero veía cómo la Primera cargaba a mis hijas y se las llevaba en brazos, aún dormidas, hacia otro sitio… Dieciséis veces las vi partir. Ni siquiera me atrevía a ponerles un nombre, o a encariñarme con ellas. Nunca me quejé. Era lógico. Era justo. Ni me atreví a preguntarle a la Primera Esposa cuál era el destino de aquellas niñas.

Solo una de mis hijas nació con alas. Era una criatura pequeñísima, casi insectoide. Apenas tenía el rostro formado. Todo su cuerpo me cabía en la palma de la mano, pero sus alas eran preciosas, se batían: aquella hija mía quería vivir a pesar de su cara de insecto. La Primera Esposa me besó en la mejilla, con una alegría que no era fingida. Las Esposas Menores me miraban con envidia. Pero la dicha no fue larga. Mi hija no era fuerte. Al quinto día de su nacimiento, sus alas dejaron de moverse.

Ocho horas después, la Primera Esposa caminó hasta mi cuarto con paso culpable, sus manos hurgaron en el cunero, y se llevaron el cadáver de mi primera y única Mariposa.

No volví a dar a luz.

Las mujeres me miraban con ojos de rabia. Me llamaban estéril y maldita.

Acababa de cumplir treinta años.

La Primera Esposa me había retirado la palabra. Una mañana, se acercó a mí y me llamó por mi nombre: *Anahira, ven. El Dios ha decidido que no tienes por qué vivir entre las Esposas.*

Pero soy una, protesté.

Ya no más.

Fui conducida junto a las Concubinas, mujeres sin alas, estériles, viejas, que el Dios tomaba para su servicio y el de sus Esposas, y que eran las encargadas de limpiar las letrinas del palacio, los amplios escalones y vestir a la Primera. No teníamos el derecho de hablar, ni siquiera de susurrar palabras para no morir de aburrimiento. Nuestro oficio era el del servicio silencioso.

A veces, en el medio de la noche, una de las Concubinas era llamada a

los aposentos del Dios, y nunca se le volvía a ver.

Sabía que un día iba a llegar mi turno.

Era una cuestión de lógica.

Por eso, no temí demasiado cuando la Primera Esposa me hizo ir a su encuentro y pronunció aquellas palabras: *El Dios quiere verte. Otra vez.*

No lo niego: aún tenía esperanza. Quería escuchar al Dios decirme: *Vamos a hacer un hijo que venza a la muerte,* y yo entonces le daría mil hembras preciosas, de alas eternas.

Sabía que mi sueño era tonto, pero me repetía aquellas palabras una y otra vez mientras caminaba por los pasillos cubiertos de holografías. Seguí repitiéndolo hasta que entré en los aposentos del Dios —masa oscura— y escuché dentro de mi cabeza: *¿Recuerdas cómo te llamaba tu madre?* Las manos del Esposo acariciaban mi espalda, como aquella tarde en que me eligió entre tantas otras. *Claro que recuerdo*, respondí en voz alta. *Me decía «mariposita mía».* Las manos del Dios deambulaban por cada fragmento de mi cuerpo. *No tengas miedo, Anahira, no tengas miedo*, su voz dentro de mi cabeza se parecía cada vez más a la de mi madre, y yo iba sintiéndome pequeña, una niña de ocho años que marcha al encuentro del destino.

El escozor en mi espalda había vuelto, pero las manos del Dios me acariciaban, e iba llenando de saliva cada uno de mis poros. Sus manos estaban en mi rostro, en mi cuerpo, sobre mis alas, oprimían mis caderas contra el suelo, todo al unísono; el Dios estaba en mí y en todas partes de la habitación, incluso encima de la oscuridad.

Sentí su mordida en mis alas, los dientes que se clavaban sobre las membranas y me hacían gemir de dolor… a veces de placer.

Anahira, voy a hacerte una Mariposa que venza a la muerte, susurró el Dios en mi cabeza y entonces se hizo la Luz.

Fue la primera vez que pude verlo.

Su cuerpo estaba en mí y en cada rincón del aposento.

Su cuerpo era la masa negra de una araña que tenía ocho manos de hombre, cada una en un lugar distinto de mi piel. Su mandíbula aferraba mis alas, las trozaba, las mordía, iba inyectando el sueño entre mis poros. En cada rincón del cuarto había un nicho de saliva y tela, y de él colgaban los cadáveres de algunas Esposas Menores, y de las Concubinas. Algunas eran capaces, todavía, de mover las alas, como insectos atrapados entre la muerte y algún otro sitio indefinido.

No tengas miedo, me dijo el Dios, mientras tejía sobre mí la tela. Mi cuerpo había dejado de resistirse, pero yo seguía mirando las ocho manos que se movían sobre mi carne, y la masa oscura que era su esencia, diluida

en todo el espacio y también dentro de mi mente. *No tengas miedo,* me repitió. *No tienes por qué temer, mariposita.*

Sus palabras me hacían sentir de ocho años.

Tenía solo ocho años cuando conocí al Dios. Casi al azar. O al menos, así me parecía entonces. Las alas apenas comenzaban a brotar en mis espaldas. Escocían terriblemente. A veces, la piel se convertía en un surco sanguinolento y las membranas recién nacidas se movían como apéndices que aún no controlaba.

Fue mi madre quien me llevó ante el Dios. Recuerdo que caminábamos muy lento por las calles cubiertas de escombros, como si no quisiéramos llegar nunca.

No tengas miedo, me decía mi madre, *no tengas miedo. Todas las Hijas del Oeste tienen que presentarse ante él al menos una vez en la vida, pero el Dios escoge a pocas mujeres, casi a ninguna. Solo le gustan las más bellas y gorditas. Tú estás flaca, corazón, casi desnutrida, no te mirará a los ojos.* Su voz intentaba consolarme.

Pero yo no prestaba atención a aquellas palabras.

Solo escuchaba sus susurros que me decían *hermosa, mi niña hermosa, mariposita.*

Tenía ocho años, e iba del brazo de mi madre.

Caminábamos entre las calles rotas, rumbo al palacio del Dios.

Las alas comenzaban entonces a brotar sobre mi espalda.

PROMESAS DE LA TIERRA ROTA

A mamá, como siempre.
A mi familia, que me enseñó a soñar.
A abuelo, mi Sulk…

¡En la oscuridad esperamos!
¡Que vengan todos los oyentes
y nos ayuden en el viaje nocturno!
Ningún sol brilla ahora,
ninguna estrella luce ahora.
Que vengan y nos muestren el camino,
pues la noche se ha hecho inamistosa.
Cierra sus párpados la noche.
Nos ha olvidado la luna.
Y esperamos en la oscuridad.

Canto de la tribu iroquí

I
La Invocación

Addyra, la primera madre de la Primavera, se sentó sobre la estera de *piel-nogal.* Aún sentía sus huesos como si fueran de polvo, rotos por la fuerza del hijo que se había abierto paso a través de ellos. Pese a todo, estaba feliz. Las mujeres de su tribu la rodeaban con sonrisas de complacencia y canastas llenas del dulce fruto del *ailuhé* que, según las leyendas, es capaz de proteger de la esterilidad y la muerte. Fruto bendecido por las llamas del Dios Espiral, y bendecido también por las nubes de los montes Uzurra, donde nacen los dragones.

Pero Addyra no pensaba en eso. Sólo contemplaba al niño que dormía junto a ella, como un montón de carne arrugada. *¿Se parecerá a mí?,* pensó, con una sonrisa. *¿Tendrá mis ojos, mi nariz, mis manos?* No era demasiado hermoso, pero Addyra no podía imaginar un placer mayor que verlo dormir en sus pliegues de carne, todavía sucio por la sangre de sus entrañas. No había un placer mayor que tenderse junto a él y mirarlo hasta que la eternidad se reducía a cenizas, y nada parecía existir más allá de aquel cuerpo diminuto.

Pero no podía hacerlo. Lo sabía bien.

Había pasado su hora del reposo. Se recogió el pelo rojo en una trenza descuidada e intentó incorporarse. El fruto del *ailuhé* le había dado fuerzas para levantarse y alimentar al bebé; incluso para sonreír a las mujeres de su casta, que esperaban por noticias del nacimiento. A todas les había agradecido por los cuidados, y de todas escuchó las mismas palabras: «Es hora de convocar al dragón.»

—Es hora de convocar al dragón —se recordó Addyra a sí misma. Con las pocas fuerzas que le quedaban intentó incorporarse. Un par de viejas se colocaron a sus espaldas y le entregaron al niño—. Es hora de convocar al dragón.

—Buena chica —le sonrió una matrona de ojos neblinosos, donde el dios Espiral se había asomado miles de veces a través de los años—. Así, sin lágrimas ni lamentos inútiles. Con las lágrimas el cuerpo se resiente, la fertilidad se malogra y los regalos se convierten en maldiciones. Con lamentos, las mujeres de la casta te mirarán como a una cobarde y ningún hombre volverá a tenderse contigo bajo la luz de Iruyàh, la Vieja Plata del Cielo. Buena chica —repitió, como si quisiera convencer a Addyra—. Nadie entiende el dolor de una madre como otra madre. Pero ahora ten

valor, muchacha. Que con lágrimas y lamentos, la Invocación del dragón protector se malogra y el Dios Espiral castiga.

—¿Se malogra? —preguntó aterrada Addyra, cuyas lágrimas comenzaban a amenazar con desbordarse.

—Unas pocas no hacen daño, hija. Venga, déjalas correr. Estás cansada y tu mente sigue aún preñada del fruto. El dios Espiral comprenderá. Pero cuidado: los dragones protectores son criaturas imprevisibles. No querrás que tu hijo sea educado por un Señor-Fuego-de-Escamas que tenga los ojos ciegos.

Un dragón de escamas ciegas, invocado en el comienzo de la Primavera, auguraba un año de pandemias, cosechas arruinadas y plagas. Un dragón sin ojos era, para un recién nacido, la peor de las maldiciones; y prácticamente una sentencia de muerte.

—Ya sabes que un Escama Ciega no puede cuidar a un niño —continúo la vieja—. Lo perderá, lo olvidará, a veces incluso dejará de alimentarlo, porque las escamas son para el dragón lo que los ojos y la inteligencia para el hombre.

—No lloraré —afirmó la muchacha, y se aferró aún más a las manos arrugadas que la sostenían, fuertes a pesar del tiempo.

¿A cuántas madres primerizas como yo has consolado, buena mujer?, pensó Addyra. *¿Cuántas de ellas malograron su parto? ¿Cuántas enloquecieron de dolor, de fiebre, de tristeza? ¿Cuántas fueron repudiadas por la tribu y enterradas lejos de los pies del Dios Espiral?*

—No tengas miedo —le respondió la vieja, como si hubiera leído sus pensamientos—. Al principio, el dolor te parecerá insoportable. Tu vientre plano te resultará la cosa más terrible sobre la faz de la tierra. Maldecirás a dioses y hombres. Luego, un día cualquiera, descubrirás que el dolor no ha pasado, pero que sí se ha convertido en soportable. Engendrarás más niños, y también a ellos les dirás adiós. Uno tras otro, hasta que el primero regrese a ti y te llame madre. Entonces, todos esos años de espera habrán valido la pena, como también tu vida. Aguardarás por todos los que dejaste ir, hasta que un día estén a tu lado para no marchar jamás. Ten valor, hijita.

—Lo tendré, Madre-de-Todos-los-Vientres. —El nombre de la Diosa de la Fertilidad resonó un rato sobre su lengua. La vieja le mostró una sonrisa de persona que ha escuchado las mismas palabras al menos un millar de veces—. Gracias, anciana. Que el Dios Espiral te mire siempre con bendiciones. Que sus tres círculos de niebla se asomen a tus ojos, diez veces diez.

Addyra se tambaleó un poco antes de sentarse a la entrada de la cueva. Un grupo de mujeres jóvenes se acercaron a ella: eran las Doncellas que aún no habían recibido dentro de sus vientres el regalo de un hombre. Las conducía una vieja. Todas producían un ruido de pajarillos asustados.

La madre primeriza recordó cómo, pocos años atrás, se había acercado a una mujer recién parida para acariciarle el vientre y tocar al recién nacido. Era una costumbre ancestral de Río Arriba que aseguraba la fertilidad eterna, el deseo y la maternidad de las nuevas generaciones. Ninguna Doncella podía rechazar el regalo de una Madre, pues corría el riesgo de ofender la voluntad del Dios Espiral y quedarse con el vientre seco como un tronco podrido.

Addyra les sonrió con su mejor voluntad. No era nadie para negarle un poco de bendición a aquellas niñas asustadas. Dejó que sus manos temblorosas se acercaran a la cabecita del recién nacido y la acariciaran. Los dedos de las Doncellas recogieron las gotas ínfimas de leche que se escurrían de los pezones de Addyra y no caían en la boca de su hijo.

La torpeza de las niñas le hizo un poco de daño. Eran muchas, todas ansiosas por recoger la bendición. Addyra estaba aún débil. Comenzó a sentir mareos.

—No te desmayes —le susurró la vieja de ojos nevados, alcanzándole un trozo del fruto *ailuhé*—. No le niegues tu bendición. Si no, muchas de ellas pensarán que han quedado malditas para toda la vida por no haber tocarte. Sé fuerte. Ya sólo quedan tres.

Aguantó a pesar de los mareos. El sabor del azúcar en su garganta le aclaró las ideas y le dio mayores fuerzas. Vio a un par de Doncellas que lloriqueaban asustadas antes de acercarse a ella. Addyra tuvo la vaga idea de que, en su momento, ella había hecho lo mismo, aterrada ante la visión de una recién parida de ojos agrandados por el dolor. Se vio a sí misma como una niña tendida en medio de un círculo de mujeres, gritando casi histérica, negándose a tocar aquel cuerpo, hasta que la propia Madre le tomó las manos y le indicó dónde tocar y recibir su bendición.

—No tengan miedo —musitó Addyra a las muchachas temblorosas—. Ya ni duele. Vengan, y que de mi leche y de la cabeza de mi hijo les llegue la suerte.

Las muchachas se acercaron. Tenían los ojos dulces de los corderos y la rozaron rápidamente.

Una vez más, le llegó un latigazo de dolor, pero tan breve que Addyra apenas le hizo caso.

Una palmada de aprobación sorprendió su espalda.

Lo estoy haciendo bien, pensó. *Todos sonríen a mi alrededor. Los augurios son buenos para mi pueblo. El Dios está contento. Invocaré a un dragón de MilOjos Escamas para mi niño. El dragón lo cuidará por mí.*

En el centro de la multitud de mujeres se asaba, a fuego lento, la placenta que Addyra acaba de expulsar. Sería un buen alimento para el dragón protector, como una ofrenda por la vida de la cual sería dueño y deudor. Un vínculo que sólo se deshacía cuando el niño entregado cumplía

la mayoría de edad: los catorce años.

Un dragón hambriento era un dragón irascible. Un dragón alimentado amaría al niño y lo cuidaría hasta el fin de la eternidad.

Addyra agradeció que su placenta estuviera intacta, como un tesoro de carne dispuesta. Con ella, pagaba su ofrenda y tendría a un excelente guardián y protector para la vida del pequeño. No podía pedirle más a los dioses.

Por eso, la madre aspiró el aroma de su propia carne, mientras tomaba entre sus manos los trozos de raíces y los brotes de *hierbas-espiral* que las mujeres de la casta le alcanzaban. Entre tanto, el niño se movió inquieto en el suelo de ceniza apisonada y lanzó un gemido de incomodidad. Addyra se puso de rodillas y lo acunó en un brazo, le cantó canciones ya olvidadas de las tribus nómadas de los hombres.

La anciana sostuvo a Addyra todo el tiempo; aunque realmente ya no lo necesitaba. Había aceptado el destino que miles y miles de mujeres antes que ella habían acatado. Esperó, preparó las raíces con *polvos lukush*, mojó en líquido rojo los brotes de las hierbas mágicas, que podían lo mismo provocar las malas fiebres que sanar, todo de acuerdo a la época en que eran sembradas y cortadas. Frotó las dos *piedras pilar* de la casta, hasta que vio la chispa que brotaba y encendía la yesca que descansaba a sus pies con el Sagrado Rojo. Entonces, temblorosa, volvió a sentarse sobre el suelo y aguardó...

Un hombre trastabillante se acercó a ella. Tenía los ojos vendados con telas gruesas que lo convertían en un insecto ciego. Iba con los brazos por delante, como si temiera tropezar.

La tradición dictaba que los asuntos de la maternidad eran exclusivos de las mujeres. Los hombres no tenían cabida, y les estaba prohibido por completo acercarse a la Cueva del Rito, donde nacía cada niño de la casta, donde era invocado el dragón, donde el Dios Espiral asomaba sus ojos centenares de veces para celebrar la continua fiesta de la vida.

Al final de la ceremonia se requería de la presencia de un hombre, porque era preciso agasajar al dragón no sólo con la carne de la madre y las hierbas mágicas y aromáticas de la tribu, sino también con música. Los dragones amaban el sonido.

El hombre continuó caminando, con una flauta de madera entre los dedos, hasta que se detuvo junto a Addyra.

—¡Ha llegado al fin! —resonó una carcajada femenina—. Que toque, que toque, para el dragón y la madre primeriza.

—Que toque, que toque —la secundaron pronto el resto de las mujeres.

Y que toque bien, pensó Addyra. *Que haga su música como nunca antes para mi hijo.*

El ciego se llevó la flauta a la punta de los labios. Sopló. Sonido gangoso, como el de un arco sibilante. Luego, fluyó en una cascada sin orden ni concierto, una melodía que no había sido escuchada nunca por la tribu. No era una de las tantas canciones que el pueblo tarareaba en medio de las faenas de las cosechas. No. Esta era nueva, y bastaba por sí misma. Addyra comprendió que el hombre improvisaba, todo en honor de su pequeño. Aquel era otro buen augurio, y se sintió agradecida.

Mi hijo tiene su propio canto, pensó, henchida de orgullo. *Es el primer niño de la Primavera, y tendrá una buena vida.* Las manos del hombre ya no temblaban, y Addyra lamentó haberse burlado de él en silencio.

—Los dioses otorgan sus dones con equidad, niña —musitó la vieja partera—. A nosotras nos dio el don de la creación por la carne; y a los hombres, el don de la creación por la música. Después de un nacimiento, no hay nada más bello que el sonido...

Y era cierto. En la tribu, la música nunca era derrochada. Sólo se usaba en situaciones extremas o especiales: ante la amenaza de una tormenta de cenizas radioactivas para apaciguar el espíritu del dios; o ante la llegada al mundo de un Niño de Primavera o Invierno para agradecerle.

—Es maravilloso —dijo Addyra, y había envidia en su voz. Ella nunca podría aprender ese don, propio sólo de los hombres, que poseían los oídos más claros de la casta—. Es una lástima que cada día tengamos menos músicos, pero los tiempos que corren son de nieve y piedra. Pocos pueden permitirse ser instrumentos de la música...

El sonido de la flauta se detuvo. El silencio pesó como una bofetada en el rostro de Addyra.

—Es hora —la apremió la anciana—. Ahora invoca al dragón...

Addyra se levantó sin tambalearse, con su hijo en brazos. Una punzada de dolor la alcanzó en algún lugar entre las costillas y el corazón, pero no se asustó. Sabía que era normal. Luego caminó con pasos lentos hasta el borde del risco. Hacia abajo se abría el abismo, como la garganta de un gigante negro. Hacia arriba, el cielo rojo de la media tarde. Hacia delante, y mucho más lejos aún, estaba la montaña Uzurra, donde los dragones duermen, esperando ser invocados. Detrás de ella, la Cueva del Rito.

—Ven a mí, dragón de mi hijo —gritó la madre. Era preciso que su voz llegase hasta los finos oídos de la bestia. Era preciso despertarlo de su sueño—. Ven a mí, dragón de mi hijo, que llevas la marca del Dios en las escamas. Ven, para que pueda alimentarte con mi carne y te entregue mi regalo. Ven, para que me hagas promesas.

Nada. Ni una respuesta. Los picos de la montaña permanecieron inmóviles. Las mujeres de la casta miraron a la madre con ojos vacíos. Addyra sintió miedo de que, a pesar de todos sus ruegos, de su carne completa, el dragón no se sintiera satisfecho y no acudiera a bordar

promesas. Si era así, su hijo estaba condenado a convertirse en un *mebba*, sin inteligencia ni sueños, que vagaría hasta el día de la muerte sobre las rocas vacías del valle.

Nada. Absolutamente nada. La montaña no escupió ni siquiera una voluta de humo.

—¡Dragón! —gritó desesperada. El miedo se reflejó en su voz como en un espejo de agua—. ¡Ven a mí, dragón! ¡Hazme promesas!

Su eco rebotó contra las rocas filosas. Escuchó los comentarios de su tribu, y un escalofrío de miedo la atravesó de parte a parte.

—¡Dragón! —gritó, hasta que le pareció que su garganta se le desgajaba como una raíz.

Un chasquido de metal resonó en la montaña. Una llamarada color acero atravesó los bordes del monte y se alzó hasta el cielo. Addyra levantó los brazos, y una lágrima de agradecimiento rodó por su rostro.

La tierra vibró por un segundo. Una cascada de piedras cayó por la ladera de la Cueva del Rito, pero Addyra ya no sintió miedo. Entonces fue el estallido. Dentro del peñasco, el Dios había escuchado las súplicas de la primera madre de la Primavera.

Unas alas magentas se asomaron al borde de la montaña.

—Sube, hijita —gritó a todo pulmón la más vieja de las mujeres—. Sube por las piedras, por encima de la Caverna del Rito, para que hables con el dragón de tu hijo y ambos se hagan promesas.

Addyra corrió, con los muslos aún pegajosos por la sangre. Tomó la placenta cocinada y alcanzó el primer reborde de la piedra. Se alzó con cuidado, intentando no destruir la carne ni lastimar al niño que llevaba en brazos. Resbaló un par de veces y dejó en las rocas un rastro costroso de su presencia.

Sólo una vez alzó los ojos y miró hacia el monte. No vio ni la sombra del dragón, pero escuchó un batir de alas como una tormenta que le anunciaba que estaba demasiado cerca. Ella tenía que llegar primero.

Escaló, hasta alcanzar la última de las piedras. Su tribu había desaparecido en algún lugar allá abajo, como una mancha de humo o polvo. El batir de las alas se acercaba. Era casi ensordecedor, pero a Addyra no le importó. Había escalado hasta la última roca y ahora dominaba con sus ojos al mundo. Veía el monte del Dios cubierto de llamas azules, las manchas que eran las cabañas de su pueblo, perdidas en medio de un valle, los picos como navajas de las montañas que rodeaban a las casas de la tribu. Ella era la Diosa y, en ese momento, todo el universo pasaba bajo sus pupilas. Aquel era el poder, y todo lo que existía más allá de él.

Una sombra con alas se inclinó ante de sus ojos, y luego descendió hasta colocarse a su costado. Addyra retrocedió instintivamente,

protegiendo al niño con su cuerpo.

Las escamas del dragón la siguieron. La madre sintió que una ola de calor la envolvía. Se tranquilizó un poco y respiró, pero no se atrevió aún a hablar.

Se miraron por un largo tiempo, hasta que Addyra comenzó a cansarse. Las escamas del dragón brillaban hasta cegarla por completo, y en cada una de ellas flotaba un círculo pálido, donde danzaban pequeños ojos de ópalo. El dragón tenía dientes tan filosos como estacas. El resto de su cuerpo era una única pupila gigante.

Permaneció inmóvil. Sólo de vez en cuando movía una de sus alas membranosas, como abanicándose. La madre no supo qué decir.

—Mi huevo ha eclosionado...

La voz del dragón sorprendió a Addyra.

—Mi huevo ha eclosionado —volvió a repetir pacientemente, con un ligero tono sibilante que era a la par humano—, porque me llamaste. Vine a hacerte promesas.

Addyra se quedó como una estatua de piedra viva. No podía moverse.

—Mi huevo... ha eclosionado —repitió la criatura—. Promesas, vine a hacerte promesas.

—Te he traído carne —reaccionó Addyra como si despertara de un sueño—. Para que estés contento, cuides a mi hijo y lo hagas sabio y digno.

—Me gusta tu carne. —El dragón se acercó a la mano de Addyra y abrió las fauces—. Dame de comer, madre....

Era una buena señal. El dragón estaba hambriento y aceptaba el vínculo. La placenta desapareció entre los dientes filosos del reptil alado. Masticó muy lentamente, como si el tiempo no tuviera ningún sentido para él.

—Acarícíame... —le pidió el dragón—. La cáscara rota de mi huevo ésta lastimándome.

Con los dedos, Addyra desprendió los trozos de las cáscaras que colgaban de su lomo como pétalos secos. El dragón gruñó cuando Addyra fue quitándoselas poco a poco.

—¿Te hago daño? —preguntó Addyra.

—No. Me haces bien....

Las escamas eran suaves como la plumilla de los pájaros, pese a su color metálico. *Están hechas para dar calor y acunar niños*, pensó la madre y se sintió más tranquila. Por encima de ellas corría una grasa gelatinosa de olor penetrante.

—Ya he comido de ti —dijo el protector—. Te he aceptado. Ahora, quiero ver a tu hijo.

Addyra le enseñó al niño. El dragón emitió un sonido ininteligible.

—¿Me harás promesas? —le preguntó la mujer, intentando no parecer nerviosa—. ¿Lo cuidarás, lo alimentarás y vigilarás? ¿Serás madre, padre y amigo para él? ¿Lo harás inteligente y me lo devolverás cuando se cumpla el plazo?

—Yo prometo.... —Los círculos de sus escamas miraban fijamente al pequeño.

—Está bien —dijo ella—. Está bien...

—Entonces me lo llevo. Ya he comido de ti y me siento satisfecho.

—Cuídalo bien, protector... —Extrañamente, Addyra no tenía deseos de llorar, sino más bien una alegría infinita.

El dragón extendió las garras inmensas. Un simple movimiento de éstas podían desgajar en pedazos el cuerpo menudo de su hijo, pero la madre no se preocupó. Aquella criatura tenía buenas escamas para protegerlo. Addyra besó la frente dormida del niño.

—Tómalo —le dijo.

El protector emitió otra vez aquel sonido:

—¿Le pondrás un nombre? —inquirió, mirándola con sus escamas de ojos incontables—. ¿Para que yo pueda llamarlo, enseñarle y dormirlo por las noches?

—Melkar... si te parece bien —le contestó ella, aunque en realidad no había pensado demasiado en uno adecuado.

—Melkar —repitió el dragón—. No lo olvidaré. Melkar... Adiós, madre.

El dragón desplegó las alas, y comenzó a batirlas. Addyra sonrió.

—¿Tienes tú también un nombre? —le gritó ella, en medio del estruendo.

—Sulk —respondió el dragón y alzó vuelo, con el niño agarrado entre las patas—. Me llamo Sulk y soy el de las Mil Escamas... Y cada una de ellas vigilará a Melkar, porque bordé contigo promesas y comí de tu carne...

No dijo más, y Addyra apenas tuvo tiempo de ver las alas del dragón que, como espejos, se alzaban en el aire. Su hijo volaba con él, hacia el otro mundo que existía más allá de las tribus de los hombres, hacia las colinas del Dios Espiral, donde duermen los dragones. Sulk lo criaría, lo alimentaría, le daría el don de la inteligencia. Lo cuidaría por ella.

La madre comenzó a descender; primero lentamente, mirando siempre hacia abajo, con miedo a caer. Luego se apresuró, y antes que la oscuridad tocara la piel de la tierra, Addyra había alcanzado a los de su tribu.

Toda su casta la esperaba con brazos y ojos sorprendidos. Habían escuchado el sonido de las alas de Sulk, y sabían que ella había regresado con promesas del dragón. Como una sola mano inmensa, una decena de dedos la aguantaron y la ayudaron a descender. Addyra se quedó parada

ante la tribu, sin saber qué decir.

—¿Comió de tu carne? —preguntó alguien de la multitud—. ¿Aceptó a tu hijo?

—Tengo la palabra del protector: él cuidará del niño.

—¿Era hermoso? —inquirió una las viejas—. ¿Tu dragón?

—Sí... —Las palabras se le trababan a Addyra en la garganta. No podía describir la belleza del reptil con alas, el de Mil Ojos en las escamas púrpuras y negras.

Alguien de la multitud abrazó a Addyra.

—Tu hijo se hará fuerte, mujer...

—Que el Dios Espiral te de muchas semillas fecundadas, y partos sin dolor —le desearon las mujeres antes de marcharse—. Que tus frutos regresen convertidos en hombres, construyan casas en los árboles para ti y te traigan frutos del *ailuhé*.

—Que tu sangre no se pierda en el olvido de los dioses...

Sólo la vieja partera la acompañó cuando todos se habían marchado. La costumbre decía que la madre debía quedarse en la colina, a conversar con sus antepasados muertos en el Gran Derrumbe, a pedir fertilidad y vida para el pequeño que recién había abierto los ojos al mundo. Pero Addyra no quería estar sola, ni siquiera con sus fantasmas familiares. La sensación de poder divino que la había acompañado en su ascenso ya no existía. Ahora, se sentía infinitamente humana. Observar las ciudades de los hombres desde los ojos de un dios la incomodaba.

—Me quedaré contigo... —le dijo la vieja, tendiéndole una mano arrugada como el brote de las raíces en invierno—. Quizás éste no sea el mejor momento para hablar con tus antepasados, muchacha.

—¿Y ahora que viene, madre? —le preguntó Addyra al rato—. ¿Qué tengo que hacer?

—Mañana bajarás al pueblo, te moverás entre los hombres, bailarás y cantarás. Celebrarás la partida de tu hijo. Tienes muchos motivos para ser feliz. Hoy descansa. Recuerda a tu niño y a su dragón. También puedes hablar conmigo...

Otra vez, Addyra se sintió sin palabras. Muy lentamente, colocó la cabeza en el hombro de la partera y dejó que ella le peinara los cabellos sucios y costrosos de sudor y polvo.

—Su dragón se llamaba Sulk, y era un MilOjos Escamas —dijo Addyra, mientras miraba las luces de los fuegos nocturnos que brillaban sobre la tierra.

En las noches, el mundo de los hombres parecía un trozo de carbón.

—¡Un MilOjos! —se extrañó la vieja—. Hace siglos que no despertaba uno. Eres una mujer afortunada, casi tanto como tu hijo...

Pero Addyra apenas la escuchaba. Sus pensamientos rugían dentro de

su cabeza.

Entre tanta oscuridad, las pupilas de los dioses han de perderse. Quizás por eso sea que en las noches ocurren las desgracias de la tribu: el ataque de los hombres-bestias, el derrumbe de las casas, las tormentas de cenizas nucleares... porque los dioses nos pierden el rastro.

—Nuestra tribu presumirá de tu dragón durante años —continuó la vieja—. Las demás castas vecinas se morirán de envidia. Todo el mundo sabe que sus dragones son cada vez menos inteligentes. Por eso, la Casta Río Abajo se extingue lentamente junto a sus protectores. Que no te extrañe que cuando nazcan tus nietos, los Río Abajo sean una especie más organizada de *mebba*. En siglos, no se ha escuchado que hayan convocado ni siquiera a un dragón Vientre de Plata. ¿Sabes que el año pasado las mujeres de Río Abajo parieron ocho *niños-mebba*?

—No —negó Addyra, y por un momento recordó su propio terror aquella tarde, cuando pensó que su hijo estaba condenado a la misma suerte. La sola idea de imaginar a un niño reptando entre las cenizas de aquel mundo, consumido por la sed y el hambre, alejado de toda casta humana y de los dioses, la estremecía.

Lejos, en las Tierras Nucleares, resonó una explosión. La noche se iluminó por un segundo con una luz enferma y moribunda. *Para que los dioses nos vean*, pensó la mujer y contempló un momento al mundo desde la altura. La ciudad de los hombres, divida en castas. Luego, el Monte Uzurra de los Dragones y, más allá, la vasta extensión de tierra desértica abandonada siglos atrás, la tierra que los hombres habían olvidado.

En ellas, dormían aún las ciudades de sus antepasados, como inmensos cuerpos de piedra soñolienta. Eran simples gigantes, condenados a permanecer inmóviles por toda la eternidad. Nadie sabía qué se escondía en aquellas urbes. Pese a todo, permanecían a lo lejos. Se podía acceder a ellas, por supuesto, a través de los campos minados con *armas eruku,* que habían quedado abandonadas tras la última guerra. Muchas habían sido desactivadas por golpes de suerte, otras habían explotado accidentalmente. *Nosotros las llamamos las Luces-que-alumbran-la-noche*, pensó Addyra. *Pero no son más que bombas.*

Aquellas ciudades todavía conservaban su nombre. Addyra podía recitarlos de memoria: Ulgard, Nueva Alfra, Gilgame, Arteur. Los hombres aún los recordaban, con una mezcla de espanto, asco y añoranza.

—Ahora duerme un rato —le dijo la vieja—. Yo velaré por ti, y hablaré con tus antepasados. Nadie nos atacará, no te preocupes.

Confiada, Addyra cerró los ojos. Aquella noche soñó con sueños de dragón, que volaban en la oscuridad con sus miles de ojos y un niño entre las garras. Soñó con ciudades rotas y abandonadas, y campos minados de cenizas.

Cuando despertó a la mañana siguiente, la vieja partera le sonreía y señalaba hacia el sol. Un nuevo día había comenzado para la casta de Río Arriba.

II
La tabla del 9

Un rayo de sol alumbró la cara de Melkar. Lentamente, abrió los ojos.

Sulk aún dormía a su lado. Los resoplidos salían de sus inmensas fauces como un tumulto de moscas que volaran juntas. Melkar quiso volver a dormir hasta que su dragón despertara, pero no pudo. La perspectiva de pasar media mañana frente al nido, sin saber qué hacer con el tiempo, jamás le había gustado. Podría también repasar la tabla del 9 —el número maravilloso, lo llamaba Sulk—, pero las matemáticas nunca se le habían dado bien. Prefería, en cambio, las historias del pueblo humano antes del Gran Derrumbe, el saber de sus ancestros, las historias de los viejos libros y los cuentos sobre su madre Addyra, mujer de Río Arriba.

El dragón volvió a roncarle en el oído, e inmediatamente el niño supo que no podría volver a dormir. Se había acostumbrado desde bebé a que los resoplidos de Sulk lo sumieran en el sueño, pero una vez despierto no hacían más que incomodarle.

Por eso, el día de Melkar se veía solitario y gris, sentado ante el nido y rezándole a los viejos dioses porque Sulk despertara unas horas antes. Se levantó, estiró sus músculos y reprimió un bostezo incómodo.

Repasaría la tabla del 9; sus malditos problemas con las malditas matemáticas.

—Nueve por cinco cuarenta y cinco. Por seis sesenta y tres. Nueve por siete, cincuenta y cuatro. Por ocho setenta y seis. Nueve por nueve.... nueve por nueve... por nueve...

—Ochenta y uno —respondió Sulk, estirando las garras y abriendo uno por uno sus mil Ojos—. Tu tabla del nueve me ha despertado, y ni siquiera te la sabes aún bien.

—No se me olvida más, de veras. Nueve por nueve, ochenta y uno. Nueve por nueve, ochenta y uno. —Y agregó—: Estudiar me da siempre hambre.

—Eres un *cachorro de hombre* malcriado, Melkar —lo regañó el dragón, pero el niño supo que sólo jugaba con él. La verdad es que se sentía complacido. Cuando Sulk lo llamaba *cachorro de hombre* era que sus travesuras estaban perdonadas—. Puedes comer fruta, bestiecilla —rio el dragón.

Sulk le había enseñado cuál de los alimentos y los frutos podían ser comidos, y cuáles no. Existían frutas mutantes como el *ailuhé* que

exaltaban tus sentidos y te libraban del dolor; otras como las bananas que te daban todas las energías necesarias para un día. Esas no dañaban. Sin embargo, las frutas rojas, las grises y las pardas estaban por completo prohibidas. Sus mutaciones las habían transformado de alimento de los humanos a veneno. En la tierra, para sobrevivir y dejar de ser un *cachorro de hombre,* había que aprender largas lecciones de precaución.

El niño dio un salto de alegría. Su estómago comenzaba a rugirle. Rápidamente, se montó en el lomo de Sulk, y aseguró el juego de correas a su cintura.

Pocos años antes, Sulk lo llevaba entre las garras al volar. Se había acostumbrado a ello desde que tenía conciencia. Volar le parecía parte de su propia naturaleza. Era maravilloso ver cómo pasaba el mundo bajo su cuerpo, más veloz que una tormenta.

Pero Melkar había crecido, y Sulk se había negado a seguir cargándolo como a un bebé.

—Ya no eres un recién nacido —le había dicho entonces—. Es hora de que aprendas a montar como un *hombre.*

Así que se había amarrado a lomos del dragón por medio de sogas y correas que había juntado, trenzado y entrelazado en noches interminables. De esa manera, había vuelto a observar el mundo desde arriba, en el mejor de los vuelos. Conocía cada escama y protuberancia del cuerpo de su protector, cómo y de dónde sostenerse, de qué manera conservar el equilibrio si las sogas llegaran —por algún motivo— a romperse.

No tenía miedo de caer. Sulk nunca lo habría permitido. Podría incluso saltar desde lomos de su dragón, sin sentir una punzada de temor. Sabía que, si caía, las garras de Sulk lo agarrarían de inmediato. Era su dragón, y siempre estaba allí para protegerlo.

—¿No tienes hambre, Melkar? —le recordó el dragón, pacientemente.

El chico terminó de amarrarse al lomo. Luego, le acarició las escamas. Era su forma de decirle a Sulk que estaba listo. El dragón emitió un sonido de complacencia y extendió las alas. La tierra comenzó a correr bajo ellos como una nube carmelita y verde.

—Vamos a repasar tu lección —dijo el protector—. Cuéntame de tu origen y de tu casta.

—Mi madre es una mujer de la casta de Río Arriba. Mi tribu domina el arte de cosechar, de pescar y de tejer. Tenemos un dios regente, al que llamamos Espiral. Él le sonríe a los viejos, y se asoma a los ojos de quien ha vivido muchos años. Mis ancestros... —Dudó un poco antes de continuar—. Mis ancestros emigraron de una de las Ciudades Numerarias; realmente no sé de cuál. Aunque no importa. Los hombres de Río Arriba tienen la sangre y los orígenes mezclados.

—Bien, pero háblame de tus ancestros más lejanos.

—Venían de una tierra hermosa y milenaria, que ya no existe... Se llamaba Ouro, tragada por el mar. No sé nada más. Vinieron de ella cuando el sol estaba a mitad de su camino, antes del Gran Derrumbe. Mucho antes.

—Ahora háblame de un héroe antiguo, de las épocas de cuando el sol comenzaba su viaje.

—Alejandro, llamado también La Bestia —contestó el niño—. Fue un conquistador. Dominó gran parte de la tierra, más allá del Azul. Se escribieron grandes libros sobre él...

—Dime de un héroe que haya existido después del Gran Derrumbe.

—¡Vaya, eso es fácil! —Melkar sonrió aliviado. Tenía que hacer un gran esfuerzo de memoria para recordar aquellos nombres de humanos muertos antes del Gran Derrumbe. Sin embargo, las leyendas de los héroes que vivieron el Cataclismo le eran mucho más simples—. Uszo Lajeah, *desplazador*. Cuando las viejas ciudades se sumergieron en las cenizas, Uszo se encargó de buscar a los pocos seres vivos que quedaban atrapados entre las ruinas y los sacó de allí. Atravesó los caminos y penetró en ocho ciudades desmoronadas para rescatar a los hombres. Tenía una suerte que muchos envidiaban; todos decían que cuando Uszo se acercaba a un temblor de tierra, éste cesaba. Le decían el *aguantapiedras*. Algunos le veneraron como a un dios, porque no creían que pudiera morir. Pero al final murió, aplastado como otras tantas víctimas bajo una mole de rocas y edificios desmoronados, junto a aquellos que intentó salvar. Se hundió en la tierra, y nadie pudo rescatarlo a él.

—¿No te parece una buena historia? —le preguntó el dragón, sin dejar de mover sus membranosas alas.

—Es una historia triste, como la de todos los héroes...

Sulk no dijo más. Sabía que Melkar se entristecía cada vez que los personajes de sus cuentos o leyendas morían, sin él poder hacer nada. *Así es la vida, cachorro*, pensó Sulk. *Y no nos podemos proteger de ella.*

Comenzaron a bajar lentamente. El campo, bajo los pies de Melkar, era de un verde-azul que indicaba que sus plantas habían mutado desde la última guerra, pero no lo suficiente como para convertirse en venenosas. Era uno de los pocos lugares de la Tierra que aún se atrevían a vestir de verde. En sus viajes a lomos de Sulk había visto toda cantidad de suelos, tanto muertos como vivos: caminos sembrados de cenizas, hectáreas y hectáreas plagadas de árboles venenosos de raíces móviles.

Pero en aquel sitio se podía comer con relativa tranquilidad, sin demasiado miedo. Sólo había que ser precavido.

Melkar se desató las correas y bajó del lomo. Comenzó a buscar alimento.

—Jamás te he visto comer, Sulk —afirmó el chico, con un tono de

ligera extrañeza—. ¿Nunca tienes hambre?

—Nosotros, los dragones, sólo nos alimentamos una vez en nuestra vida. Yo comí de la carne de tu madre, nueve años hace. Por eso le hice promesas a ella, y a ti también. Promesas de cuidarte, promesas de amor.

El niño asintió, con las manos llenas de frutos. Todos tenían los colores adecuados.

La lluvia ácida no había llegado aún a aquella tierra y, con mucha suerte, pasarían siglos antes de que lo hiciese; quizás el tiempo suficiente para que el resto del mundo sanase sus llagas inmensas como cráteres.

—¿Nunca tienes hambre entonces? —volvió a preguntarle Melkar, mientras engullía casi sin masticar los trozos de los frutos adecuados.

—Nunca, Melkar. La carne de tu madre me llenó para toda la vida. Sus promesas fueron mi alimento. —Al rato añadió, con un ligero tono de duda—: Sería muy bueno si todos los hombres hicieran promesas de amor...

—¿Promesas de amor? —inquirió el niño—. ¿A los dragones?

—No, Melkar. Sería mucho mejor si los hombres le hicieran promesas a la tierra. Algo así como decirle: «Yo te cuidaré, no dejaré que otros vuelvan a lastimarte. Cada dolor que te causen será mi dolor. Madre Tierra, yo te perdono todos estos años de exilio.» Son hermosas palabras, Melkar; y las palabras alivian el daño, sanan las heridas y ayudan a que el destino de este mundo sea diferente de éste que nos espera. ¿No me crees? Oh, Melkar, sería muy bueno si ustedes, los hombres, aprendiesen a hacer promesas a la Tierra Rota.

—No te entiendo...

Sulk tardó en contestarle. Simplemente, se quedó mirándole a los ojos, con cada una de sus Mil Escamas. *Es muy pequeño aún*, pensó. *¿Ha llegado ya su hora del viaje?*

La hora del viaje en cada uno de los hombres es distinta: unos empiezan primero, otros después. *Quizás sí*, le respondió una voz susurrante, que venía desde lo más profundo de su esencia de protector. *Quién puede saberlo mejor que tú, Sulk, que tienes MilOjos Escamas y lo acunaste en cada una de ellas, con promesas.*

Melkar había terminado de comer y miraba al dragón con una sonrisa que pedía juegos, trotes por el campo o simplemente una cabalgata aérea. El *cachorro de hombre* estaba alimentado, saludable y feliz. Sulk sintió que una alegría inefable lo inundaba.

—¿Podemos partir ya? —le preguntó el chiquillo.

Oh, Melkar, si supieras la verdad. Ya no habrán más juegos, cachorro mío. Ahora vamos a andar sobre las llamas, el hielo y el miedo. Vamos a buscar la verdad, juntos. Cachorrillo de hombre, ahora aprenderás cosas tan difíciles que la tabla del 9 te parecerá una burla.

—Partiremos, Melkar, pero no a casa.

—¿Adónde entonces?

Lejos. Al sitio donde llueven cenizas, y los hombres han olvidado las palabras. Al Faro de Castarok, a Campo Minado y también al lugar donde se crean las promesas, pensó Sulk.

—¿Recuerdas que hace tiempo te hablé del viaje del conocimiento que cada cachorro de humano tiene que vivir, tarde o temprano? —Melkar afirmó con la cabeza—: El tuyo acaba de empezar ahora. No podrás aprender del mundo encerrado en una cueva, abrazado a mis escamas. Yo tengo deudas, y pienso cumplirlas. Iremos muy lejos, hacia las ciudades viejas de los de tu raza; y luego más allá. Volaremos sobre los campos lisos. Me harás preguntas, y yo te responderé. Te haré preguntas, y tú me responderás.

—¡Maravilloso! —exclamó el niño, eufórico—. ¡Genial, Sulk! ¡Vamos a viajar por todo el mundo! ¿Cuándo comenzaremos?

Oh, Melkar. No sabes...

—Ahora, comenzaremos justo ahora.

El chico se amarró al lomo sin una protesta. Era delgado, pero de huesos duros y largos. Ágil siempre, y veloz como pocos. Sería algún día un buen cazador.

El dragón alzó vuelo, escuchando los gritos de alegría que Melkar daba a sus espaldas.

—¡Canta conmigo, Sulk! ¡Canta conmigo la canción de *El Maravilloso Ourdaiyyn y su lucha contra las bestias*! ¡Cántame sobre las manos de la Princesa Blanca en el lago de Ssusuravaini! ¡Sobre mi madre, sobre mi casta, sobre la primavera del día de mi nacimiento! ¡Cántame una canción de un viaje largo!

—Las canciones de los viajes largos son, generalmente, aburridas. No podrías escucharla completa.

No existen canciones de un viaje como el nuestro, Melkar, pensó el dragón. *Los hombres no se atreven a componerlas porque son canciones oscuras, rotas, enfermas. Canciones de miedo y horror. Los hombres le cantan a lo bello, por eso la música se está acabando en la tierra, porque nada de eso queda ya. Al este y al oeste, detrás de las grandes montañas, todo es oscuridad, radiación, ceniza, polvo, mina, bestias. Al norte y al sur, después de la cordillera, sólo se alza el mar…y el silencio.*

Sulk voló sobre los campos, hasta acercarse a la línea oscura que delimitaba al Mundo de la Ceniza del Mundo del Dios Espiral. Cuando pasaran sobre ella no tendrían ningún ojo vigilando sus pasos. Estarían solos. Solos en la Tierra Rota.

III
Campo Minado

El mundo que habían dejado atrás era una franja opaca, mezcla de colores ocres y verdes. Hacia delante, todo lo que Melkar podía ver no era más que vacío, oscuridad, pesadilla.

El niño sabía de los malos sueños. A veces, en medio de una noche de tormenta, cuando estallaban las minas en la distancia, Melkar despertaba cubierto de sudor, lleno de la absurda idea de que alguien lo perseguía dentro de la cueva. Siempre, al final, el dragón lo acurrucaba entre sus garras, y le decía que todo no había sido más que una pesadilla.

Sin embargo, en aquel preciso instante, Sulk no pronunciaba ninguna palabra de alivio. No le prometía que estaba a salvo del daño, no murmuraba: «Despierta, cachorro de hombre, todo lo malo se va con el sueño.» Melkar sintió que le escocían los ojos, como si alguien le hubiera golpeado la cabeza y dejado un poco ciego.

Hasta el viento se sentía diferente: más denso y opresor. Le costaba respirar... Parecía que cada brizna de aire se iba demasiado pronto, y cada vez que tomaba otra, le dolía.

Melkar había oído varias veces la frase «vivir en tinieblas», pero jamás la había comprendido. No hasta ahora...

Sabía que allá abajo, sobre los suelos quemados y ennegrecidos, no crecía ninguna vida, por primitiva que fuese. Hasta los *hombres-bestias*, pese a su escasa inteligencia, huían casi instintivamente de las Tierras Ciegas.

Este es el mundo del fango, pensó Melkar, agarrándose a los ijares del dragón con muslos temblorosos, *donde viven las cenizas.*

Quiso volver a cantar, y no pudo. La música no podía brotar en un lugar semejante. Era como si fuese aplastada bajo una avalancha de piedras inmensas. Intentó que Sulk no se diera cuenta de su miedo, ni de los escalofríos que le recorrían cada centímetro de piel.

—¿Te preguntas para qué te he traído aquí? —dijo Sulk de repente, midiéndolo con los ojos—. ¿Te preguntas acaso cuál es la lección del día de hoy?

El niño no le contestó. Tenía el estómago revuelto, como si alguno de los frutos que hubiera comido horas atrás estuviera envenenado. Deseó vomitar, dormir, caer, quedarse ciego hasta que aquel pedazo de tierra enferma se escapara de su vista para siempre.

Pero no...

Miró hacia el horizonte, y todo lo que vio fue oscuridad.

Por encima de su cabeza, las nubes caminaban densas como un rebaño moribundo, y el sol parecía una bola de fuego vivo. Sin embargo, la tierra oscura, la tierra que no terminaba nunca, no se iluminaba siquiera.

—Quiero que aprendas algo, Melkar —le dijo el dragón, y había lástima en su voz—. No todas las lecciones de tu viaje serán hermosas, ni simples. Esta lección es sucia, pero igual tendrás que aprenderla. Abre bien los ojos y no dejes de mirar hacia abajo.

—Estoy mareado... Tengo náuseas.

—Quiero que aprendas algo, Melkar —volvió a decirle—. Eso que ves es el color de la destrucción. En esa tierra no volverá a crecer nada. No está muerta. No creas eso, por más que lo parezca. Estos suelos aún respiran un poco, pero están enfermos de odio. No hay una promesa que ningún hombre de tu pueblo pueda murmurar que lo libre del dolor. Cada una de las raíces, cada tallo, cada roca, no dejará de odiar a los hombres. ¿No lo sientes en el aire? Desean mi muerte, la tuya y la de todo ser vivo que pueda existir aún en este planeta. Esta tierra desea que todos seamos como ella: vacía y enferma de hambre. ¿Me entiendes, cachorro? ¿Me escuchas bien?

—Te escucho, Sulk... —La voz era fuerte.

—No todas las heridas sanan, hijo. Recuérdalo. El pueblo de los hombres escarbó demasiado profundo, sembró malas semillas en el pasado, explotó cada centímetro de este suelo. Lo quemaron, lo rociaron de cenizas, lo plantaron con bombas. Luego volvieron a quemarlo. Talaron sus bosques hasta convertirlo en un camino seco. Envenenaron sus aguas. Mataron cada pedazo de vida.

Melkar no respondió. Un viento cruel le azotó la cara. Comenzó a toser.

El aire era cada vez más extraño.

El chico trató de mirar hacia atrás, de buscar un rayo de luz sana, un pedazo de ese verde que abundaba tanto en el mundo que conocía. Pero ahora estaba en las pesadillas, en el sitio de donde los peores monstruos escapaban y te miraban con sus pupilas negras mientras el sol estaba en lo alto.

De sólo pensar en la noche....

…cuando el mundo entero sería un borrón, una mancha, un charco de veneno negro.

Se apretó contra el cuello del dragón, sintiendo las escamas calientes rozarles los brazos. Al menos, así se sentía protegido, en calma. Sulk no permitiría que nada le pasara. Sulk estaría a su lado.

—¿Has visto, cachorro? Antes, en estos mismos campos, crecía la

vida. Hace unos pocos siglos, la tierra latía. Y ahora, dime, ¿puedes escuchar algo?

—No.

—Los hombres le han rezado durante largas lunas a sus dioses porque el mundo sane. Ellos siguen reproduciéndose en espacios cerrados. Cada vez nacen más niños, cada vez hay menos espacio. Cada vez el pedazo de mundo que queda se hace más pequeño y hostil. Cada vez los hombres tienen más hambre y menos alimento; más rabia y menos amor. Entonces, vuelven los ojos al cielo, a las rocas, o a los árboles, y le piden a cientos de dioses distintos. Ninguno le responde, ninguno ha sanado a la tierra. Ninguno les dice qué hacer, qué decir, qué aceptar. Los hombres tienen miedo, ¡y terminan olvidando todo!

—¿Olvidando qué? —preguntó el niño.

—Todo, Melkar —le contestó el dragón enigmáticamente—. Antes, el hombre usaba sus manos para crear. Ya no. Ya no. Ahora, sólo se encarga de destruir. Por eso, la evolución va en retroceso. La vida del hombre como criatura soberana se está apagando. Ya ni siquiera es una llama que vacila: es sólo un rescoldo agonizante. Pronto se apagará y nosotros, los dragones, con ustedes. No quedará nadie para cantar esas canciones que tanto te gustan, Melkar. —Sulk lanzó un suspiro largo—: Tu especie ha tenido una agonía larga y triste, cachorro. En unos siglos, los pocos hombres que sobrevivieron a las guerras del Campo Minado se convertirán en bestias hambrientas, y después... después.... quizás ni siquiera haya un después.

Una sensación de vacío atrapó a Melkar.

Nunca antes una lección de Sulk había sido tan larga, ni tan dolorosa.

No existir. No respirar. Nada.

No más historias sobre la casta de Río Arriba y sus dragones. No más rezos al dios de las pupilas incontables, una por cada hombre de la tierra, que se asomaba siempre a la mirada de los viejos. No más cantos sobre truchas mentirosas, ni princesas de manos blancas y frías.

Todo lo que conocía, todo lo que aún desconocía, estaría muerto, enterrado junto a los hombres.

Él y Sulk.

—Llora, cachorro. Hay lágrimas que son buenas...

Mientras su dragón comenzaba a descender sobre la tierra negra, Melkar lloró. Sintió como sus lágrimas eran espantadas por el viento. Su pecho se alivió, como si una piedra muy pesada hubiera sido lanzada lejos.

Sulk cayó sobre la tierra. Melkar desmontó cuidadosamente. El suelo era ardiente, casi una arenisca fina.

No había veneno ahí. El olor peculiar de las zonas contaminadas se sentía en la distancia, pero no en aquel lugar. Estaba, simplemente, muerto.

Caminó junto a Sulk sobre el suelo cuarteado. Un par de veces chocó contra un par de raíces, aún vivas, pero tan podridas que Melkar deseó doblarse y vomitar.

—Esta es la Zona del Tráfico Verde. Al menos donde empezó —murmuró Sulk— hace siglos. La tierra estaba dividida, y los hombres se la repartían como si la marcaran con cordones gruesos y dijeran: «Esta es mi parte, esta es la tuya. No te pases de ahí, o me la pagarás.» Y nadie lo hacía, porque aquel era un juego muy serio. Muy propio de los hombres.

—El Tráfico Verde... —murmuró Melkar, intentando recordar bien qué significaban aquellas palabras.

—Fue el comienzo de las guerras. Alguien dijo que en la tierra ya no había espacio para los hombres, que era preciso talar los grandes bosques para construir casas. Aquello parecía ser la respuesta de todos los problemas, así que comenzaron a construir las ciudades nuevas que albergarían a miles y miles de tribus humanas. Eran mucho más grandes que las cabañas de todos los hombres de Río Abajo y Río Arriba. Dicen las historias que, entonces, los bosques sobrevivientes empezaron a podrirse por dentro: cada raíz, cada tallo, cada hoja estaba envenenada. Se buscaron explicaciones, pero ninguna fue verdadera. Lo cierto es que los bosques de toda la tierra del Norte y el Sur habían desaparecido de la noche a la mañana. Así, los hombres tendrían un verdadero espacio para construir sus ciudades de piedra.

—Primero fue la Gran Tala... ¿Y luego?

Sulk no contestó, sino que echó a caminar lentamente. El suelo bajo sus patas se levantaba como una cortina de polvo. Melkar intentó no quedarse demasiado rezagado. El sol comenzaba a ocultarse, burlándose de la confianza del chiquillo. *Ya me voy*, parecía decirle, *veremos qué te espera en la noche, en la más profunda oscuridad.*

—Camina junto a mí —le dijo Sulk. Sabía que cada uno de sus inmensos pasos era al menos una docena de los de Melkar—. No te quedes rezagado. Esta tierra puede desplomarse en cualquier momento, y llevarte con ella. Quédate cerca, toca una de mis escamas.

Sin embargo, no se ofreció a llevarlo sobre el lomo. Melkar se sintió extrañamente asustado, pero a la vez lleno de felicidad. Quizás había llegado por fin su hora de caminar, junto al dragón, como un verdadero cachorro de hombre.

El cielo se había cerrado sobre la cabeza del niño y el dragón. Ya ni siquiera estaba iluminado por los rayos débiles del Sol. La tierra ciega, de noche, parecía más peligrosa que nunca.

Habían andado por un largo rato. Los músculos de Melkar

comenzaban a protestar, aunque no sentía hambre, más bien una náusea ligera y persistente. Intentaba no tropezar con nada, no rozar las raíces, ni ensuciarse con aquella arenisca terrosa... sólo por precaución.

—A partir de aquí comienza la Zona Venenosa —susurró el dragón. Melkar abrazó aún más las escamas—. Puedes sentirlo en el aire: es como si el propio viento gritara. Escúchame, Melkar, de este lugar nada comerás, ni beberás… pero no tengas miedo. Tendrían que pasar múltiples vueltas de cielo para que el veneno penetrase en tu carne y sangre. Los Campos Radiados están aún a mucha distancia: allí no nos acercaremos. La Zona Venenosa puede ser benigna si no la molestamos, y simplemente pasamos de largo.

—Volemos, Sulk, por favor —le suplicó Melkar. Había escuchado demasiadas historias sobre los animales mutados que vivían escondidos entre las rocas, hambrientos de carne sana. El dragón sintió el miedo en la voz del niño.

—Aún no, cachorrillo. Antes de volar, debemos acercarnos a los límites del Campo Minado.

—¿Campo Minado?

—Es el lugar donde nacen los fuegos de la noche; esos que hemos visto brillar en la oscuridad un segundo, cargados de ruido y luz. Campo Minado es la tierra donde nacen.

Siguieron andando sin decir demasiadas palabras. Melkar tenía sueño, pero no se atrevió a protestar. Sabía que Sulk le avisaría cuando llegara la hora de dormir. Arrastró los pies a ciegas, sin ver otra cosa que no fueran las escamas brillosas del dragón, como miles de llamas ínfimas.

Una silueta, como un borrón más marcado, se perfiló a pocos pasos de los viajeros.

—Ese es nuestro destino —musitó Sulk, señalando hacia delante con una pata.

—¿Qué es? —inquirió el niño.

—Es la cabaña de un sobreviviente. Un héroe extraño, si así lo prefieres. Un pobre loco, si te parece mejor. La gente de su pueblo lo llamó hace años el Urank de los Caminos, el que abría las sendas. Aquel era su nombre y su identidad, aunque creo que la perdió hace mucho, como también perdió a su pueblo.

—¿Abandonó a su casta? —Melkar hizo una mueca de desprecio—. ¿Es un traidor de su origen?

—No todo es tan simple, cachorro. Creo que, más bien, su casta lo traicionó a él, lo olvidó, lo enterró en vida en medio de la Tierra Ciega y el Campo Minado. Es un náufrago, Melkar. Quizás ni siquiera lo sabe. Ahora vamos: está esperando por nosotros para contarnos una historia.

El niño tocó a la puerta de la cabaña. Esperó escuchar una repuesta, pero sólo contestó el silencio.

—¡Hola! —gritó el protector con voz potente—. ¿Hay alguien aquí?

En el medio de la oscuridad brilló una luz mortecina. Era, de seguro, uno de los últimos rescoldos que habían sobrevivido a la Gran Oscuridad. En cada aldea de los hombres quedaba al menos uno que moría lentamente, como una estrella en decadencia. Lo llamaban *fuegoazul,* y tenía la forma de una vela demasiado larga que culminaba en un pico iluminado. Jamás se apagaba, jamás dormía. Su misión era proteger a los hombres de los peligros de la noche y la presencia de las bestias.

Río Arriba era una tribu afortunada: aún poseía dos de aquellos fuegos. Melkar los había visto brillar en las lejanías, desde la cima del monte Uzurra.

Melkar odiaba, desde muy pequeño, a la noche. Por eso agradeció que el mundo volviera a brillar para él, y que alguien
—fuese quien fuese— respondiera a su llamado.

—Hola —volvió a decir Sulk, con varias de sus escamas encogidas por la impresión violadora de la luz.

—¿Quién anda ahí? ¿Ya me traen provisiones? —contestó una voz vieja, aún sumergida en la oscuridad—. ¿Ya vienen de vuelta...?

—No tenemos comida. Venimos sólo de paso.

—Oh, no. Paso no. Paso no por Campo Minado. Yo soy el que abre los caminos, el Urank de las Tribus Numerarias y te digo: por aquí no pasarás. Me quedan muchas minas por desactivar, y las noches son largas, largas, largas. Paso no. No pondrás un pie más lejos, lejos, lejos.

—¿Por qué repite siempre la última palabra, tres veces?
—rio Melkar en voz baja—. Veces, veces, veces...

—Calla —Sulk lo regañó. Sus OjosEscama lo miraron reprobatoriamente—. No te burles, Melkar.

—Y antes de mí el padre de mi padre. Y antes de él, otro. Y antes, otro, otro, otro.... Todos dijimos lo mismo: por aquí no pasarás, a menos que quieras quedar convertido en un montón de ceniza, o en pedazo de carne carbonizada. Oh, sí. Carne.... Carne. Carne para el Urank. Hace años que no. —Hizo una pausa. La luz continuaba brillando desde dentro la cabaña, y arrojaba un ligero fulgor hacia fuera. Melkar no podía ver mucho a su derredor—. Por aquí no pasarás. Malas cosas son los Campos Minados. Hogar de muertos. A todos les dije: este es un lugar horrible. No hay nada al norte, ni al sur, y las tribus Numerarias se encuentran lejos. Hay que esperar.... Ninguno escuchó. Caminaron, se rieron del viejo, se rieron, se rieron. Atravesaron Campo Minado. Algunos llegaron lejos. Otros estallaron con la primera. La tierra de Campo Minado es vengativa.

Todos los que se rieron del Urank ahora duermen en la tierra. A veces, vienen a susurrarme mentiras al oído. Cosas horribles. Me echan la culpa. Pero yo no hago demasiado caso. Les doy la espalda y digo: ¡Váyanse! Les advertí. Cumplí con mi destino. Ustedes atravesaron la mala tierra, y ella se las comió. Déjenme dormir. Mañana tengo que desactivar muchas minas. Adiós, muertos, muertos, muertos.... Y ellos se van, siempre tristes.

—¿De qué habla? —La sonrisa de Melkar se le había congelado en una mueca. Un escalofrío volvió a recorrerle la columna vertebral.

El dragón no le contestó. Estaba de pie, como una estatua inmensa, hecha de carne y escamas. Dijo:

—¿Quieres dejarnos pasar a tu casa, sólo por esta noche? Mira, venimos de lejos y estamos cansados. No queremos pasar por encima del Campo Minado, sólo descansar un par de horas. La noche es dañina para los viajeros, y mucho más en esta tierra.

—Sí, sí, sí. Mala cosa todo lo que crece y vive en ella. La noche es peligrosa. Ustedes también pueden ser peligrosos... para el pobre viejo, viejo, viejo.

—Déjanos pasar, por favor. —Melkar vio que Sulk casi suplicaba, y eso le dio aún más miedo—. Sólo somos un dragón y un niño. No te haremos daño.

Un rugido resonó en la noche. Cerca, apenas a un centenar de pasos de donde se encontraban los viajeros. Melkar jamás había escuchado un ruido semejante, lleno de locura, ansiedad, sed de carne y sangre viva. Los cuentos de los monstruos del mundo de afuera latieron en su cabeza al unísono: serpientes *arauk*, de colmillos tan filosos que colgaban como inmensas lanzas, los tigres esteparios de ojos rojos y mandíbulas de hierro, los *colimbrao*, especie de insectos que se alimentaban de la médula de los hombres. Y tantos, tantos otros que llegaron a él como una pesadilla repetida, que Melkar creyó que en cualquier momento estallaría en sollozos. O peor aún...

—Cosas horribles hay en la noche. Hombres y monstruos —siguió hablando el Urank—. Los viajeros que no tienen techo no ven el día.

—Déjanos pasar... —La voz de Sulk se hizo más ronca—. Por favor.

Otra vez el rugido, sólo que esta vez más cerca.

—Sulk, ¡Sulk! —casi gritó Melkar. Se imaginó dos garras que le agarraban por los hombros y tiraban de él hacia atrás, hacia la tiniebla—. ¡Sulk, vuela!

—Tranquilo, cachorro. Tranquilo. —Sus mil ojos brillaban como teas —. ¡Por favor, déjanos pasar! ¡Ahora!

—¡Sulk!

El rugido. Más cerca. Melkar sintió la tierra arañada, desbrozada.

—Pasen ahora, antes de que algo los cace. —La voz vieja abrió la puerta de la cabaña.

Melkar saltó hacia adentro, tembloroso. Estaba empapado de sudor, y sus manos le temblaban. Sulk entró más lentamente, pero el niño vio que sus escamas estaban erizadas y agrandadas por el miedo.

La puerta se cerró tras ellos. Aunque por fuera parecía de madera, por dentro estaba blindada y cubiertas de campos energéticos, como un cintillo de luces rojas que estallaba constantemente.

—No lastimen al viejo. No lo lastimen, lastimen, lastimen... El Urank les ha dado refugio en su cabaña de hierro, y cocinará ricas raíces para todos. Los ha salvado de eso que caza en las arenas.

Y eso que cazaba en las arenas golpeaba las paredes de la cabaña con un ronroneo metálico.

—No entrará —dijo el Urank—. Cuando llegue el día, la tierra ciega vuelve a ser solitaria y muda. Sin peligro para los viajeros que vayan lejos del Campo Minado.

La silueta se aproximó a los recién llegados, cojeando. Llevaba el *fuegoazul* en una de sus manos.

Melkar lo vio.

Nada en esta tierra es hermoso, pensó Melkar. *Todo parece estar podrido de raíz, destruido, contaminado. Ni siquiera los hombres pueden escapar de esa maldición.*

El Urank caminó bajo la luz de *fuegoazu*l. Melkar dudó de si realmente se trataba de un hombre, o no era más que una de las criaturas mutadas por las radiaciones de los campamentos de guerra. Aquel viejo manojo de carne cojeó en torno de la habitación. Tenía cuatro brazos —los del costado izquierdo completamente inutilizados— que le colgaban como renacuajos moribundos, y un ojo cerrado por una protuberancia verdosa. Arrastraba una pierna que no era más que un pedazo de madera disecada.

El niño apenas contuvo una expresión de asco. Por un momento, pensó que se trataba de una «pata de palo»; luego supo que no era cierto. Aquella era la verdadera pierna del Urank, convertida en un trozo de raíz. Un olor a muerte comenzó a extenderse por toda la habitación. No había ni siquiera una pequeña ventana que hiciera correr el aire.

El hombre trastabilló hasta donde estaban Sulk y Melkar. Llevaba una vasija llena de un líquido extraño.

—Esto es el «Alivia dolores» —dijo el viejo—. Me ayuda cuando la pierna comienza a chillarme por las noches. Años hace que me explotó una mina bien cerca, cerca, cerca. Mucho dolor después, mucha fiebre y sed, y casi nada de agua. Hasta que descubrí las raíces chamuscadas: las rompes y las pones a cocer. El «Alivia dolores». Sí, sí, sí. Mató a todos los hongos que querían comerme.

Le extendió la vasija. Melkar no tuvo que mirar adentro para saber que, fuera lo que fuera aquella pócima o brebaje primitivo, no tenía los colores adecuados. El negro era un mal color para comer.

—Eso es veneno —musitó Melkar.

—¡Mentira! —el viejo protestó—. Me ha dado fuerzas para seguir andando por Campo Minado, desactivando cada una de las minas para mi tribu.

—Posiblemente, ese «Alivia dolores» sea aquello que lo ha hecho mutar de esa manera, Melkar —susurró el dragón—. Creo que tiene algún poder alucinógeno, como las viejas drogas de los siglos olvidados. Trata de no pegar las narices a eso.

El viejo se sentó en el piso de la cabaña y los miró a ambos lentamente. Estudiándolos, quizás. El silencio reinó en la casucha por varios minutos. Melkar comenzó a sentirse oprimido por los ojos del Urank.

—Se me acaba el fuego... —dijo, mirando al pabilo del *fuegoazul* que apenas conservaba vida—. Los días en estas tierras son oscuros, y peores las noches... sin *fuegoazul,* tendré que cerrar las puertas mucho más temprano, temprano, temprano.

—Bueno... —Melkar sintió que debía sentir algo—. ¡Qué mal!

Los ojos del viejo ya no le asustaban. Al contrario, simplemente le daban lástima. Había algo perdido dentro de ellos. Roto. Algo que había mutado incluso más que su cuerpo. Melkar recordó que el Dios Espiral se asomaba a las pupilas de todo aquel que había vivido muchos años. Se preguntó cuándo se asomaría a la mirada de aquel infeliz solitario.

—¿Saben si el Urank del Paso viene ya por mí? ¿Saben si ya me trae un niño? —preguntó el viejo.

—Nada sabemos —contestó esta vez Sulk, con voz compasiva.

—Esperemos a que salga el sol. Los monstruos de la noche no se van, van, van.

—¿Quieres, entretanto, hacernos una historia? —preguntó Melkar. Las palabras se habían escapado de su boca sin pensarlo siquiera. Era como si hubieran estado allí desde siempre, listas para salir y cumplir su propósito. Al fin y al cabo, Sulk le había dicho que aquella era su lección. Algo tenía que aprender de aquel viejo—. ¿Mientras llega el día?

—¿Una historia? ¿Qué historia? —preguntó.

—Tu historia... —Sulk estiró el cuello. La cabaña era amplia, pero el dragón, para permanecer allí, tenía que estar constantemente encogido. Sus escamas se erizaron y luego volvieron a la normalidad.

—Mi historia… —repitió el viejo, como si no pudiera creer que, luego de tantos años, alguien quisiera saber de su vida—. Mi historia... es larga. Tan larga.... Soy el Urank, y siempre he dicho: No pasarás por aquí. Pero

no fui yo quien creó ese lema. No, no, no. Antes de mí fueron muchos los que dijeron: No pasarás. Todos se llamaron Urank, como yo. Todos vivieron y murieron en Campo Minado. Tuvieron sus propios muertos que le hablaban de noche, y les echaban la culpa. Desactivaron cientos, miles y millones de minas. Incontables. Yo mismo no recuerdo cuántas. Hace mucho perdí la cuenta. Día tras día, al salir el sol, desactivamos, desactivamos, desactivamos. Después nada: la noche. Y al otro día.... Es una historia larga, forasteros.

—Dinos… —le pidió Melkar. Aquel era el primer humano que había visto en mucho tiempo, y era muy distinto a todo lo que había imaginado.... Tan diferente de la madre con la que soñaba. Pero Sulk le había dicho, una vez, que antes de conocer a la familia tendría que acercarse a los extraños. Al fin y al cabo, cada hombre bajo el sol era hijo de la misma tierra. El Urank le daba miedo, pero la curiosidad ya lo había mordido.

Quería escuchar qué podía contarle aquel hombre, cuál era su verdadera historia.

El viejo lo miró nuevamente, pero esta vez sólo a Melkar, como si quisiese adivinar sus propósitos. Habló para el niño, como si el dragón no existiera. Una sonrisa torva se asomó a los labios del Urank...

—Existen dos Urank en toda la Tierra. Uno, en el comienzo del Campo Minado, el otro al final. Alfa y Omega. El único sueño del Urank es terminar de limpiar los suelos de explosivos, y la gran felicidad de poder abrazar al otro, en medio del campo ya limpio. Lo soñó mi padre, luego yo y, de seguro, el que vendrá después lo soñará. Nada de minas, el camino limpio para poder cruzarlo sin miedo a que una brecha se abra y suene el último ruido de la explosión. Y, al final de la senda, ver al otro Urank: su camino también limpio de peligro. Escuchar cuando te dice. «Hemos terminado, y también todos los que desactivaron antes que nosotros. No hay Campo Minado. No más, más, más…» A veces, los sueños son malvados. Existen dos Urank en toda la tierra: uno en el comienzo de Campo Minado, donde terminan las Ciudades Numerarias, el otro en las tierras ciegas. Ese —dijo el viejo— ese soy yo... que siempre digo a todos los viajeros: «Por aquí no pasarás. No he terminado mi trabajo.»

Mi historia no comienza en las tierras ciegas.

Este sitio existía mucho antes, y también las tradiciones de los Urank, matadores de minas.

Yo nací en la Ciudad Numeraria número seis, a largos pasos de este sitio muerto. Sí, es cierto, muchas veces oí hablar de los Urank. En

aquellos años, eran dioses que permitían la vida y abrían los caminos.

Nadie podía injuriar a un Urank. Estaba penado con la muerte.

Mi Ciudad Numeraria. Mi tribu... apenas puedo recordarlos. Es extraño. Fueron casi doce años de vida en aquel sitio, raspando como tantos chicos en la basura, sirviendo en largas jornadas en las fábricas. Y ahora... todos esos recuerdos se han ido: primero lentamente, luego, cada vez más rápido. Ya no ha quedado nada. Nada.

Sólo sé que en medio de la plaza de la ciudad se alzaba la estatua de hierro de un Urank; y abajo, la inscripción: «Inclínate ante aquel que hace tus pasos seguros.» Y los hombres de mi tribu, ciertamente, lo hacían.

Así pasaron los años, hasta que el viejo Urank de las Tierras Ciegas le exigió a mi ciudad el tributo de años de trabajo: un niño. ¿Quién le negaría algo a aquel que vivía por y para los otros? ¿Quién sería tan cruel, tan desalmado de romper el Pacto entre el primer líder de las tribus y el Primero del que Abre los Caminos? Nadie...

Yo tenía un padre, una madre y al menos una decena de hermanos. Un niño entregado para ser Urank era bien pagado. Mi padre me dio sin una lágrima, y recibió hermosas monedas de cobre. Viró la espalda y me dejó solo. No volví a verlo, por supuesto...

Aquella misma tarde, abandoné la Ciudad Numeraria. Un hombre duro como las rocas me tomó por un hombro y me obligó a montar en un armatroste de hierro oxidado que apenas podía moverse. Luego, se montó él a mi lado e hizo magia, como no he vuelto a ver en todos estos años. Movió unas palancas, activó otras y aquel monstruo de aspas giratorias comenzó a elevarse sobre la ciudad como un pájaro. Vi todo desde arriba, con los ojos abiertos y horrorizado. Todo entonces me pareció tan bello: los basureros, las fábricas, las casuchas de metal. Todo era irrealmente hermoso desde arriba.

Volamos durante horas y, cuando ya caía la noche, vi este campo negro como la garganta de un lobo. La oscuridad reinó sobre mí. Vi la tierra yerma y, en el fondo de lo negro, una luz pálida que nos hacía señas para que descendiésemos. Una vez abajo, el hombre de las manos duras me dejó con un sujeto de barba larga y ojos perdidos: el Urank que sería mi padre.

—¿Cómo te llamas? —me dijo por todo saludo.

Le respondí con mi nombre. El barbado meneó la cabeza, reprobatorio:

—Error. Yo te renombraré hoy, y tu nuevo nombre será «Aprendiz de Urank».

Y lo fui durante largo tiempo. Mi padre me enseñó todo lo que un hombre de las tierras ciegas tiene que aprender: qué es la luz roja de las

minas y la luz azul de nuestra casa. Qué puede lastimarte y qué protegerte. Cómo accionar los botones necesarios para aislarte en la noche de las bestias mutadas. Cómo desactivar cada una de las minas del campo, con tanta paciencia como destreza, sin jamás apurar un dedo, ni dar un paso en falso, porque podría ser el último. Aprendí las palabras que debe pronunciar un Urank cuando los hombres pretenden cruzar el camino. Aprendí a cerrarle los ojos a mi padre, un día cualquiera.

—Ahora —me dijo, a modo de despedida— tendrás un nuevo nombre. El Urank de las Tierras Ciegas, el que abre los caminos. Tú, hijo mío, serás el Urank que logre abrazar a su hermano cuando todo el Campo Minado haya desaparecido.

De mí depende que estas sendas se abran algún día, viajero. De mí y del que vendrá después. Ya no sueño con abrazar al otro Urank. Hay cosas que no pueden cumplirse y es mejor entenderlo a tiempo. Pero ese día vendrá... y de mí depende.

Desde aquel momento en que fui nombrado Urank, mis días pasan iguales. No tengo más que aprender. Todo es rutina: bajo al campo, desactivo las minas, veo cómo las minas viejas estallan en medio de la noche con fuegos rojos cuando su plazo de desactivación expira... y tengo miedo. Tengo miedo de que la próxima explosión llegue cuando yo esté cerca, de que no tenga nadie que me cierre los ojos y a quien le pueda decir: «Tendrás un nuevo nombre.»

No quiero ser el último Urank. No.

No quiero morir. No puedo morir hasta que las Ciudades Numerarias me paguen el tributo.

Al principio, una vez cada tres años, venía el monstruo aspado que volaba por los aires, siempre con una carga de alimento y agua. Todo sano, todo para mí. Si era consciente y precavido, si ahorraba lo suficiente, aquella carga podía durarme otros tres años hasta que las tribus volvieran a enviarme provisiones. Así fue... hasta un día.

Tres. Seis. Doce. Treinta años que nada sé de las Ciudades. Treinta años de sed y hambre. Extendí las provisiones como un náufrago, hasta que las últimas migajas se escaparon entre mis dedos cubiertas de moho.

Mala cosa es todo lo que crece en esta tierra. Raíces negras, tubérculos enfermos, radiaciones en casi toda planta comestible.

Me resistí. Me resistí, hasta que no pude levantarme más de la estera para cumplir con mi trabajo. Entonces, no me quedó otro remedio que arrastrarme hasta el campo y arrancar uno de aquellos tubérculos cenizosos, y morderlo y chuparlo, para quitarle lo poco que tenía. Su sabor era horrible, pero me mantuvo vivo. Durante un buen tiempo me revolví de náuseas, sentía la muerte como una inmensa bofetada. Varias veces, escuché la voz cansada de mi padre el Urank, recordándome cuáles

alimentos eran beneficiosos y cuáles dañinos. Vomité hasta mi propia alma, pero aun así, cada día volvía al campo cuando la luz del sol me permitía arrancar otra de aquellas raíces que me mantenían despierto.

Luego, comencé a sentirme mucho mejor, como si todo fuera una pesadilla. Aún vomitaba algunas veces. Cada día necesitaba más de aquellas raíces, de aquellos tubérculos que calmaban mi sed y mi hambre. Extraje de las vainas una especie de líquido que me servía como agua. Y así sobreviví.

Otra vez tres años. Seis. Doce.

Estoy perdido. Lo sé. Ya apenas distingo el sabor ni el olor de nada. Me estoy quedando ciego, y dos de mis manos son completamente inútiles. Soy un inválido. Un mutado. Soy un monstruo que se esconde de otros monstruos de la noche. Pronto no veré más los Campos Minados.

No puedo parar, ¿entienden?

No, no, no.

Tengo miedo, la soledad es mala cosa.

Tantos años, y ni una sola noticia de las Ciudades Numerarias. No he escuchado el sonido del pájaro de hierro que trae alimento. Todos los días miro hacia arriba, espero verlo llegar con su chirriar y su óxido, su alimento... y un niño.

Un hijo para el Urank de las Tierras Ciegas.

Ellos vendrán. No puedo desesperarme. Tienen que venir, ¿verdad? No pueden olvidarme.

Cualquier día de estos... Ya lo sé. Vendrán por mí. Me traerán a un niño para que le enseñe cómo aislar las bombas, cuál es el color benigno, qué hacer cuando las fieras atacan.

Soy El Urank. Las ciudades me levantan estatuas: «Inclínate ante aquel que hace tus pasos seguros.»

No puedo quedarme solo eternamente.

Claro que no, no, no.

El Urank los miró con ojos vacíos: primero al niño, luego al dragón, como esperando que de un momento a otro cualquiera de los dos se atreviera a contradecirle. Cuando vio que ninguno lo hacía, esbozó una sonrisa que podía significar cualquier cosa.

—Claro que no —volvió a repetir, como para convencerse a sí mismo —. Claro, claro, claro....

—¿Una Ciudad Numeraria? —preguntó en voz apenas audible Melkar —. ¿Qué es eso?

—Ya lo sabrás, cachorro de hombre. Ten paciencia —le contestó Sulk, y después se dirigió al Urank—: ¿Quedan muchas minas por despejar en el

Campo?

—Miles. Millones. Trillones —suspiró—. Hay otras minas en otros campos, pero ninguno como este.

—Entiendo —Sulk abrió cada una de sus escamas como un abanico de oro y ébano.

—Pronto llegará el día —dijo el Urank—. ¿Adónde irán después? ¿Cuál será su camino?

—Vamos lejos —le respondió Sulk—. Atravesaremos el Campo Minado en busca de las ciudades, y luego más allá...

—¿Más allá? —inquirió el viejo mutado—. No hay nada después de las Tribus Numerarias. Ni hombres, ni vida, ni árboles. Nada. Sólo esqueletos de edificios muertos, vacíos desde la guerra, y las bombas de *neomicrones,* cargadas de pandemias letales.

—Igual marcharemos....

—Tontos son, entonces. Vayan si quieren. El pobre Urank no puede hacer nada. Los viajeros de las Tierras Ciegas son muy estúpidos. Cada uno de ustedes pretende saber todo. ¿Marchar sobre la larga sombra del Campo Minado? No... Morirán.

—Marcharemos —volvió a repetir el dragón, cerrando y abriendo sus escamas.

—Bien... Yo cumpliré con mi destino y mi misión. Les diré las mismas palabras que le dije a cientos de hombres tontos: «Soy El Urank. Malas cosas crecen en esta tierra. Si quieres vivir, no pasarás.»

Sulk no contestó. A media voz, le susurró a Melkar que era su hora de dormir. El niño cerró los ojos lentamente, con un miedo extraño que le nacía en el bajo vientre. A cada rato, en la puerta de hierro se oía un gruñido de animal, y uñas largas que raspaban. A pesar de todo, el sueño fue más poderoso y, al cabo de un rato, Melkar roncaba.

El dragón abrió cada una de sus escamas y contempló la luz casi extinguida del *fuegoazul.*

—Pronto se acabará —musitó el Urank con tristeza.

—No importa, amigo... También vendrá pronto el día, y no lo necesitarás más.

—Pero las noches son largas... largas.... largas.

Las horas corrieron.

Un rayo de luz natural se filtró por la rendija de la puerta.

La bestia mutada, el monstruo o lo que fuera que escarbaba, se había marchado.

—Ha llegado el día —musitó el dragón a Melkar—. Vamos ya.

El Urank se puso de pie y se acercó a ellos, arrastrando la pierna.

—Si quieren vivir, forasteros, no cruzarán por Campo Minado —les dijo el viejo—. Aún no he culminado mi misión.

La puerta de hierro se corrió con un chirrido.

Melkar, semidormido, agradeció el día nuevo, incluso ver aquella tierra muerta de mala entraña. Pronto volaría con su dragón, lejos de allí.

Aquella era una buena noticia.

—Gracias por tu historia, Urank. —El dragón lo miró con cada una de sus escamas—. Que tus días sean buenos.

—Gracias por tu historia —repitió Melkar. Por alguna extraña razón, sentía una tristeza incomprensible dentro de su pecho—. Y tu tiempo largo....

El Urank no dijo nada. Movió los brazos en una especie de ademán silencioso. Un adiós, quizás.

El niño se amarró al lomo del dragón. Era hora de volar por encima de la tierra ciega.

Un segundo antes de marchar, Sulk tomó con sus fuertes mandíbulas una de sus escamas más brillantes, uno de sus ojos más poderosos y dijo:

—Este es mi regalo, Urank, por tu historia. El *fuegoazul* se muere, por eso te ofrezco la más brillante de mis escamas, para que tengas luz. Quizás no ilumine tanto, pero al menos no te sentirás solo en la oscuridad. Yo te digo que jamás se apagará mientras vivas, Urank de la Tierra Ciega. Ella iluminará todos los caminos que abras a partir de hoy.

Sin esperar una respuesta, el dragón se elevó por los aires.

Melkar miró hacia abajo, donde el Urank, el hombre mutado, el héroe los observaba alejarse.

Quizás piensa que somos el pájaro de hierro que ha vuelto para rescatarlo, pensó Melkar con tristeza.

—¡Adiós! —gritó el niño—. ¡Que tus tiempos sean buenos!

—¡Tendré tiempo de sobra! —le contestó el Urank—. ¡No puedo morir! ¡No puedo morir! ¡No puedo morir!

Las palabras que dijo después se perdieron como un eco en el viento.

Ni Sulk ni Melkar las escucharon.

Bajo las alas del dragón, la cabaña del viejo era un punto perdido en la tierra.

Bajo las alas del dragón, el Campo Minado se abría, con sus pequeños montículos letales donde se escondían las bombas activadas.

Bajo las alas del dragón, también se encontraba la tierra que el Urank había ayudado a sanar.

Melkar se aferró al cuello de Sulk.

—¿Por qué le diste tu escama? —le preguntó Melkar, que sabía que aquel sacrificio había sido grande. Un ojo de menos para un dragón era como una pierna para un humano.

—La necesitaba, Melkar. Los hombres que abren los caminos necesitan luz.

El niño recordó las palabras del viejo: *No puedo morir. No puedo morir.*

Claro que no, pensó Melkar.

IV
Las Ciudades Numerarias

—¿Qué es eso? —preguntó Melkar con voz soñolienta.

No había pasado aún la primera mañana. El sol apenas tostaba la tierra seca, como un manto de fuego sin despertar.

Sulk no contestó la pregunta. Se limitó a mover las alas rítmicamente para no perder altura. Melkar no insistió. Sabía que los dragones hablaban sólo cuando lo creían necesario. Para no aburrirse, miró hacia la tierra, donde unos punticos negros como *hormigas-lágrima* daban vueltas y vueltas.

Desde arriba, pensó el niño, *toda la tierra es un agujero tan pequeño...*

—Eso que ves allá abajo, Melkar —habló Sulk lentamente, arrastrando las palabras—, son las primeras tribus de los hombres.

—¿Las Tribus Numerarias?

—Más bien los cazadores y vigías. Pero, si continuamos volando con buen aire, llegaremos a la primera ciudad.

—Parecen *hormigas-lágrima,* Sulk —murmuró Melkar.

—No lo creas, cachorro. Las hormigas resultan ser inofensivas la mayor parte del tiempo... Sólo se ocupan de sus agujeros y de los huevos de las reinas. El resto del tiempo, trabajan.

—¿Y los hombres? —preguntó el niño.

Sulk guardó silencio.

Sus alas se abrieron y cerraron, y el aire golpeó el rostro de Melkar como una bofetada inofensiva.

—¿Y los hombres, Sulk? —insistió—. ¿Qué hay con ellos?

Nuevamente el silencio.

—¿Y los hombres? —preguntó por tercera vez, con una vocecilla chillona.

—¿Qué quieres que haga, Melkar? ¿Quieres que comience a hablar de tu especie ahora? ¿Que te cuente de los hombres, de lo bueno o malos que pueden ser? ¿De cómo se levantan un día con el sol y son amigos, y al llegar la Madre Luna se convierten de repente en los enemigos más peligrosos? Pues no, muchacho. Tú también eres un cachorro de hombre. No está bien que hable así de los tuyos.

Las escamas de Sulk temblaban con reflejos pálidos. Un silbido de indignación se le escapó de las fauces.

—Eso que ves allá abajo, Melkar —le dijo—, son simplemente hombres. El Dios Espiral decidió moldearlos de esa manera tan contradictoria: las criaturas más hermosas bajo el sol, y también las más dañinas... A veces, preferiría que fueran simplemente *hormigas-lágrima.* Pero claro, yo soy sólo un MilOjos Escama. No tengo tanta sabiduría como los dioses.

Melkar continuó mirando hacia aquellos puntos negros que se movían muy lentamente de un lado a otro. Parecía un juego inofensivo desde arriba, y los humanos unas fichas tranquilas que se trasladaban con delicadeza.

Por un momento, Melkar pensó que un solo movimiento de sus dedos de gigante podía barrer con todos aquellos hombres. Como en sus juegos con Sulk, cuando intentaba ocultar con un pulgar el círculo ardiente del sol. Juegos de dioses, así lo llamaba el dragón entre risas, cuando aún vivían en el nido. Ambos se turnaban para apagar el sol y luego devolverle la luz.

—Mira, cachorro —decía Sulk—. Ya has demostrado que eres un dios muy poderoso y terrible. Puedes apagar al sol con un movimiento de tus dedos. Has dejado a la tierra a oscuras. Pero ahora tienes que demostrar algo más difícil aún...

—¿Qué cosa es, Sulk?

—Ahora tienes que devolver tu poder, pequeño dios. No sería bueno que mataras de golpe toda la luz de la tierra, y menos por un juego. Los hombres la necesitan para sembrar y cazar, los animales para vivir, los árboles para crecer. ¿Entiendes? Si eres poderoso, has de ser también benévolo.

—¿Y si no quiero?

—Piénsalo bien, Melkar. ¿Realmente no lo quieres? ¿Vas a dejar morir a todos allá abajo por un capricho?

Los juegos de dioses eran peligrosos. Cada vez que Melkar escuchaba la voz seria y profunda de Sulk, hablándole de la muerte y la oscuridad, se apresuraba a quitar el pulgar que ocultaba la luz del sol con un escalofrío de miedo. Se preguntaba qué sucedería realmente si se decidía a dejarlo allí para siempre. Un día, se lo preguntó al dragón, con los vellos de la nuca erizados por completo.

—¿Quieres hacer la prueba? —fue la respuesta—. ¿Quieres ver qué sucede?

Melkar lloró aterrado mientras Sulk lo acunaba entre sus escamas como a un recién nacido.

—Es sólo un juego, cachorro. No sucedería nada, Melkar, si dejaras tu pulgar frente al sol. No se apagaría, no moriría la vida...

—Entonces, no soy un dios.

—Eres un dios pequeño, Melkar, entre miles de dioses —le contestó el dragón—. Piénsalo sólo un segundo cuando estés frente a un nido de *hormigas-lágrima*. Sabes que si desbaratas su nido a patadas, morirán de tristeza. Las *hormigas-lágrima* son criaturas que nacen y mueren en un mismo sitio; no son nómadas como tu especie. Ellas y su casa son una misma cosa: viven por y para su nido. En él siembran los huevos, traen el alimento, cuidan a las *larvas-llanto*. No existe un mundo para ellas fuera del agujero, porque todo lo que aman y necesitan está dentro de él. Cuando el nido es destruido, todas las hormigas se arrojan a morir al unísono; se niegan a moverse o alimentarse. Es un espectáculo hermoso y triste, que ojalá nunca tengas que ver. Es la muerte de todo un universo en apenas unas horas. Por eso las llamamos *hormigas-lágrima,* porque cuando mueren, cada una de ellas se coloca patas arriba, de forma tal que el sol las muerde con sus rayos. Así van muriendo lentamente en el transcurso de un solo día. Cuando la luz se acaba, a la llegada del ocaso, ya no queda nada ni del nido ni de sus antiguas habitantes, sólo un charquito de aceite donde las hormigas se han ido consumiendo lentamente en toda una jornada. Sus cuerpecillos negros se convierten en minúsculas gotas de agua que desaparecen cuando la Madre Luna llega al cielo.

—¿Y por qué? —preguntaba Melkar siempre.

—No lo sé, cachorro. No siempre tengo una respuesta para todas las preguntas. Al fin y al cabo, sólo soy un dragón entre miles más sabios o viejos que yo. Pero escucha lo que te digo, Melkar: puedes ser un dios para miles de criaturas más pequeñas que tú. Si destruyes un nido de *hormigas-lágrima*, morirán, no importa cuánto llores y te arrepientas después. ¿Entiendes lo que te digo?

Y Melkar, invariablemente, afirmaba moviendo la cabeza.

Sólo cuando Sulk no lo veía, volvía a llorar en silencio.

Los juegos de dioses eran juegos de peligro.

Miles de veces, Melkar se preguntó si no sería él también una pequeña *hormiga-lágrima* dentro de un agujero. Quizás, un dios poderoso y gigante lo miraba en aquel mismo momento, con un pulgar enorme para aplastar al sol y sumir al mundo —al mundo de Melkar y los hombres— en la más completa oscuridad.

Se preguntó qué pasaría si ese dios gigante era malvado y terrible, y decidía que el sol era una bola de fuego innecesaria. ¿Se apagaría todo para siempre? ¿Se destruiría el Nido de los hombres? ¿Moriría él, Melkar, de tristeza, recostado contra la tierra como una gota minúscula de agua que nadie se detendría a ver?

Melkar apartó todos aquellos recuerdos de su mente, y se aferró más a los ijares del dragón. La silla de cuero y las poleas le habían hecho marcas dolorosas a todo lo largo del vientre y las piernas, como surcos de escamas

rojas.

Cuando llegó la tarde, y la Madre Luna asomaba un cuarto de su rostro, vieron a lo lejos la primera de las Ciudades Numerarias de los hombres.

—Son siete —le dijo Sulk, como adivinando sus pensamientos—. Pero sólo visitaremos esta. No tenemos tiempo para más. Al fin y al cabo, todas las ciudades de los hombres son semejantes.

—¿Tenemos que bajar?

Sulk giró las escamas de su cabeza para mirarle bien a los ojos:

—¿Por qué no?

—Nunca he estado entre tantos humanos… —se disculpó Melkar.

—Sí que has estado. No es la primera vez que te llevo junto a las tribus de otros cachorros como tú.

—Pero nunca a una ciudad.

—Cierto —afirmó el dragón—. Ese día ha llegado hoy.

Era una de aquellas lecciones que Melkar odiaba tomar.

Sulk lo obligaría —quisiera o no— a bajar.

—Son hombres. Hombres como tú. No puedes fingir siempre que eres un dragón. No soy tu padre ni tu madre, Melkar, por más que te ame. Tienes un padre y una madre, y ambos son humanos —le decía siempre Sulk en voz muy baja, con un poco de reproche y de dolor. Aquellas palabras quemaban al cachorro de hombre.

Sulk lo sabía.

—No puedo quedarme para siempre contigo. Algún día, tendrás que buscar otro sueño. Volver a tu tribu y a tu familia.

Melkar sabía que ese día estaba cerca, quizás demasiado.

Sulk descendió a la ciudad.

Las puertas de la Ciudad Numeraria número 1 estaban hechas de un hierro oxidado y viejo como los propios hombres.

—Han construido estas puertas para protegerse de las bestias… —le dijo Sulk en un susurro—. La gente de las ciudades saben cuidarse bien.

Melkar retrocedió instintivamente. Aquellas puertas le producían un extraño escalofrío de presentimiento.

—¿Quién vive? —aulló un soldado, vestido con una capucha de metal. Ni siquiera podían verse bien sus ojos.

—Venimos del Campo Minado… —respondió Sulk como siempre, con voz calmada—. Han sido largos días desde entonces. Somos viajeros, como ves. Este —señaló hacia Melkar— es mi cachorro de hombre. Es un niño de Río Arriba.

—¿De Río Arriba? —El soldado movió la cabeza, incrédulo—.

¿Dónde queda esa ciudad?

—Más allá del Campo Minado… —contestó Sulk.

El soldado rio por primera vez. Melkar se sintió un poco más cómodo. «Quien no ha perdido la risa», le decía Sulk, «no ha perdido los sueños.» El chico rio también, para hacerle coro. No entendía por qué, pero la risa era contagiosa. El soldado se detuvo, como sorprendido en una falta:

—He escuchado de las historias de los dragones, más allá del Campo. Pero esos son cuentos de viejos, ¿no? Cuentos para dormir a los niños cuando llegan las bestias del desierto. —Miró a Sulk con duda—. ¿Qué tipo de máquina eres? ¿Qué modelo? ¿Qué tipo?

—Soy un dragón. Un MilOjos Escamas. Puede que tus abuelos te hayan contado de mí.

—No sé, no sé… —negó el soldado, pero sus ojos lo desmentían—. Las Máquinas de mi ciudad no hablan.

—No soy una máquina… —contestó Sulk con paciencia.

Melkar se agarró a las escamas del dragón. Las manos le sudaban.

Miles de rostros tiznados se asomaban a las hendijas de la puerta de hierro.

—Ya te dije lo que soy: un dragón. —Sulk sonrió con cada escama—. También puedo volar como tus máquinas, pero los pájaros también vuelan.

Un murmullo unánime recorrió las puertas de la ciudad.

—Todos los pájaros llevan mucho tiempo muertos —dijo el soldado en nombre de todos.

—En este sitio del mundo, sí. En otros… quizás no.

—Pruébalo —gritó alguien del otro lado.

—Pueden venir a tocarme, si quieren —Melkar leyó la duda en la voz de Sulk. Aquellos hombres tenían demasiado miedo para acercarse y tocar las escamas tibias de su dragón, como pétalos de plumas.

Nadie se movió.

—En otro tiempo —dijo Sulk, arrastrando las sílabas— la gente de las Ciudades Numerarias tenía la costumbre de no dejar a un extranjero en el desierto. Le decían «desconocido», pero aun así lo llevaban hasta el lugar donde crece el fuego, le daban alimento y agua, y lo llamaban «bienvenido».

—Eran otros tiempos. —El soldado se quitó la capucha de metal de la cabeza, y por primera vez dejó ver su rostro. Era apenas un poco mayor que Melkar, pero llevaba el pelo a rape, con costras de sangre que mostraban un mal manejo del filo de la cuchilla. Todavía no le crecía la barba, pero Melkar se sentía a su lado como el primer niño de la primavera que todavía no ha visto su primer otoño. Aquel soldado era un hombre, y él todavía un cachorro—. Ya nadie es demasiado bienvenido en las ciudades.

—Nos dejarán entonces pasar la noche en el desierto, con las bestias —dijo Sulk en tono de pregunta, aunque realmente no lo era—. Qué pena.

El soldado se movió hacia ellos con un contoneo de serpiente. Sulk, instintivamente, erizó todas las escamas, como si se encontrara ante una alimaña no demasiado peligrosa, pero sí necesaria de aplastar. Su cuerpo se interpuso entre Melkar y el soldado.

—¿Qué quieres? —preguntó el dragón, con una voz carente de todo rasgo amistoso.

—Ver si no eres máquina.

El muchacho extendió un muñón blanquecino hacia las escamas de Sulk. Melkar no había notado hasta entonces que le faltaba un brazo.

—Si eres de verdad un dragón, haz que me vuelva a crecer —dijo el chico.

—No puedo —contestó Sulk en un murmullo.

—Entonces no eres dragón —el soldado retiró el muñón como si hubiera sido sorprendido robando un pedazo de pan.

—¿Cómo lo perdiste? —preguntó Melkar antes de poder pensar.

Sulk lo miró reprobatoriamente, pero no dijo nada. Era una de esas preguntas dolorosas, que a veces es mejor no hacer para no lastimar los recuerdos de alguien. Sin embargo, los ojos del soldado no mostraron ninguna herida cuando respondió:

—Fue en la Iroke, hará un año.

—¿Qué es la Iroke? —preguntó entonces Sulk, con una mueca reflejada en cada una de las escamas.

—La Guerra —dijo el muchacho, como sorprendido ante la ignorancia de los dos extranjeros—. Todos lo saben.

Luego agregó, con una sonrisa de animal acorralado:

—Incluso los dragones, ¿no?

—Podríamos volar por encima de las murallas, Sulk —dijo Melkar con un bostezo de agotamiento.

—Creerán que los estamos atacando. Mejor esperar.

—También podríamos irnos de aquí.

—O no, cachorro.

Ambos guardaron silencio.

—¿La Iroke es como la Guerra de los Peces de mi tribu, Sulk? —preguntó Melkar, abrazándose a las escamas de su dragón—. ¿Cómo cuando las mujeres de las aldeas de Río Abajo y Río Arriba se sueltan el pelo y entran al río a buscar los peces más gordos, y la que encuentra más los gana todos? ¿Y las que pierden se cortan el pelo, como símbolo de la derrota, para tejer las redes de la tribu vencedora? ¿Es así la Iroke?

—No —dijo Sulk. Por primera vez en años, Melkar notó que tenía las escamas mustias de cansancio—. Creo que no. No lo sé. No me parece.

Está envejeciendo, pensó Melkar con una mueca. *Está cansado.*

—Deberías dormir un poco, Sulk.

—Los dragones no necesitamos dormir tanto como tú, cachorro… —protestó Sulk, e intentó alzar las escamas en un gesto de coquetería que Melkar nunca había visto en él, como si no quisiera ser descubierto en su vejez y cansancio—. Duerme tú, mientras esperamos.

—No tengo sueño —mintió Melkar.

—Ah.

El silencio se pegó a las bocas de ambos.

Fue Sulk el primero en decir:

—Creo que me estoy poniendo viejo, Melkar.

El niño no respondió nada. Sintió las escamas de su dragón a su costado, los mil ojos que buscaban una respuesta, pero fue incapaz de decir una sola palabra.

—¿No me vas a decir nada? —preguntó Sulk.

—Duerme.

El dragón se dio por vencido. Con un suspiro de agotamiento, derrumbó su cabeza sobre las piernas de Melkar.

—Ah. Me estoy poniendo viejo. Un dragón viejo es cosa mala.

—No digas boberías. Descansa un poco.

—Ah.

Luego, Sulk agregó, casi en un susurro, con cada una de las escamas estremecidas en un temblor de ojos:

—Algún día tendré que morir.

Melkar veló el sueño de su dragón.

Nunca antes lo había hecho. Siempre había ocurrido lo contrario: él dormía, Sulk cuidaba de que nada turbara su reposo. Melkar acarició las escamas del dragón y las sintió tibias bajo sus dedos, pero —aun imperceptiblemente— un poco desprendidas, como las hojas del otoño que amenazan con caerse. Por un momento, sintió miedo, y se abrazó al cuello de Sulk. El ronroneo de la bestia, como un animalito asustado, lo hizo calmarse.

Nunca antes habían hablado de la muerte.

No era un tema tabú. Entre ellos no existían asuntos prohibidos, sino susurrados a media lengua.

Sulk le había enseñado peces que agonizaban en su último coleteo, antes de caer en el vacío sin fin de lo que no existe. Morían para que ellos pudieran comer la cena de la noche. Pero aquellos eran peces, y Sulk era

Sulk.

Melkar no había escuchado nunca de dragones que morían.

No estaba preparado para dejarlo ir.

Quizás nunca lo estaría.

Melkar perdió la cuenta de las horas que pasaban. La noche bajó sobre ellos como una mano inmensa que esparcía todo rastro de luz en el horizonte, para ser tragado luego por lo oscuro.

Entonces, las puertas de la muralla se abrieron.

Sulk abrió los ojos de sus escamas con un resoplido de animal alerta.

—¡Dragón! —gritó alguien entre las sombras.

La luz de cientos de fuegos azules alumbraron los ojos de Sulk.

—Venimos para llevarte adentro.

Melkar montó a lomos del dragón.

La ciudad estaba alumbrada por miles de luces azules, como las flores que crecían en los montes Uzurra. Entraron a la Ciudad Numeraria. Era un nido de hierro, de torres altas y oxidadas. Las calles estaban limpias, pero cuarteadas como el vientre de los peces cuando la luz del sol los golpeaba. Melkar nunca había visto un lugar semejante. Sulk lo había llevado a las entradas de su tribu, pero aquellas cabañas de barro y madera eran demasiado diferentes. El muchacho no concebía que los hombres pudieran vivir entre tanto hierro, lejos de las caras del Dios Espiral que todo ve, y de los dioses que viven en el barro y la madera.

Aquel Nido parecía un laberinto, y no una ciudad.

Dos pájaros de hierro sobrevolaron sus cabezas, con zumbidos agónicos.

—Son las Máquinas que van a la Iroke —les dijo un soldado sonriente ante los ojos aterrados de Melkar.

Los seguían una treintena de hombres y de mujeres.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sulk.

No recibió respuesta.

La ciudad los engulló, y Melkar sintió las escamas de Sulk bajo sus piernas, erizadas de presentimiento.

Entonces tuvo miedo.

—No temas —le dijo Sulk, con voz cautelosa—. Si te separan de mí, te encontraré. Seguro que te encontraré.

Un soldado cargó a Melkar como un saco de madera rota. El dragón se revolvió, pero los hombres eran demasiados. Todo intento de luchar contra ellos era en vano. Una luz roja, que salía de la mano de alguien en la

multitud, golpeó el flanco de Sulk, y lo arrojó sobre el polvo y la basura de las calles. El dragón aulló. Un centenar de escamas se le desprendieron del lomo.

—¡Sulk! ¡Sulk! —gritó Melkar que intentaba, sin resultado alguno, liberarse de las garras del soldado.

El dragón alzó la cabeza al escuchar su nombre, pero no hizo movimiento alguno, sino que resopló como una bestia muerta. Por un minuto terrible, Melkar pensó que era cierto. Luego, perdió de vista a Sulk, sumergido entre los cuerpos curiosos de los hombres que recogían del suelo aquellas escamas luminosas e inesperadas, como estrellitas que cayeran del cielo.

Sulk despertó bajo las piernas de una mujer.

—¿Así que eres Dragón?

—Soy… —respondió. Sintió ardentía sobre su lomo, pero decidió no quejarse.

—Siempre he querido tener un Dragón. Mi padre me contaba de ellos. La gente le decía loco. Quizás lo estaba, ¿sabes?, pero la suya era una locura noble. Por las noches, cuando nadie nos veía o escuchaba, me sentaba sobre sus rodillas, y me contaba de ti.

—¿Dónde está mi cachorro? —preguntó Sulk, con una voz fría.

—Mi padre murió.

—¿Dónde está mi cachorro?

—Nunca pudo verte.

—¿Dónde?

—De todos sus hijos, yo era la preferida. La niña de sus ojos. Su pedazo de estrella. Estaría loco, pero me amaba.

Sulk alzó la cabeza para mirar el rostro de la mujer. Vio que era realmente hermosa. Llevaba el pelo rojo recogido en una trenza, como las mujeres de Río Arriba en el día de sus bodas. De alguna extraña manera, le recordaba a aquella primera madre de la Primavera que una vez lo había invocado con su sangre y su carne. La madre de su cachorro. Addyra. El mismo pelo rojo, las mismas pecas débiles sobre la nariz. Sólo que aquella mujer tenía los ojos perdidos de quien no espera nada. Sulk miró a su alrededor. Estaban dentro de una habitación circular. No eran los únicos: a su alrededor revoloteaban una veintena de mujeres, algunas mucho más jóvenes que la pelirroja, otras podrían ser su madre con total facilidad. La mayoría pasaba a su lado y lo miraba como a un objeto curioso, pero indigno de otra observación. Cuchicheaban y lo señalaban con un dedo, mas ninguna se atrevía a acercase, quizás por miedo a la criatura que Sulk era, quizás porque la mujer del pelo rojo ya se había adelantado. Eran sus

pies los que descansaban sobre el lomo herido del dragón, en clara muestra de que él le pertenecía. La autoridad manaba de ella como el agua.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son estas mujeres?

La pelirroja lo miró, con un pestañeo asombrado. No esperaba una pregunta semejante. Se suponía que todos conocieran de la existencia de aquel lugar. De su propia existencia. Incluso, una criatura como el Dragón debía saber al menos su nombre.

—Tonto… —dijo simplemente, pero no contestó ninguna pregunta—. Las cosas que se saben, no se preguntan.

Los ojos de Sulk volvieron a mirarla.

—Pero no sé… —respondió el dragón, consciente por primera vez de que no conocía todo lo que existía sobre la Tierra Rota. Ignoraba tantas cosas, tantas ideas, tantas formas de vivir. El conocimiento que había intentado transmitirle a su cachorro era pobre, muy pobre, para sobrevivir en aquel mundo. Se sintió inútil, y muy viejo.

—Soy Diosa —dijo la pelirroja—. Estás en nuestro Nido, y esas mujeres que ves son también Diosas.

Sulk se revolvió bajo los pies de la muchacha.

—Y tú eres mío por ahora —siguió diciendo ella—. No hay nada que me puedan negar, y yo te quiero para mí.

El dragón no protestó. Los pies de la pelirroja apretaron su cabeza.

—¿Nunca habías escuchado de mí hasta ahora? —preguntó la mujer, con una mueca de desilusión.

—Señora… hay tantas cosas que desconozco.

—Puede ser, puede ser… —reconoció ella—. Pero se supone que todo el mundo sepa de mí. Soy yo quien trae la nueva vida, ¿no? Soy yo quien alimenta la Iroke.

Con un gesto triunfal, la mujer se descubrió el vientre. Sulk no lo había visto hasta entonces. Ella estaba tapada con una capa larga que le cubría desde el cuello hasta las rodillas. Cuando la tela cayó, los OjosEscama del dragón se detuvieron en la panza redonda.

—Tendré hijos —dijo, como si no fuera más que evidente.

Aquellas palabras sobraban.

Aun cuando la vista de Sulk no era la misma de unas semanas atrás, el vientre de la mujer estaba tan hinchado que parecía reventar. Una cinta de estrías, como gusanos blancos, le recorría la piel. Sulk supo que, en cualquier momento, podría dar a luz.

El dragón miró cautelosamente a su alrededor. Las otras mujeres observaban a la pelirroja con una mezcla de envidia y respeto. Algunas estaban también embarazadas, pero ninguna en estado tan avanzado.

—Soy la Diosa de este Año —dijo la pelirroja, con una sonrisa triste —. No hay nada que me puedan negar. Ni siquiera las otras Diosas. ¿Sabes

que me odian un poco?

Sulk afirmó.

—Pero pronto ya no. Cuando los niños vengan, se acabará mi tiempo de Diosa, ¿eh? Volveré a ser una más, como ellas, y miraré a la afortunada con el mismo odio conque ellas me miran a mí hoy.

La mujer acomodó sus piernas sobre la cabeza de Sulk.

—Me gustan tus escamas, ¿sabes?

Sulk suspiró antes de preguntarle:

—¿Por qué me trajeron aquí?

—Yo lo pedí —respondió la pelirroja—. Me dijeron que había un Dragón a las puertas de la ciudad. Qué curioso, les dije, yo lo quiero. Tráiganmelo. Y te trajeron, por supuesto, a mi Nido. Tus deseos son órdenes, mi Diosa, así dicen por aquí. Mis deseos son órdenes, ¿sabes? Al fin y al cabo, soy yo quien alimenta la Iroke. Mis hijos van a la Iroke. Mis hijos salvan la ciudad. Mis hijas se convierten en Diosas.

—No comprendo nada.

—Tonto. Este el Nido. Aquí nace todo. Las Diosas nos encargamos de ese asunto. Estamos aquí para ser madres. Es una cuestión de vida o muerte, ¿sabes? Si no, la Iroke nos hubiera tragado a todos hace mucho tiempo, como si fuéramos pedacitos de carne. La ciudad está viva por nosotras. Por mí.

Sulk se sintió más viejo que nunca. La verdad comenzaba a abrirse paso en su cabeza, pero aún intentaba no entender.

—¿Dónde está mi cachorro? —preguntó finalmente.

—¿Qué cachorro? —la pelirroja sonrió, con los ojos más perdidos que nunca.

—Mi cachorro. El niño que venía conmigo.

—Tonto.

Solo. Por primera vez en tantos años. Solo.

El soldado que lo había cargado, se había deshecho de él en el primer recodo de aquella ciudad que era, también, un poco laberinto. Lo había arrojado al suelo como a una criatura sucia, y escupió luego a sus pies.

Melkar quiso llorar, pero el soldado se marchó sin darle tiempo para ni siquiera una pregunta.

Ahora estaba solo. Sin Sulk. En una de aquellas calles mil veces igual a otras tantas, cubierta de edificios oxidados, gritos y el vuelo ocasional de algún pájaro de hierro, con sus repiqueteos agónicos.

—Agradece que te hayan dejado solo, solo, solito… —dijo una voz a sus espaldas. Melkar se encogió como quien pronto va a recibir un golpe —. Adonde fue él, no quieres ir tú.

—¿Mi dragón? —preguntó Melkar a la sombra que parecía ser la voz —. ¿Sabes dónde está?

—Todos saben. En el Nido. Quien va al Nido, se queda en él. —Y luego agregó, como quien hace una confidencia—: Con la Diosa, sí. Con las Diosas, sí.

—¿Diosas? —Melkar dudaba que en aquella ciudad hubieran escuchado hablar alguna vez del Espiral de los mil rostros. Aquella palabra conocida, con olor a los montes Uzurra, a las tribus Río Arriba y Río Abajo, casi le hizo suspirar de alivio.

—¿Cuánto tiempo te das antes de que te coja la Iroke? —preguntó la sombra, con una risita maligna—. Uno, dos días. Tres, quizás, y con mucha suerte. Me pregunto por qué no te agarraron desde el principio. A lo mejor la Diosa del Año no dio órdenes precisas. Traigan al dragón, habrá dicho, y nada más. ¡Qué suertudo, muchacho! ¡Dale con tu estrella! Tres días te doy, ¿eh?, si antes no te mueres de hambre.

La voz estaba rota, como un trozo de vidrio que resplandeciera bajo el sol del desierto, para dañar los ojos de todos los peregrinos. No parecía demasiado humana, y Melkar pronto se descubrió preguntándose si no conversaría con uno de esos monstruos de metal que, en tiempos no tan lejanos, eran capaces de hablar la misma lengua de los hombres.

—¿Sabes dónde queda el Nido ese? —preguntó Melkar, con una sonrisa que pretendía parecer amistosa, a pesar de que las comisuras de los labios le temblaban, dispuestas a desbaratar la sonrisa y convertirla en mueca.

—Sólo los dioses saben… —rio la voz—. Además, ¿para qué quieres saber más? Quédate por aquí cerca, a ver si la Iroke te coge pronto.

—¿Qué tanto sabes de la Iroke? —La risa comenzaba a parecerse demasiado a una burla. Melkar controló la furia de sus palabras a duras penas—: ¿Qué tanto sabes?

—Oh, yo lo sé todo —respondió la voz, ya sin risa—. Yo soy un Hijo de la Iroke.

—¿Un hijo de la…?

La pregunta se quedó colgando en el aire.

Melkar fue incapaz de terminarla.

La voz había salido a la luz.

Aquello se había mostrado.

Melkar retrocedió instintivamente.

—Me tienes miedo.

No era una pregunta.

La garra se acercó al brazo de Melkar.

Luego, lo arrastró a la oscuridad.

—¿Cómo puedo llamarte? —preguntó Sulk. Había decidido que hablar con ella era lo más prudente. Necesitaba ganar, si no su amistad, al menos sí su confianza. Los pies de la pelirroja sobre su cabeza le quitaban buena parte de la visión, pero Sulk no quiso quejarse, sino que soportó pacientemente la carga y la humillación. Con sus ojos libres, intentó buscar una salida de aquel lugar que llamaban Nido, pero —si realmente existía alguna— estaba bien lejos de su mirada, quizás en algún lugar bajo tierra. Suspiró pacientemente y volvió a preguntarle a la mujer embarazada —: ¿Cómo puedo llamarte?

—Ama… O Diosa. Como quieras —respondió ella con desgano.

—Los dragones no tenemos amo.

Los ojos azules de la pelirroja se clavaron en su lomo. Sulk leyó la sorpresa en ellos, y una rabia incipiente como el murmullo de las cascadas de Río Arriba. La presión en su cabeza se hizo más intensa. Luego cedió.

—Qué criatura rara eres —le dijo, para después hacerle una caricia con la planta de los pies—. Tonto.

—Mi nombre es Sulk.

—Sí.

La mujer hizo silencio. Por un momento, Sulk pensó que quizás no volvería a hablar en toda aquella tarde. Entonces, ella dijo:

—Nanu.

—¿Nanu qué?

—Mi nombre: Nanu. Señora Nanu.

El nombre era hermoso. Corto y hermoso. Sulk lo repitió un par de veces. Podía llegar a amar a aquella palabra.

—Es un nombre perfecto.

—No lo es —contestó ella, y Sulk no quiso discutir.

De repente, Nanu gimió:

—Ah. Los niños vienen —dijo, mientras se revolvía bajo la manta que cubría su vientre. Cientos de góticas de sudor resbalaron por su frente.

Las otras mujeres del Nido miraron a la parturienta con ojos codiciosos. «Tu reino se acaba», decían las miradas. «Pronto serás una más. No tendrás nada de lo que acaparaste en este año.»

—Me lo quitarán todo —dijo Nanu, con un gemido de niña, como si pudiera leer en los ojos de aquellas otras mujeres—. Se mueren por quitármelo. Envidian que yo tenga el primer dragón de estas tierras. Se cortarían la lengua con tal de dejarme seca. ¿Pero no sabes? Yo soy la más fértil. Antes de que pasen ocho lunas tendré de nuevo la panza cargada de niños de la Iroke, y seré de nuevo la Diosa del Año. Todas ellas tendrán que tragarse la lengua y la envidia. No importa si te apartan de mí, ¿eh? Volverás a ser mío, Dragón. Pronto. Muy pronto.

Nanu volvió a gemir. Un par de risas se escucharon dentro de aquel pabellón que era el Nido.

—Sólo me ayudarán cuando me vean caer… Y no será por mí, sino por la Iroke —la voz de la mujer pretendía parecer tranquila, pero un dolor insólito se escapaba con cada una de aquellas palabras.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó Sulk. Había intentado escapar de bajo los pies de Nanu, pero la presión se hizo aún mayor: el talón encajado en dos de sus ojos le hizo chillar como una bestezuela. «No te escaparás», era la amenaza silenciosa. «No, y no.»

—¿Desde cuándo estás aquí? —volvió a preguntar. Esta vez se apretó bien contra el suelo de cristal del Nido. Se quedó quieto—. Dime, Nanu.

Ella lo miró, como si por un momento fuera capaz de olvidar sus dolores, detener la marcha del parto para observar a aquella criatura que hacía preguntas semejantes:

—Tonto. A nadie le importa eso.

—A mí, sí.

—Cuando mi padre murió me trajeron. Hace años. Cuántos, no sé. Algunos. He tenido muchos hijos después de eso. Hijos para la Iroke. Es mi misión. Soy tan fértil. —Hizo una pausa, debilitada por las palabras—: Soy tan fértil. Por eso me trajeron, dragón. Me dijeron: *Danos niños.* Y yo pregunté con quién, porque estaba sola en una habitación blanca. Entonces me dijeron: *Tú calla y espera.* Luego, salí preñada. Me convertí en otra Diosa. Soy la Esposa de la Iroke. Una de sus Esposas. Me hicieron hijos. Las Máquinas me llenaron de fetos. Cargué con todos ellos, los que eran míos y los que no. Los parí. En grupos de seis. De ocho. Hasta de doce. Soy muy fértil. Mis caderas son fuertes, Dragón. Por eso las mujeres me odian, eh. Me odian porque ellas nada más pueden cargar tres o cuatro hijos de la Iroke. Yo no. Por eso soy la Diosa del Año, y el Nido es mi Reino.

—¿Y tus hijos? ¿Dónde están tus hijos?

—¿Mis hijos? —La pelirroja rio, como si aquella fuera una pregunta muy idiota—. No son míos, sino de la Iroke. Ellos nacen, y la Iroke se los lleva. Para siempre.

Volvió a sonreír. A Sulk le pareció, más que nunca, una niña enferma:

—Mis hijos son soldados —susurró ella, como si fuera un secreto que ninguna de las otras mujeres pudiera conocer—. Están en la guerra. En la Iroke. Viven y mueren por la ella. Yo me quedo en el Nido. Son soldados perfectos.

Pateó la cabeza de Sulk:

—Soldados. Soldaditos. Niños cargados de hierro y de plomo.

—¿Contra quienes luchan, Nanu? —preguntó Sulk, casi en un gemido.

Ella se quedó quieta, con los ojos muy abiertos.

—No lo sé —susurró.

Melkar agradeció en silencio por estar envuelto en la oscuridad: así, no tenía que volver a verlo. La voz le hablaba de vez en cuando, casi siempre incoherencias, pero Melkar lo seguía a través de aquellos callejones sin luz. Al principio, creyó que estaba siendo atacado. Forcejeó a ciegas contra aquella masa informe que era la voz, pero era fuerte como un escudo: cada uno de sus golpes caía en vacío o en metal. Jamás en la carne de la Cosa.

Melkar tuvo que detenerse. La Cosa era mucho más rápida que él. De alguna manera, supo que estaba entrenada para defenderse de los ataques, no importaba cuántos músculos le faltaran en el cuerpo. Aquel caparazón retorcido era mucho más hábil que él mismo. Además, la Cosa nunca lo atacó. Se limitaba a parar los golpes y reír, como si todo fuera un juego divertidísimo.

Cuando Melkar se detuvo, la Cosa suspiró desencantada, pero aun así lo tomó de la mano y lo arrastró.

—¿Adónde me llevas? —preguntó el chico, que trastabillaba a cada paso. Nunca había sido demasiado bueno para ubicarse en la oscuridad. Las zarpas de la Cosa lo obligaron a moverse más rápido. Melkar sentía los vellos ásperos que quemaban el borde de sus manos—. Me haces daño —se quejó, pero si la Cosa lo había escuchado, no lo mostró, sino que continuó moviéndose como una máquina viva, por el mismo centro de la oscuridad.

—Puede ser, puede ser que nunca te coja la Iroke —respondió al cabo de unos minutos—. Adónde te llevo, es imposible que te encuentre.

—¿Y por qué? —volvió a preguntar el cachorro.

—Allí vivimos sus despojos.

—¿Eres tú uno? —inquirió Melkar, y de inmediato se arrepintió de haber hablado. Aquella era una de esas preguntas que uno no debía hacer.

—¿Qué crees? —la Cosa se detuvo en el medio de la oscuridad sólo unos instantes. Melkar iba a pedir perdón, pero la marcha se reanudó inmediatamente.

El camino parecía no tener fin. Sin embargo, Melkar no se quejó. No comprendía bien qué era realmente la Iroke, pero aquella palabra no le gustaba. Recordó a Sulk cuando le decía que debía aprender a amar a cada palabra, cada sílaba pronunciada por los hombres, porque ellas se habían salvado de la Primera Muerte de la Tierra: «Todo lo que se salvó de Aquella-Otra-Vida de los humanos, tiene que ser venerado.»

Iroke.

Melkar no creía que pudiera amar alguna vez a aquellas tres sílabas.

—¿Sabes dónde puede estar mi dragón? —preguntó en un susurro a la

Cosa.

—Ya te dije que en el Nido.

—¿Y dónde queda el Nido?

—¿Dónde quedan las Diosas?

—¿Por qué siempre me respondes con otra pregunta?

La Cosa se rio, y no volvió a hablar por varios minutos.

—Es aquí —dijo al cabo de un rato, pero Melkar no percibió otra cosa más que sombras. La zarpa de la Cosa lo condujo más adentro de la oscuridad.

Melkar tanteó las paredes en busca de sostén. Por un momento, creyó que se había quedado solo, probablemente encerrado dentro de una jaula de tinieblas. Respiró profundamente. Tenía que hallar la calma para salvarse. Se estiró como un animal del desierto a lo largo de las paredes oscuras. Quería encontrar una oquedad, una posible salida.

Entonces, se hizo la luz.

Una luz tenue, enferma. No le permitía distinguir las siluetas que se extendían a su alrededor, pero sí era suficiente para saber que no se encontraba encerrado en una jaula. La Cosa seguía a su lado, sus zarpas llevaban la luz. A su lado, estaban tres figuras enmascaradas.

—Son mis hermanos —afirmó la Cosa en un susurro—. Hijos de la Iroke, como yo.

Melkar asintió, pero aquellas palabras no le daban ninguna tranquilidad.

—Vinieron a verte —dijo otra vez, como si esperara de Melkar una respuesta distinta—. Eres el niño del dragón, ¿no?

Melkar no supo qué contestar. Realmente, no sabía si era prudente revelarse de esa forma. Aquella gente de las ciudades eran más peligrosas que las minas. Hombres vacíos. Hombres un poco muertos, que sólo hablaban de la Iroke.

—Mi nombre es Melkar.

—Nosotros somos los Hijos. Roto viene de Puerta Norte. —La Cosa señaló al bulto a su izquierda, y agregó—: Estuvo diez años en la guerra. Dos como zapador. Ocho como activo en el campo. Se puede decir que le dieron leche de balas, ¿eh? Carricoche solo llevaba diez meses —la Cosa giró a su derecha— cuando le hicieron tragar mina azul. Salió rápido de la Iroke, ¡fuera! Y luego, más o menos le recompusieron el cuerpo.

Bajo la capucha de Carricoche, una masa sin forma tembló. Parecía una risa, pero sin sonido. Melkar pensó que aquello era peor que un grito. Ninguno de los recién llegados hizo gesto alguno de mostrarse: se habían acostumbrado a ocultar sus cuerpos del resto de los hombres. *A lo mejor se descubren cuando están a solas*, pensó Melkar, pero agradeció en silencio que no lo hicieran ante él. Ya había visto a la Cosa, tan poco humana y a la

vez tan parecida. Sin sexo que la definiera. Con aquella voz andrógina, con las zarpas, los vellos, los agujeros, los músculos quebrados.

—A mí me dicen Mey —dijo la Cosa, pero no agregó más a su historia—. Llevo en la ciudad ya varios meses. Me uní a estos. Los tres nos pusimos un nombre. Antes no teníamos, así que escogimos y ya.

—¿Pueden ayudarme a buscar a mi dragón? —preguntó Melkar.

—Con suerte, podremos ayudarte a que la Iroke no te trague… si te quedas aquí con nosotros.

—Tengo que buscarlo.

—¿Al dragón? —Roto lo miró desde la capucha, y luego extendió una mano cubierta de cicatrices y pústulas—. ¿Al dragón?

—Olvídate de él —gruñó Mey, y Carricoche tembló afirmativamente, como agua bajo una tela muy espesa.

—No puedo… —Melkar se acercó más a la luz. Quería que Mey leyese en sus ojos su determinación, pero la Cosa ya le había dado la espalda:

—Serás tonto, entonces.

Melkar se arrojó sobre su cuello. Por un instante, Mey guardó un silencio espantoso, como si no quisiese comprender, mientras Melkar lo golpeaba con los puños.

La rabia lo dejó ciego. No podía sacarla de su cuerpo, sino tan solo golpear, golpear la nuca, los brazos, la cabeza desprotegida de Mey. La Cosa no era demasiado alta, tan solo un codo mayor que Melkar.

Ni Carricoche ni Roto intervinieron, sino que se quedaron quietos, como esperando que Mey despertase de un sueño. Ni siquiera hablaban. Solo Carricoche temblaba por la excitación. Nada más.

Por un momento, Melkar creyó que saldría vencedor.

Aquella idea fue anterior al golpe de Mey.

Uno solo.

Hizo que todas las ideas de Melkar se vaciaran como un jarro de agua sucia.

La cabeza de Melkar tembló.

Luego, cayó hacia adelante. Un hilillo de saliva y sangre le corrió por el mentón. La sorpresa y el dolor le hicieron olvidar toda la rabia.

Pensó que Mey volvería a atacarlo, pero no lo hizo.

Se quedó de pie, y le dijo:

—Llevo mucho tiempo haciendo esto, niño. Si estuviéramos en la Iroke, te hubiera hecho tragar mina.

Carricoche volvió a temblar. Incluso, Roto se rio.

—Pero no estamos, ¿eh?

Melkar suspiró con alivio. Incluso Mey fue capaz de reírse.

—No vuelvas a hacer eso con ningún Hijo de la Iroke, niño… —dijo

Mey.

—¿Y mi dragón? —preguntó Melkar.

Mey lo miró en silencio por varios minutos:

—Olvídalo.

Luego, volvió a darle la espalda.

Nanu le había quitado los pies de la cabeza. Sulk suspiró con alivio. Sus escamas se sintieron liberadas como nunca antes. La embarazada gimió, pero el dragón no se atrevió a ayudarla porque la mano de ella, en un gesto inconfundible, lo detuvo. «Quédate ahí», quería decirle, «y ni te muevas.»

El dragón obedeció. La voz de mando, los gestos de orden de aquella mujer le hacían quedarse quieto. Era fácil obedecer. Una punzada de orgullo le mordió las entrañas, pero Sulk no quiso escuchar su voz, sino que aguardó, postrado en el suelo, como una de las tantas pieles que cubrían el Nido.

Nanu estaba sola. Pujaba y gemía. Las mujeres a su alrededor sabían que ella necesitaba ayuda. Sin embargo, nadie se acercó.

«Es duro ser la Reina del Año», decían los ojos de Nanu. «Duro y hermoso. Nadie vendrá nunca a ayudarte. Nadie te ayudará a vivir. Es un reinado de soledad y abandono.»

Sulk acercó sus escamas al vientre de la mujer. Sabía que su calor podía aliviar los músculos tensos por las contracciones y el dolor de la mente. La mirada de Nanu, agradecida, lo confirmó:

—No te vayas —le dijo a media voz—. No te apartes de mí.

Sin embargo, sabía que el alivio era solo momentáneo. Pronto, el empuje de aquellas criaturas —*¿Cuántas?*, se preguntó Sulk. *¿Ocho, diez?* — haría que aquella sensación de calidez y protección desapareciera por completo, y solo quedara la agonía de la parturienta. Nanu, a pesar de todo, parecía más feliz. Casi reanimada.

—Puede que mi padre haya tenido razón. Eres mágico, Sulk. Me alivias.

El dragón no contestó, sino que aprovechó el tiempo para mirar hacia todos lados: al suelo, al techo nacarado, a los cristales que expedían aquella luz azulada y moribunda. Ni huella, ni señal alguna de una salida.

—Cuando llegaste a este lugar, ¿por dónde entraste? —preguntó Sulk. Intentaba que su voz sonase tranquila, sin intenciones ocultas.

—Nanay, tonto —contestó Nanu y rio—. No soy idiota. No te escaparás. No, no. —Hizo una pausa, y luego volvió a reír—: Aunque tampoco lo sé, chico. Nanay, no lo sé. Ni idea. Me trajeron acá dormida. Hace un tiempo. Cuánto, no sé. Ni idea, nanay.

—¿Y si necesitas algo?

—Me lo traen, tonto. Mis deseos son órdenes. Tus deseos son órdenes, Diosa, me dicen y salen a buscarme lo que quiera. Hasta dragones. Mi padre me contaba de ustedes. Decía que el abuelo de su abuelo tuvo uno, de escamas plateadas. Volaba con él, por el cielo, mejor que las Máquinas. Eso fue mucho antes de que cerraran la ciudad. Antes, incluso, que la Iroke. En aquel entonces dicen que las puertas estaban abiertas. No existían Hijos de la Iroke. Y sin dudas, tampoco las Esposas, ni una Diosa del Año. Puede que mi padre haya tenido razón, pero, ¿quién se acuerda de ese mundo?

La historia de la ciudad comenzaba a grabarse en la mente se Sulk. Hubiera querido guardarla toda, preguntar cada detalle, para luego contárselo a su cachorro cuando lo llevara al nido cálido de sus escamas, pero Nanu había vuelto a gemir. *¿Dónde estarás, Melkar?*, se preguntó. *¿Cómo estarás? ¿Qué sabrás de este mundo?*

Como una nube, revolotearon en su memoria aquellos tiempos en los montes Uzurra, un poco antes de su invocación. No era dragón, sino tan solo un pedazo indefinido de masa con ideas que dormía en un cascarón. No era polvo, barro ni roca. Pero, aun así, podía pensar. Y escuchar los gemidos y las historias de los humanos que vivían abajo. Eran gente de tribu, tan distinta de los hombres de las ciudades… La masa con ideas que había sido por entonces Sulk —no roca, ni barro— recordaba las luces de un tiempo pasado. Sabía que pronto recibiría la invocación. Una madre de Primavera esperaba por él. Sin embargo, las nebulosas de un recuerdo casi olvidado lo atormentaban. Una vida que vivió antes de ser masa con ideas: una ciudad, una historia, gente que era demasiado distinta a la de las tribus.

Nada más.

Aquellas memorias, Sulk las había borrado de su mente cuando Addyra le entregó a su hijo. El cachorrillo requería de su atención todo el tiempo.

Sin embargo, a veces le latía la cabeza. *Antes de ser dragón fui masa indefinida. Antes de ser masa fui algo más… ¿pero qué?*, se preguntaba.

Sulk espantó sus pensamientos. Necesitaba concentrarse en escapar. Lograr volver con Melkar. *Siempre fui dragón. Antes de dragón, nada…* Las ideas de la muerte lo rondaban, cada vez más cercanas, como un ejército de viejos lobos. Miedo. Sentía miedo. Porque, a pesar de que era un MilOjos, existían tantas cosas que no conocía… Cosas irrevelables hasta para los sabios. Secretos oscuros de la vida. Sulk sabía que ya no era joven. La vida de un dragón era corta. *Tan solo hasta que el cachorro me necesite*, pensó. Aquel era su plazo antes de volver a las fauces de lo que no existe.

Pronto, Melkar se convertiría en un hombre. Poco a poco, se había ido transformando. Ya no era la piel del niño: le crecían vellos, la voz se le

hacía un poco más gruesa. Sus ojos dejaban de ser los de un cachorro. Ahora, era Sulk quien lo necesitaba. Desde que había comenzado el viaje, Melkar había crecido rápidamente, como crecen los cachorros de hombre, como si devoraran al tiempo.

Faltaba poco. Sulk lo sabía, y las ideas de la muerte eran cada vez más cercanas a sus ojos. Se sentía débil. *No hay nada peor que un dragón viejo, quejándose por todo*, se dijo en silencio, y casi se atrevió a reír. *Con miedo hasta de las sombras*. Movió sus escamas, y la vista se le nubló. *La voy perdiendo*, pensó, y luego: *Algún día iba a acabarse.* Lo había sabido desde que era una masa entre miles sobre el vientre del monte Uzurra, cuando fue amasado por la voz de Addyra e invocado a ser dragón. *El tiempo es corto. Todo se acaba. Aún nos queda este viaje*, se dijo como consuelo. *Puede ser largo.*

Sin embargo, dudaba de que volviera a ver de nuevo los montes Uzurra.

Ojalá pudiera saberlo todo. ¿Qué me espera después de esta muerte?

La mirada suplicante de Nanu lo trajo a la realidad.

—¿Nunca has soñado con irte de aquí? —le preguntó Sulk.

—¿Quién se acuerda de ese mundo? —Ella pareció no escucharle—. Aunque existieran dragones, no estaría al Iroke. Y sin la Iroke, no hay nada.

—¿Quién eras, antes de ser Nanu, la Diosa del Año? —Sulk se elevó en toda su estatura sobre la parturienta. Necesitaba hacerla volver a la realidad—. Dime, Nanu, ¿quién eras? ¿Tenías sueños?

—Tenía un padre. Me contaba de dragones. No lo sé. Ah. Mi padre. Decía que los dragones existían. El abuelo de mi abuelo había tenido uno: juntos subían hasta tocar las barbas del sol. Los dragones vuelan mejor que las Máquinas. Pero las Máquinas me metieron en la panza a los Hijos de la Iroke. En un cuarto blanco. «¿Quién me hará hijos?», pregunté entonces, y ellos me dijeron: «Las Máquinas lo hacen todo por ti.»

—Nanu, respóndeme… ¿No tenías sueños?

—Puede que mi padre haya estado loco. O no. Aquellos eran otros tiempos. No existirían los ejércitos de niños, soldaditos, un-dos-tres, marchando sobre las minas, comiendo minas, en contra de otra ciudad con puertas cerradas como esta mía. Yo, la Diosa del Año, dije: «Cierren las puertas», y la cerraron. «Traigan al dragón», y lo trajeron. Mis deseos son órdenes. Todo lo que digo se hace realidad. Pero… a lo mejor existe otra Diosa… en otra ciudad. Ella también le hace Hijos a la Iroke. Soldaditos como minas. Sin embargo, ninguna es tan fértil como yo.

Por un momento, Sulk se había atrevido a soñar con sacar a Nanu de aquel Nido, mostrarle otro mundo, devolverla a la vida, a las calles, a la ciudad. Pero en aquel universo ya no existía otro lugar para ella, excepto el

Nido. La Iroke era su hogar. El Nido era su hogar. Ella era la Diosa del Año, y las diosas no pueden ser rescatadas.

Sulk comprendió que no podía salvarla.

Nanu existía solo para llevar la corona, durante todo el tiempo que durara su preñez.

Y nada más.

Nada más.

Sulk la acarició.

—Mi cachorro está allá afuera —le dijo, pero ella no pareció escucharle.

Ambos guardaron silencio por un tiempo que pareció infinito.

Luego, Nanu dijo:

—¿Quién se acuerda de ese mundo, Dragón?

—Nadie —respondió Sulk, y la envolvió otra vez en sus escamas.

Siguió a Carricoche y a Roto a través de unos túneles vacíos, que parecían conducir a ninguna parte. Mey iba detrás, como si vigilara que nadie escapara por la retaguardia. No dejaba de mirar a Melkar con una sonrisa iluminada por la vieja luz que cargaba. Los Hijos de la Iroke le habían preguntado por su dragón. Querían saberlo todo: cuántas escamas, qué textura, si arrojaba fuego o comía a los hombres sin ni siquiera masticarlos. Melkar, ante aquellas preguntas, sentía deseos de reír. Pero aquello no parecía demasiado prudente, sobre todo por Mey, que lo interrogaba a cada paso con una voz de adulto, demandante.

Melkar intentó explicarle su relación con Sulk, el lazo de tantos años de vida, pero los ojos de Mey le decían que no podía comprender nada. Todo su esfuerzo no era más que cenizas para los oídos de los Hijos de la Iroke.

—¿Qué hacían ustedes cuando estaban activos? —preguntó Melkar, intentando cambiar el tema—. Quiero decir… cuando estaban en la… ¿guerra?

—Nada. A veces perdíamos el tiempo metidos bajo tierra, comiendo gusanos y fango. Otras veces no. —Mey rio, como si el recuerdo le diera placer—: ¡Entonces sí era la guasa! ¡Combates de verdad! ¡Y contra Máquinas!

Carricoche pronunció una jerigonza inteligible. Melkar no había tardado mucho en descubrir que sólo Mey podía hablar claramente. Cualesquiera que hubieran sido las heridas de Carricoche y Roto, le impedían a ambos comunicarse. Sólo Mey les servía de voz.

Una voz para tres cuerpos.

—¿Y ahora qué hacen? —volvió a preguntar Melkar—. Para vivir…

—Lo que venga —respondió Mey, y no agregó más.

Melkar imaginó que su vida se encontraba en aquellos escondites en los laberintos de la ciudad. Probablemente, lejos de los hombres. Pasarían hambre, por supuesto, pero de alguna extraña manera se las arreglaban también para sobrevivir. Carricoche y Roto parecían casi felices. Sólo Mey hablaba aún de la Iroke, con las manos temblorosas al contar las historias:

—Era la guasa, las explosiones como lluvia, las minas como lluvia, todo para arriba. Y anda uno a espachurrarse contra la tierra, a tragar fango y arrastrarse. A veces, las Máquinas te leían por el calor, o por el miedo. Entonces, ¡de verdad que era la guasa!

—Bienvenido al Foco, niño —le dijo Mey a Melkar cuando doblaron una esquina del túnel—. Aquí pasamos el rato ahora.

Mey le sonrió sin rencor. Parecía ya haber olvidado los golpes en la cabeza y los brazos.

—Casa, casita, ¿eh? ¿A que nunca habías visto nada como esto, niño del dragón?

A primera vista, aquel lugar parecía un callejón sin salida. Era necesario quedarse un rato con los ojos fijos en la oscuridad para que comenzaran a verse los pedazos de cristal que colgaban de todas partes. Cristal en el suelo, sobre hilos, oscilando en el aire. Vidrios magnetizados, de una extraña opalescencia. No había un solo asiento en el Foco. Tres pedazos de trapo en el asfalto, y nada más.

Pero aquel sitio tenía la Magia.

Sulk le había hablado a Melkar muchas veces de aquel poder que se impregna solamente a los lugares donde el tiempo ha dejado de ser tiempo, para convertirse en algo más. Indefinido. Sin nombre. Sitios extraordinarios que ya casi no existían en toda la Tierra Rota, pero que vivían aún dentro de una Ciudad Numeraria.

Los cristales gimieron una canción desconocida.

Mey dijo:

—¿A que nunca viste nada parecido, eh? —Luego rio, como si todo fuera parte de una broma que hubieran preparado como bienvenida.

—De donde yo vengo, no existen cosas como éstas —habló Melkar.

—Cuéntanos de tu dragón —le pidió Mey, sentándose encima de uno de los trapos sucios. Carricoche y Roto lo imitaron.

—¿Mi dragón?

Melkar también tomó asiento entre los Hijos de la Iroke.

Los cristales relampaguearon un segundo.

Entonces, comenzó la historia.

Fueron horas, pero parecía que hablábamos un idioma distinto. Me miraban quietos, con el asombro entre las manos. No me entendían. Nada de lo que yo y Sulk habíamos vivido les importaba realmente. Sólo querían una buena historia. Sólo querían escuchar del dragón, que si echaba fuego por la boca, que si derretía las piedras o mataba a miles de hombres de un solo zarpazo. Sulk les pareció inofensivo, y yo, idiota. Pronto perdieron la atención, y Carricoche gemía una cancioncita para no quedarse dormido. Mey a veces me miraba, pero no se atrevía a pedirme que guardara silencio.

Les dije:

—Mi dragón está viejo. Debo ir por él

Mey me contesto:

—Aquí reciclamos a las cosas viejas.

No entendí mucho de lo que quería decirme. Sin embargo, no pregunté nada para no quedar como tonto.

Jamás comprenderé su entusiasmo por la Iroke, ni ellos sabrán por qué busco a Sulk.

—Está viejo, y es mi amigo y mi padre.

Mey se descubrió por primera vez completamente, y me mostró su rostro desgajado.

—¿Padre? —me preguntó—. Aquí los Padres no existen. Sólo las Madres. Las Madres Diosas que nos han hecho en su Nido. ¿Por qué no es así en tu tierra?

—Sé que tengo un padre verdadero: de sangre y de carne —contesté —. Pero mi dragón me ha criado. También es un poco carne y sangre mía.

—¿Un padre verdadero?

Me confundí varias veces intentando explicarles el significado de aquella palabra:

—Mi padre y mi madre se tendieron juntos para hacerme. Luego, le dieron gracias a los dioses cuando la barriga de mi madre se hizo llena como la luna

—Aquí sólo tenemos madre. Qué raro tu mundo, niño.

—Mey escupió en el suelo como si todo aquello que le había contado le provocase asco.

Pude haberme ofendido, pero decidí no hacerlo.

—Tengo que buscar a mi dragón.

—Te atrapará la Iroke —soltó Mey, mientras se recostaba contra la pared—. ¿Qué quieres? ¿Terminar aguado como Carricoche?

—Igual voy a buscarlo. Tengo que llegar a donde está.

—Está en el Nido —dijo—. Pero nadie pasa ahí sin una Diosa por delante.

—Igual voy.

Mey me miró con sus ojos vacíos y escupió en el suelo.

—Me lavo las manos contigo, ¿eh?

Se cubrió con su capucha.

—Traga mina si te parece guasa. ¡Allá tú!

Aunque me esfuerzo en comprender a Mey, siempre me pierdo en sus palabras.

Cómo, si hablamos una misma lengua, podemos ser tan distintos.

Tanto.

Ellos no conocen otro hogar que no sea el Foco, pensó Melkar, con la sonrisa triste, la cara convertida en una mueca. *Pero yo tengo a Sulk. Mi padre. Mi hogar. Mi protector. A lo mejor, hasta yo podría ser feliz en este lugar. Al menos, aquí existe la Magia todavía. Sin embargo, Sulk no está.*

Sólo entonces decidió partir.

Le dijo a Mey:

—Así tenga que tragar mina, llévame donde el dragón.

Mey se cruzó de brazos y dijo:

—Me lavo las manos contigo.

Luego, chasqueó los dedos.

Carricoche fue el primero en moverse de vuelta al laberinto.

Las contracciones de Nanu eran cada vez más seguidas. Gemía. De su frente corría un sudor espeso de miedo. Sulk había dejado que el cuerpo de la parturienta se acomodara encima de sus escamas. Intentaba consolarla con palabras cortas, con aquellos cantos que tranquilizaban a su cachorro en las noches rojas en el Uzurra. Pero Nanu no lo escuchaba. Estaba sumergida en su dolor. Las mujeres a su alrededor se movían presurosas. Nadie quería hacerse responsable de la Reina del Año. Sulk miró a los rostros de aquellas mujeres y leyó tantas cosas, todas secretas y sucias. Por ejemplo, muchas de ellas deseaban que los niños de la camada de la Diosa nacieran muertos, como animalejos con olor a podrido, o quizás enfermos con el mal de Nake. Algunas sonreían cuando le prestaban ayuda a la parturienta, con la sonrisa rota de quien espera pronto una corona. El Reinado de Nanu concluía. Cuando el último de los niños de la Iroke fuera expulsado, sería el fin.

El fin de Nanu, por supuesto.

No era precisamente una de las mujeres más viejas del Nido. Algunas lo eran más. Pero Nanu estaba desgastada. Cansada de tantos partos múltiples. Su fertilidad comenzaba a agotarse. Bien sabían aquellas otras Diosas que el ser fecundadas por las Máquinas de la Iroke era una labor

difícil. Nanu estaba llegando, con pasos rápidos, a su último reinado. Tres, cuatro partos más, y la Nanu Diosa habría muerto para siempre.

Sulk también leyó en los ojos de aquellas mujeres que ninguna conocía cuál era el destino de una Diosa destronada. De una infértil, y por tanto sucia a los ojos de la Iroke. Todas temían que aquel el momento llegara. Habían visto más de una vez cómo se llevaban de la misma raíz del Nido a centenares de Diosas menores, entre los treinta y los cuarenta años, con todas las esperanzas de volver a engendrar vida para la Iroke completamente muertas. Todas se preguntaban qué había más allá de la puerta del Nido, cuál futuro —si realmente existía uno— era el que le aguardaba a las ya infértiles Esposas. Sin embargo, las Diosas espantaban aquellas ideas de su cabeza. Quizás lloraban, apretujadas en el Nido, una o dos noches por la ausente… si era muy querida. Al cabo de los días encontraban el consuelo. En realidad, se decían unas a las otras que el tiempo era corto, y la vida corría, y quién sabe si en verdad debían llorar por las Destronadas. Terminaban olvidando los gritos de las que eran arrancadas del Nido, las lágrimas, los forcejeos, todo.

Con Nanu, sería mucho más fácil, pues la odiaban unánimemente.

No sería ni siquiera extrañada.

Sulk leyó el alivio por la cercanía del fin de Nanu en los ojos de todas las Diosas.

Ella, concentrada en su dolor, no veía nada.

—Sulk —pidió, jadeante— acércate más.

El dragón lanzó una de sus alas sobre el pecho y el vientre hinchado de la parturienta.

—Ya viene —confirmó una de las Diosa menores, que se encontraba sentada entre las piernas de Nanu—. Ahora sí.

Sulk supo que había llegado el momento, y se dispuso a saltar.

La mano de Nanu se colocó sobre su lomo, como si pudiera sentir los músculos rígidos por la tensión antes del salto.

—Sulk… —gimió levemente—. Eres mío, Dragón. Mi padre siempre me dijo que tenía la sangre para cazar a uno, ponerle las riendas y llevármelo al cielo. Mi padre era loco, pero sabía tantas cosas, Dragón. Tantas…

Nanu gritó. La primera cabeza de un Hijo de la Iroke comenzó a emerger entre sus muslos.

Algunos venían doblados, como las hojas muertas del otoño en Río Arriba. Otros, con los ojos muy abiertos, como bestezuelas. Eran mayores que los cachorros de hombre. Y mucho más grandes. Algunos, ni siquiera eran humanos, pero aun así las mujeres los recibían con un canto, y Nanu

sonreía orgullosa a cada criatura que comenzaba a salir a la luz.

Por un momento, pensé que acabaría. Estaba equivocado. De inmediato, otra oleada de Hijos de la Iroke se abrió paso entre la carne de Nanu. Ella volvió a gemir. Yo miré entre sus piernas. No debí hacerlo. Los ojos de aquellas criaturas, envueltas en una membrana, me encontraron. Entonces, supe como nunca que, incluso aquellos que parecían ser los más humanos, no eran otra cosa que imitaciones de un cachorro. Algunos llevaban pedazos de metal incrustados a la carne, como armas viejas. Otros, ni siquiera estaban completos.

Perdóname, Melkar. No he sabido envejecer sabio. No te dije nunca de todas las cosas que podías encontrar en el camino. No quise advertirte. No quise admitir cuánta ignorancia tengo, a pesar de estos MilOjos Escamas.

Perdóname, Melkar, porque he estado ciego durante demasiado tiempo.

Perdóname el no ver, y el no decirte: «Abre los ojos.»

El mundo que ha traído a estas criaturas a la vida es terrible, es la Tierra Rota que te he intentado enseñar a amar. Pero, Melkar, nada de todo esto merece amor, ni piedad.

Esto es el horror, Melkar.

Ah, cachorro, cuántas cosas daría por poder enseñarte la verdad.

Ah, cachorro, este es tu mundo roto.

Ah, cachorro, yo hubiera querido darte otro mundo.

Pero no existe, Melkar.

Los Hijos de acumularon a los pies de Nanu. Eran muchos. Sulk no quiso contarlos. Se sentía oprimido por las miradas de los niños. Sacudió sus escamas. El miedo le había dado un mordisco terrible.

Instintivamente, se alejó de Nanu.

—Dragón, a mí… —murmuró ella. Unas ojeras redondas habían suplantado a sus ojos verdes. Sudaba miedo, soledad, decepción. Ni siquiera movió una mano—. Dragón, a mí.

Nanu esperaba una sumisión rotunda. Se encontraba en el momento cumbre de su vida como Diosa: los niños a sus pies, las mujeres que la miraban con los ojos redondos y envidiosos, su dolor desapareciendo como la mordida silenciosa de una bestia. Al ver que Sulk no obedecía, gruñó una amenaza y repitió otra vez la orden:

—A mí…

El dragón retrocedió: aquel era el momento, y no otro. Si lo dejaba pasar, nunca más podría escapar del Nido. Incluso, no sabía verdaderamente cómo huir de aquel sitio, o si su fuerza era suficiente para

destrozar con el vuelo los vidrios nevados que coronaban las cúpulas del Nido. Al fin y al cabo, ya estaba viejo. Sus fuerzas no eran las mismas. Aquel viaje a la Ciudad Numeraria le había demostrado eso, y otras tantas cosas… Pero, en aquel instante, necesitaba no dudar. Si no, se quedaría amarrado a los pies de Nanu, o a los de cualquier otra Diosa que pasara a ser la del Año. Un esclavo. Una baratija de otro tiempo, de cuando los hombres cabalgaban a los dragones. Algo que debió morir, pero no lo hizo.

Sí, necesitaba confiar en que sus fuerzas eran aun suficientes —si ya no jóvenes— para poder escapar del Nido.

Aquel era el momento. Las mujeres temblaban a su alrededor, más preocupadas por los Hijos de la Iroke que por la misma parturienta. Todas las miradas estaban fijas en el suelo. Nadie miraba hacia arriba. Sulk tenía, al menos, los momentos imprescindibles para intentar escapar.

Si no podía, ya tendría suficiente tiempo para lamentarlo.

Una eternidad.

Acaso un poco menos, pero en todo caso serían años, décadas para pensar y recordarlo todo.

Miró a los ojos de Nanu, todavía cansados por las horas de parto.

Una punzada de dolor le entumeció las escamas.

Quizás, si de verdad pudiera quedarme contigo, Nanu, podría hacerte volver a la realidad. Si no, te acompañaría. Escucharía las historias de tu padre, de tu abuelo, de tu bisabuelo, jinete de dragones. Te enseñaría el calor de mis escamas y mi nombre. Trataría de aprender a amarte, aun si al cabo de todos mis esfuerzos, despreciaras la realidad. Todo el tiempo que me fuera posible, Nanu. Pero no puedo. No soy tuyo. Alguien más me espera… y yo le prometí… Tal vez él no me necesita de la misma forma que tú. Sus heridas son otras: sólo rasguños de un cachorro. Sanará, olvidará todo el horror que ha visto en este viaje. Puede ser que ni siquiera me necesite ya, pero yo prometí estar a su lado para siempre, hasta que se me mueran las alas.

No podía pedirle a Nanu, ni siquiera con los ojos, que entendiera.

Dejó de mirarla.

—Dragón… —dijo ella, con una voz que ya no era orden.

Sulk desplegó las alas como un manto sobre la noche del Nido.

—No —gimió Nanu y extendió las manos como una niña perdida—. Dragón, dragón, dragón.

Era una súplica. Nanu abrió la boca, como una máscara destrozada. Sulk no se detuvo. Evitó mirarla, y extendió aún más las alas, con un silabeo de serpiente.

Se arrojó contra el cielo de cristal del Nido.

Nanu gritó. Fue la primera.

El lomo del dragón golpeó la superficie de cristal, pero no la quebró.

Cayó de nuevo a tierra.

—¡Dragón! —gritó Nanu, e intentó ponerse de pie para ayudarlo. Sin embargo, sus piernas estaban débiles. Llevaba meses sin moverse por la panza enorme. Los dolores del parto la habían dejado casi inválida.

Sulk se alzó nuevamente, con un gruñido, y volvió a arrojarse contra el cielo del Nido.

Una. Dos veces.

Tres.

El cristal no se quebró.

Los Ojos Escamas de su lomo estaban completamente ciegos, quebrados. Una estela mínima de sangre caía al suelo.

Un hilillo rojo descendió hasta las rodillas de Nanu.

—¡Se mata! —gritó ella—. ¡Mi dragón se mata! ¡Párenlo ya!

Después, se cubrió los oídos.

Sulk aulló.

Sus fuerzas se acababan.

No podía ver demasiado.

Ciego, estoy ciego, pensó, y el pánico le mordió las alas.

Sin embargo, no se detuvo, sino que golpeó con más fuerza el techo del Nido. Las Diosas gritaron al unísono. Una de ellas, quizás la misma Nanu, pidió ayuda. Sulk volvió a arrojarse. Ya no sabía si era contra el vidrio que recubría el cielo, o si lo hacía contra las paredes. Lo importante era no detenerse.

Un chasquido como de madera podrida le anunció que varios de sus ojos se habían desprendido.

Nanu volvió a gritar:

—¡Mi dragón! —y luego—: ¡Para ya, Sulk!

Él, por supuesto, no escuchó nada.

—Idiota… —le dijo Mey.

Estaban de vuelta a las calles. Era de noche. Melkar apenas podía ver las figuras de Roto y Carricoche a su costado. Mey era un poco más nítido: llevaba una luz artificial entre las manos.

—Dentro de dos ruedas, vendrá alguien y te recogerá. No te doy dos vueltas, ¿eh?

Mey señaló hacia adelante:

—¿No querías buscar a tu dragón? A lo mejor, te encuentra antes un *Recaud.*

—¿Qué es un *Recaud*? —preguntó Melkar.

—El que se encarga de coger a los Hijos de la Iroke y llevarlos de vuelta a la guerra. Le da lo mismo fugados, que niños sin nombre de las calles, que extranjeros sin dragones… Los ejércitos necesitan de más carne.

—¿Y tú? ¿No tienes miedo de ser atrapado?

—A nosotros no nos quieren más en la Iroke, ¿sabes, niño? Somos… desechos de la guerra. Inservibles, nos dicen. Ni Carricoche ni Roto podrán cargar un arma de nuevo, y yo he tragado mucha mina. Inservibles, ¿sabes? Es una palabra que te hace… ¿libre? La gente, casi siempre, huye cuando estamos cerca. Tenemos fama de sucios, ladrones, mendigos. Nadie quiere cerca a un inservible. Por eso nos quedamos aquí, en esta parte del laberinto, donde nadie nos ve. Y somos… ¿libres? —La palabra, en su boca, sonaba sucia—. Nadie nos va a atrapar. Cuídate, tú. Eres —lo miró de pies a cabeza— deseable para la Iroke. Necesitarías algunas modificaciones, claro. Nada es perfecto. Pero servirías bien.

Melkar intentó no preguntar nada más. Sin embargo, lo hizo:

—Dime, Mey, ¿qué es la Iroke? ¿Quién es la Iroke?

—Mi Padre y mi Madre… —dijo lentamente, casi solemne—. La Iroke me construyó. Y a cada uno de nosotros.

—Pero, ¿qué es?

—Todo… la Iroke es todo.

—No entiendo. ¿Cómo puede ser todo?

—Porque lo es, niño. —La frente de Mey se frunció en una mueca. Le hizo parecer, más que nunca, una máscara—. ¿Cómo quieres que te explique eso? No hay nada que explicar. Es así, y punto.

—¿La Iroke creó la guerra?

Mey se demoró en contestarle:

—Supongo —respondió al cabo de un rato—. Y a los ejércitos también, porque es Madre y Padre de todo.

—¿Cuándo se deja de ser soldado, Mey? —Melkar sabía poco de todo eso. Imaginaba extensos ejércitos de niños, que marchaban al ritmo de alguna melodía, como en aquellas historias que le contaba Sulk sobre flautistas, combates, niños eternos que eran arrastrados por la música. Pero, algo dentro de él le decía que aquellas ideas eran idiotas. La guerra era una cosa mucho más sucia que un cuento de hadas.

—Nunca —Mey rio—. Empiezas cuando eres capaz de cargar un máser. Terminas cuando no puedes.

—Mey, ¿nunca has visto a la Iroke?

Melkar no recibió respuesta, solo silencio.

Mey le mostró una sonrisa rota:

—¿Para qué? Yo soy solo un Hijo más.

Después le dio la espalda, y le hizo una seña a Carricoche.

—Nos vamos —murmuró—. Suerte, niño. Que no te coja un *Recaud*.

—¡Mey! —gritó el muchacho—. ¡Una última pregunta…!

—¿Qué? —Carricoche y Roto, a sus costados, tampoco se dieron la vuelta.

—No te entiendo. Dices que la Iroke es tu Padre y, de alguna manera, extrañas estar allá. Entonces, ¿por qué temes que me cojan?

—No me gusta que nadie coma mina —contestó Mey, y luego agregó —: Duele, niño.

—¡Mey! ¿Qué es de verdad la Iroke? ¿Existe de veras?

—Tiene que existir. ¡Claro que existe! —Sin embargo, su voz no se escuchaba tan segura—. Un extranjero como tú no puede saberlo, ¡pero yo lo sé!

—Ojalá algún día lo descubras, Mey… qué es la Iroke, por quién luchaste, por qué luchaste. Ojalá.

—Los extranjeros nunca saben nada.

—Puede ser.

Los tres Hijos comenzaron a caminar de vuelta al laberinto.

—¿Cómo eras antes, Mey?

Las sombras se detuvieron.

—¿Antes de comer mina?

—Sí.

—Un niño más, en un ejército de niños. Daba algunas órdenes, las menos importantes. Mi general no tendría más de doce años. Me decía que yo llegaría lejos: «La Iroke te ama, tú.» ¿Qué más quieres saber? Luego, tragué mina.

El silencio aplastó a Melkar.

—Que encuentres a tu dragón.

—Y tú a la Iroke.

Mey se rio:

—Tal vez, tal vez. ¡Qué guasa!, ¿ah? Poder ver a la Iroke…

Melkar se quedó solo. Frente a él, la ciudad desnuda. Mey, Carricoche y Roto habían desaparecido en el laberinto, de vuelta al Foco.

Tengo dos ruedas, pensó Melkar y, aunque no sabía cuánto tiempo real era, no le pareció mucho. *Si no, me atraparán…*

Dos ruedas.

Casi nada.

Mey se detuvo. Ya no podía ver a aquel muchacho extraño de otras tierras, jinete y amo de dragones, pero sentía los latidos de su miedo y ansiedad. Por un momento, deseó poder acompañarlo a aquel Nido donde vivían las Diosas, y quién sabe si también la Iroke.

—Que tengas suerte, niño… —susurró.

No se atrevió a decir más.

Antes de volver al Foco, volvió a pensar a Melkar.

—Ojalá y el Nido no te coma…

Luego se miró las manos.

—Sal rápido de esta ciudad —dijo en voz baja.

—¡Mi dragón! ¡Se mata! —gritó Nanu, pero Sulk continuó golpeando el cielo de vidrio.

Su sangre salpicaba el rostro de las mujeres, que gritaban con una misma voz. Por encima de todas, aullaba Nanu.

—¡Mi dragón!

Casi cegado por el dolor, Sulk miró una sola vez hacia abajo. Los ojos de Nanu eran dos manchas llorosas sobre su rostro. Leyó en ellos la súplica, pero no le importó. No podía quedarse a su lado. No podía salvarla.

Con un gemido que arrojaba todo el dolor de su cuerpo, Sulk se impulsó hacia arriba para el golpe definitivo. Sintió sus alas extenderse en una longitud imposible, sus Ojos Escamas se abrieron como grietas, sujetos los unos a los otros por hilos ínfimos de piel. Por un segundo, Sulk pensó que la carne cedería ante el golpe, que el dolor insoportable lo haría caer desde lo alto, como un pájaro ciego. Sin embargo, la piel resistió unida cuando golpeó, por última vez, el cielo de cristal del Nido.

Sonó una alarma, como el chillido de un animal agonizante.

El cielo cedió en un agujero cubierto de esquirlas de hielo, agujas punzantes que se enredaron a las escamas de Sulk.

—Mi dragón… —suspiró Nanu, aunque ya no era un grito, sino un gemido lastimero ante la pérdida—. Mi dragón.

Ella alzó los ojos, para verlo por última vez, abriéndose paso entre las agujas de cristal del Nido. Los goterones de sangre caían con una velocidad imposible, pero ya Sulk liberaba la última ala de aquella jaula, y se sacudía las esquirlas. Por un segundo, se apoyó sobre la cúpula destruida del Nido, y luego voló.

Nanu se quedó quieta, entre los cuerpos de los Hijos de la Iroke y las miradas del resto de las Diosas.

Su tiempo de reinar había terminado.

Planeó sobre la ciudad, con las alas extendidas. Apenas podía ver.

Sentía cerca los latidos de miedo de Melkar, pero no sabía dónde estaba.

Intentó mantenerse en el aire por, al menos, unos minutos más.

No pudo.

Melkar lo vio caer, como un inmenso pájaro sin alas, y echó a correr, ahogando un grito.

Sulk estaba sobre el polvo, en un pequeño charco de sangre.

Sus ojos parpadeaban, como buscando una salida imposible.

—Aquí estoy… —susurró Melkar, abrazándose al cuerpo del dragón —. Vamos, vamos…

—Cachorro…

Una tira de escamas se desprendió como una flor mustia.

—Hay tantas cosas que debí decirte… —Sulk abrió las alas.

—Luego, luego lo harás. Vamos… —Melkar intentó ayudarlo a levantarse, pero Sulk se dejó caer con un estruendo.

—Es inútil.

—Vamos, las puertas de la muralla no están tan lejos.

—Casi no veo nada…

—Yo te ayudaré a volar.

Melkar se subió al lomo del dragón. No se atrevía a amarrarse a él, porque la piel de Sulk estaba tan abierta que temía arrancársela. Se abrazó a su cuello fino y dijo:

—No te lastimaré.

Sulk abrió las alas y alzó vuelo.

Las murallas pasan por debajo de nosotros.

Los hombres parecen pequeñas figuras de barro que alzan los dedos y nos señalan.

Pequeñas figuras de barro, y nada más.

Te voy indicando el camino, tú suspiras y obedeces mis órdenes, pero sé que no te gusta. Te sientes inútil. Te sientes viejo. Crees que no eres más mi protector.

No sabes cuánto te equivocas, Sulk.

—Baja ya —te digo. Hace mucho que hemos perdido de vista las murallas.

Sé que aún hay peligro, pero ya no puedes volar más.

Lo sé.

Lo noto en tus escamas, en los gemidos que intentas ahogar, en tus silencios que ocultan el cansancio.

—Baja ya —te repito. Preguntas si estamos a salvo y, aunque no lo sé, te respondo que sí.

—¿Ya no se ve la ciudad?

—No.

Entonces desciendes, te tambaleas de un lado a otro.

Tus alas crujen cuando el desierto te recibe como un Nido. Te digo: «Duerme», y me obedeces callado.

—La dejé sola —susurras.

—¿A quién?

Pero no respondes.

V
Tiempo

—¿Cómo te ayudo, Sulk?

—¿Ayudarme? No puedes.

—Tiene que existir alguna manera.

—No la conozco.

Melkar se abraza al dragón. Intenta no tocarle las heridas.

—¿Puedes ver?

—No mucho —Sulk suspira—. Quizás sea mejor así. He escuchado que los dragones como yo, con tantos ojos, se quedan ciegos muy lentamente. Es triste ir perdiéndolo todo poco a poco.

—¿Aún me puedes ver?

—Veo tu sombra.

—Quizás sea culpa del sol. Ya sale.

—No lo sé.

—Deberíamos volver a casa.

—Melkar —el dragón suspira—, tú sabes tan bien como yo que tendrás que volver solo.

Ambos guardan silencio.

—Cachorro, me pongo viejo. Te dije una vez que ese día llegaría.

Melkar le pasa una mano por el lomo, una caricia ínfima que arranca de la garganta del dragón un ronroneo.

—Sulk, ¿existen muchos como tú?

—Algunos. Cada vez menos. Parece que los hombres ya no nos necesitan.

—Antes de que mi madre te invocara, ¿qué eras? ¿Qué hacías?

—Dormía en el vientre del Uzurra. No era dragón. Era una masa con recuerdos. Un bulto tembloroso. Luego, oí la voz de tu madre.

—¿No recuerdas nada más?

—No, Melkar. A veces, pienso que el mismo día en que tú naciste lo hice yo también. Sería justo. Mi vida comenzó cuando escuché a tu madre.

El silencio volvió a caer sobre las alas del dragón.

Sólo al cabo de un rato, Melkar se atrevió a preguntar:

—Cuando mueras, Sulk, ¿qué pasará contigo?

—¿Sabes, Melkar? —El dragón movió sus escamas con una cadencia de dudas—. No tengo la menor idea. Hay tantas cosas que no conozco. No sé de dónde vine, ni sé adónde voy. Quizás no haya más nada después de

este velo de las realidades. A lo mejor, sólo vacío, o sueño, o quien sabe qué. No puedo hablarte de lo que no entiendo.

—Ah, no quisiera que me dejaras solo.

—Te he enseñado todo lo que necesitas para vivir. Si eso no es suficiente, entonces perdóname, pero no tengo nada más. Al fin y al cabo, cachorro, solo soy un dragón. Ni siquiera el más sabio de toda mi especie. Te he contado lo mejor que puedo tu historia.

Melkar recordó, con un esfuerzo tremendo, cómo era la vida antes, cuando tenían a los montes Uzurra por hogar. Ambos, cachorro y dragón, tendidos sobre la hierba. Desde la altura miraban las aldeas de los hombres, y se sentían dioses. Sulk señalaba hacia abajo, y le enseñaba los nombres de las cosas: árbol, tierra, niño, padre, madre.

Melkar le había hablado de su suerte: el Primer Hijo de la Primavera, cuya madre había logrado invocar a un MilOjos Escamas. Su pueblo esperaba grandes cosas de él. Con su regreso, los ancianos de la aldea, probablemente, le dejarían llevar las riendas de la caza y la pesca, incluso más. Podría, con un poco de suerte, llegar a ser la Primera Cabeza Coronada de Río Arriba.

La gente de la aldea confiaba en los Hijos de los MilOjos. Era casi un milagro que un dragón así fuese invocado de las entrañas del Uzurra, que acudiese al llamado de una primeriza y aceptara comer de su carne. Sólo una o dos veces en un siglo se veía magia semejante. Sulk le contaba aquellas historias con un poco de orgullo, y un guiño pícaro en cada una de las escamas…

Sin embargo, la carcajada siempre terminaba cuando Sulk le decía, a media voz: «Tu pueblo espera cosas grandes de un Hijo de los MilOjos. Mira, cachorro, y aprende…» Su dragón le había enseñado las cosas útiles de la vida, qué planta puede salvarte y cuál matarte. A diferenciar entre el *acurjá* de verano, que cura las llagas del sol, y la *piedraroja*, que mata las lombrices del vientre de las embarazadas. A hacer nudos de pesca para atrapar a los dorados en el vientre profundo del río, y nudos de caza que abrazarían la garganta de los *urri* de ocho patas. A dorar la carne de las bestias muertas en el fuego, que todo purifica, y tantas, tantas cosas imposibles de contar…

A veces, Melkar se preguntaba cómo un dragón, incluso un MilOjos Escamas, podía saber todo aquello del mundo de los hombres, pero nunca se atrevió a indagar más adentro. Cuando le preguntaba a Sulk, este encogía las alas sin respuesta. Sólo en ocasiones le decía: «No sé cómo conozco todo esto, Melkar. Aunque sí sé que te servirá para vivir.» Aquello era suficiente.

Sin embargo, Melkar sabía que el verdadero aprendizaje había comenzado sólo cuando dejaron atrás los montes Uzurra, y se habían

internado en la tierra de los hombres. Todo lo que había visto y sentido se quedaría con él hasta el fin del tiempo. Aquel viaje había sido la lección última de Sulk.

—Nunca te dije que sería simple… —le susurró el dragón con una sonrisa sobre los ojos. Melkar no se sorprendió: sabía que Sulk era capaz de leer en él con total claridad.

—Pero no pensé que fuera tan terrible.

—Ah. Has visto cosas que la mitad de los hombres de esta tierra ignoran. Eso te hace afortunado.

—Te han herido.

—Uno tiene a veces que dejarse herir.

—No seas tonto, Sulk. —Melkar soltó las palabras antes de poder pensarlas. Los Ojos Escamas de Sulk se encogieron de tristeza.

—Ah, Melkar, lo siento, pero este viaje era necesario.

El cachorro calló.

—¿Recuerdas cómo te pedía antes? —preguntó el niño, con una sonrisa, al cabo de unos minutos—. Te decía: «¡Canta conmigo, Sulk! ¡Canta conmigo la canción de *El Niño de Oro y la trucha mentirosa*! ¡La canción de *El Maravilloso Ourdaiyyn y su lucha contra las bestias*! ¡Cántame sobre las manos de la Princesa Blanca en el lago de Ssusuravaini! ¡Sobre mi madre, sobre mi casta, sobre la primavera del día de mi nacimiento! ¡Cántame una canción de un viaje largo!» Qué curioso, Sulk, ya me conozco la canción de este viaje.

—Todavía queda mucho por ver… Te sorprendería saber cuánto.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Melkar, pero Sulk no le respondió, sino que dobló la cabeza y la colocó bajo las alas. Era su forma de decir que deseaba volver a sumirse en el sueño.

—Cada vez duermas más… —Melkar intentó que sus palabras no parecieran un reclamo. Sin embargo, el dragón gimió como un viejo y le dijo:

—Ahora eres tú quien tiene que velar por mí. Cántame, cachorro. La canción de *El Maravilloso Ourdaiyyn*, o cuéntame sobre las manos de la Princesa Blanca. Cualquier cosa, pero no te quedes callado.

Melkar no tenía una voz hermosa. Todos los días, se despertaba descubriendo que su garganta había cambiado: ya no alcanzaba los mismos tonos de la niñez. Tampoco tenía muchos deseos de cantar, pero por Sulk lo hizo. Al principio suavemente, como si temiera lastimar a las rocas del desierto; luego, con más confianza:

Princesa Blanca:
las manos de un pájaro azul
te tiñeron los ojos.

Ven y dime tu canción de tierra,
de río y fuente.
Lávate las manos, Princesa Blanca
en el tiempo que no vimos.

El niño se detuvo, pero el dragón alzó la cabeza:
—Sigue —le pidió.

Sobre barcaza de juncos,
la Princesa unió los dedos
para cazar estrellas olvidadas de la Noche.
Eran sus manos la tela
donde el tiempo se escondía.
Sobre barcaza de junco
vino a cambiar mi vida.

—No recuerdo el resto de la letra… —dijo Melkar.
—No importa —contestó el dragón—. Ya es hora de movernos.

Alzó las alas en un gesto orgulloso. Melkar vio las costras de sangre pegadas a los ojos ciegos. Aún algunas escamas podían ver, pero eran pocas. Miraban a un lado y otro del lomo del dragón, como si estuvieran perdidas y no supieran bien dónde se encontraba el camino. La carne estaba abierta en pequeños surcos escarlatas.

—Vamos, cachorro. El viaje no ha terminado.

Melkar abrazó su cuello.

—Volvamos al Uzurra, por favor —le suplicó.

—Una vez, hace no tanto tiempo, le hice promesas a tu madre. Tu pueblo espera cosas, todas grandes, de ti.

Las palabras de Sulk no eran una excusa. Melkar sabía, desde que era apenas un niño, que era uno de los Hijos de la Primavera, un cachorro seleccionado por el azar y la buena sangre para ser único. El futuro hombre que adoraría a los dioses Lanza y Red de Río Arriba. Su destino era llevar el pescado a las bocas de las madres y los ancianos de la aldea, Protector del Cuerno de Caza, Curandero de Enfermedades y Fiebres de la Mala Tierra, quizás, incluso, el Señor de Río Arriba. Todo aquello porque había tenido la suerte de poseer un MilOjos Escama, dragón de dragones, criatura de la neblina y el cielo, que guardaba en su vientre los conocimientos salvados de los antiguos hombres.

Melkar sabía también que, por encima de todas sus responsabilidades, estaba la de lograr que no naciera en su pueblo otro *niño—mebba*, criaturas hambrientas sin inteligencia, cuyo destino era ser abandonados en el desierto, donde sufrirían la muerte o serían acogidos por las manadas de

Bestias. Eran las mismas manadas que atacaban las empalizadas de Río Arriba, para conseguir comida y agua, arrasando con toda vida humana a su paso. Existía una leyenda —Sulk se la había contado— que decía: «Hijo de madre de la Primavera, el primero de su año, alimentado por un MilOjos, detendrá el empuje de los monstruos de la tierra y de las aguas.»

La gente esperaba eso de él: un héroe, un sabio, un padre.

Que alzara las dos manos y detuviera el curso del tiempo.

Capaz de arrasar con las Bestias con la única ayuda de su mente.

El pueblo miraba hacia las cimas del Uzurra, con los ojos fijos en la niebla y el cielo, y contaban los círculos que faltaban para su regreso.

Sulk le había dicho todo eso, y más.

Su madre había tenido otros hijos, sanos, fuertes y normales. Ningún *niño-mebba*. Era una de las pocas mujeres afortunadas de la aldea. Casi todas habían tenido que renunciar a uno de sus retoños. Pero, aunque su madre había tenido suerte —su vientre había sido bendecido por la mano del Dios Espiral de los Mil Rostros—, en ninguno de sus otros partos logró invocar a un dragón. El Uzurra había rechazado su llamado, una y otra vez. Él era la esperanza, el orgullo de todos. Desde su nacimiento, ninguna otra criatura de Río Arriba había tenido a un protector. No un Mil Ojos, aquello ya parecía imposible, pero ni siquiera un Pupila Pequeña o un Trine. Los dragones parecían dormir un sueño eterno entre las nieblas del Uzurra, como si la vida y el destino de los hombres hubieran dejado de interesarle hace mucho.

Otros pueblos vivían peor, amenazados constantemente por los rugidos de las Bestias que se aproximaban a las empalizadas. En Río Abajo no nacía, en más de ocho años, más que dos o tres criaturas normales. El resto de los niños eran *mebba*, condenados antes de nacer a la muerte o la vida del desierto. Las mujeres de aquella aldea, al principio, culparon al mal de ojo o la exposición prolongada bajo las dos Lunas Rojas de Invierno. Pero, con el paso de los años, no se pudo culpar más. Los normales que nacían eran criados con extremo cuidado, alimentados con la comida más sana y el agua más pura del río. Sus padres los cuidaban hasta de las miradas de los vecinos, por aquello que decían: «La mirada agria rompe el fruto por la envidia.»

Río Arriba no había llegado a una situación semejante. Su decadencia era más lenta.

Confiaban en él, en Melkar, que traería el conocimiento bajo el brazo y podría educar a los tantos niños que esperaban pacientes por su regreso, con la esperanza de no convertirse en bestias. Aquellos niños que no habían sido tan afortunados de tener un protector.

Nadie sabía por qué los dragones guardaban gran parte de los secretos y el conocimiento de los Antiguos Muertos, y por qué no lo habían hecho,

en su lugar, los descendientes naturales de los hombres. Pero, si los dragones sabían, lo ocultaban muy bien. Melkar le había preguntado a Sulk más de una vez, pero el protector siempre le contestaba con una sonrisa en cada escama y otra pregunta. «¿Cómo puedo yo saber?»

Lo cierto era que los dragones sabían, mientras que los humanos habían olvidado muchas cosas. No todas. Algunos conocimientos primordiales sobre el arte de la pesca y la caza, así como de la escritura en círculos de polvo, habían sido rescatados de la desmemoria y eran transmitidos a media voz por los padres, con miedo de que el viento se llevara sus ideas.

Era posible que, incluso, los dragones hubieran olvidado por qué eran custodios de toda la sabiduría humana.

Melkar pensaba a veces en los Antiguos Muertos y cómo era la vida antes de los años del Tráfico Verde. Sulk le había contado de ciudades de piedra y metal, con pájaros enormes que cargaban a hombres, de inmensos mercados y puertos *solipdistas*. Cuando Melkar preguntaba: «¿*Solipdista*? ¿Qué significa?», el dragón siempre le respondía: «Es una de esas palabras que ha perdido el sentido en los caminos del Tiempo», pero no añadía más. Todo aquello, lo bello y lo terrible de las ciudades de los Antiguos Muertos, se había perdido también. La gente de Río Arriba no las recordaban. Sin embargo, aún seguían existiendo en algunos lugares de la Tierra.

Las Ciudades Numerarias.

La Iroke.

El Urank.

Palabras que habían sido abandonadas a la deriva, con sus miles de historias y de vidas, y que ahora Melkar había podido rescatar para su gente. En algún futuro, quizás no muy lejano, les hablaría de ellas.

—Sulk —le había preguntado numerosas veces—, si los dragones ya no quieren ser invocados, ¿qué pasará con nosotros?

—Encontrarán otro camino.

Eran respuestas oscuras. Melkar no las comprendía. Con el paso de los años, supo —como otras tantas cosas— que tal vez ni siquiera Sulk tenía una respuesta para su pregunta.

—¿Vamos ya? —le preguntó el dragón, sacándolo de sus cavilaciones —. Queda aún tierra por ver.

—Lo sé —afirmó Melkar y montó en su lomo.

Las escamas ciegas de Sulk pestañearon atónitas. Intentaban encontrar figura de Melkar, retenerla, pero solo percibían sombras. El dragón pisoteó la arena con furia.

—Indícame el camino… —le pidió, tras unos instantes de silencio.

Melkar le acarició el lomo.

Aquella criatura portentosa era su amigo. Quizás, también, el último de los dragones que se había acercado a los hombres para susurrarle los secretos de un tiempo pasado. Aun ciego, seguía siendo hermoso. Sus escamas ya no relampagueaban con miradas inteligentes, sino perdidas, pero a pesar de todo eran bellas.

Melkar se sintió, como nunca antes, cerca de ser un hombre.

Ya no más un cachorro, sino Padre, Sabio y también Protector.

—Algún día, Sulk, sabré que significado tenía para los Antiguos la palabra *solipdista.*

El dragón alzó vuelo.

—No dejaré que el tiempo se la coma —dijo.

VI
Castarok

Melkar conocía la palabra mar, pero nunca lo había visto.

Muchas de las historias de Sulk contaban de vastas extensiones de agua, y hombres que la cruzaban encima de grandes troncos de madera. Sin embargo, cuando Melkar escuchaba aquellos cuentos, siempre sonreía desilusionado: le parecían demasiado fantasiosos, creados por el dragón para dormirle. Cosas así, se juraba, no podían existir. ¿Grandes franjas de agua sin tierra? Imposible. ¿Hombres que navegaban sobre los árboles para alcanzar sitios desconocidos? Imposible también.

Por eso, cuando vio por primera vez el mar desde el aire, no pudo creerlo.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando hacia adelante.

—El mar, no te asustes —contestó el dragón, moviendo las escamas sanas para intentar fijar el objetivo.

Entonces llegaron las náuseas, el vértigo, una sensación de vacío y enormidad que aplastaba las entrañas de Melkar. Tembló y, por un segundo, tuvo miedo de perder el equilibrio y caer hacia abajo, lejos del rescate de Sulk.

—¿El mar? —inquirió, atónito—. ¿Pero existe?

—Sí.

Quería preguntar más, saberlo todo de aquel pedazo oscuro que había sustituido a la tierra, como si se la hubiera tragado de un solo bocado. Por primera vez se sentía tan cerca de las historias y los cantos de su infancia.

—Nunca me creíste realmente, ¿verdad, Melkar? —dijo el dragón, y en su voz había escondida un poco de burla.

Cada vez se aproximaban más al mar. La idea de volar bajo aquella masa negra no le agradaba demasiado.

—Mira bien, Melkar. Pronto vas a ver un pedazo de la tierra que los hombres de tu tiempo han olvidado. Antes, Castarok era un sitio habitado, lleno de vida. Aquel que vivía en su torre cargaba con la luz de la tierra firme, para avisarles a aquellos que estaban en el mar de la cercanía de las rocas. Pero, además, era el hogar de los Pastores.

—¿Sí? —inquirió Melkar, que no escuchaba con demasiada atención las palabras del protector, sino que estaba ensimismado en la contemplación del agua maravillosa.

—Les decían los Pastores de las Estrellas. En realidad lo eran, pero no

de las estrellas, sino de los dragones.

Melkar se aferró aún más al cuello de Sulk.

—¿De dragones?

—Manadas y manadas. Los Pastores nos montaban, y nuestras hembras amamantaban con sangre a los Pequeños Dioses. No me preguntes bien qué significa todo eso, Melkar. Hay cosas que solo sé por repetirlas mil veces, y no porque posea la verdad de ellas. Incluso nosotros hemos perdido algunos recuerdos de cómo era el mundo… antes. Quizás fueron los Pastores los que nos hicieron sabios. Humanizados, quiero decir… —Sulk fingió una risa—. Lo he pensado tantas veces, ¿sabes? Tal vez fueron ellos los que guardaron en nuestra mente los secretos de tu especie. Pero, ¿quién sabe eso? Los Pastores de los Antiguos han muerto hace ya mucho. Los Dragones de los Antiguos también. Todo lo que ellos sabían, fue enterrado en estas playas, bajo las capas y las capas de los siglos. El olvido, Melkar, es algo poderoso.

—¿Cómo eran los dragones antiguos?

—Ah, bestias hermosas. Tres o cuatro veces más grandes que yo. Tal vez un poco menos inteligentes. —Sulk suspiró—. Pero eran bellos, supongo. Un MilOjos era, para ellos, casi un excluido por la ceguera. No me puedo imaginar cómo eran sus ojos, ni cuántos tenían. ¡Lástima! Las razas de los Dragones Antiguos se ha mermado. Muchas sangres se han perdido para siempre. Ya no existen en el Uzurra, ni en otros montes parecidos, ni los Airbent, ni los Iyyr, ni tampoco los Dreminar portentosos de alas azules. Se han muerto para siempre los Trewor de escamas plateadas y filosas como cuchillas, que tenían sólo dos pupilas enormes sobre el lomo. Se han muerto también los Sald, gigantes de dragones, cuyas garras eran tan grandes como todo mi cuerpo. Sí, Melkar. Incluso los Arva, nuestros reyes, de cuellos estrechos y cuernos coronados de pupilas, Decidores de la Verdad y Descendientes de la Primera Escama, se han ido. Y no volverán nunca.

Sulk calló por un instante.

—Ahora, siglos después, los hombres de tu aldea me ven a mí, un dragón de los Pequeños Olvidados que se recogían a los pies de Castarok, y sólo soñaban con tocar las piernas de los Pastores Antiguos, o mirar los ojos de los Arva cuando no nos creíamos observados, como el más hermoso. El mejor. El poder hecho dragón. ¡Qué mentira! Nunca conocieron a las escamas de antaño. Las han olvidado. Pero a mí, tan inferior a ellos, me recuerdan.

—¡Tú sobreviviste mientras ellos morían! —casi gritó Melkar, indignado por aquellas palabras que rebajaban a su dragón.

—Es cierto. Pequeños y fuertes. Así somos los MilOjos. Mientras los Arva morían de hambre, mi raza sobrevivió. Antes, Melkar, nunca me

hubiera atrevido a tocar siquiera una de las piedras de Castarok. Sería una impureza. Pero ahora, ¿qué importa? Nadie del pasado nos mira.

La voz de Sulk guardaba el dolor como un susurro ronco.

Continuaron volando por un largo rato. Melkar vio la cintura consumida del mar, el sitio donde la tierra y las aguas se fundían. Sentía miedo de que Sulk se acercara demasiado a aquella masa húmeda, pero el dragón se mantuvo a una distancia prudente.

Melkar se aburría envuelto en aquel silencio:

—¿De qué murieron los Arva? —preguntó.

—No lo sé. Un día decidieron morir todos juntos, y dejarnos la tierra a nosotros, los dragones menores. Es posible que se aburrieran de ser los reyes por tanto tiempo. Quizás, presintieron el fin del mundo como lo conocían y se sentían tan viejos que no quisieron verlo, o adaptarse a lo nuevo. ¡Qué sé yo, Melkar! —dijo, casi con violencia. Sus ojos sanos relampagueaban—. ¡Dime cuando veas a Castarok!

—¿Cómo es Castarok? ¿Cómo lo reconoceré?

—Lo harás, simplemente.

Sulk no había terminado de pronunciar aquellas palabras, cuando Melkar lo vio.

No necesitó ninguna indicación para saber que aquel era el sitio que buscaban.

Ese, y ningún otro.

Con los ojos húmedos, por alguna extraña razón que no comprendía, el cachorro dijo a media voz:

—Ya llegamos.

—Mira bien, Melkar —susurró el dragón solemnemente—. Recuerda este lugar para siempre. Lo que estás viendo, fue construido con la sangre misma de la Otra Gente, los Antiguos. Lo que estás viendo es Castarok, nido de dragones y de Pastores. Los tiempos viejos nos saludan, Melkar.

Luego, no dijo más.

Tampoco era necesario.

Eran apenas tres torres de piedra. La del centro estaba completamente destruida. Sólo quedaban los cimientos, como el esqueleto de una bestia portentosa. En todo aquel sitio, se respiraba vejez. Un manojo de *flores de mirashau*, aún en el capullo, cubrían los pies de las torres.

—Alebbe, a tu izquierda, era el hogar de los Pastores —le explicó Sulk—. Maewa, a la derecha, sitio de dragones.

—¿Y la del centro? —inquirió el niño.

—Taera. Ahí estaba el faro. Una luz azul que estremecía la noche, y mordía la oscuridad de las aguas. Ahora ya se ha ido para siempre.

Melkar alzó los ojos. Tenía unas ganas inexplicables de llorar.

—Eran otros tiempos… —dijo, como un sonámbulo.

—Sí, otros tiempos.

Aquellas torres eran, incluso, más altas que el vuelo de los pájaros de Río Arriba. De solo mirarlas, Melkar sintió vértigo. Eran tres cadáveres viejos, pero aun así respiraban, aferrándose a la vida. Muchas de las piedras que se encontraban a los pies de la torre comenzaban a resquebrajarse. Sin embargo, resistían.

—Castarok era el Nido de los Arva —comenzó diciendo Sulk—. El primero de todos. Después, se crearon otros, en tierras lejanas, que acogían a los Reyes en la primavera. ¿Te imaginas, Melkar? No, no puedes. Ni siquiera yo me atrevo a soñar con manadas de Arva, de alas resplandecientes, maravillosos en su belleza.

—Me siento como una hormiga… —pronunció débilmente Melkar, mientras intentaba alcanzar con la vista la cúpula de las torres.

—Fueron creadas para manadas enteras de los Reyes. Tenían que ser así.

—Lamento que no puedas verlas, Sulk.

—Ya las he visto, cachorro —contestó con tristeza.

Recorrieron en un silencio pesado los campos casi yermos que rodeaban las torres. Crecían unas pocas yerbas, y algunos capullos de *mirashau* que todavía no salían a la luz, pero nada más. La tierra estaba caliente y seca. Poco podía nacer de ella. Sulk caminaba delante, como si pudiera ver, y él fuera el guía. Melkar iba detrás, pasando las manos por las piedras de la torre Maewa, Nido de dragones. Le parecía la más hermosa de las tres.

—Dicen que los Pastores se fueron primero… —habló Sulk, como si lo hiciera a solas consigo mismo.

—¿Qué? —inquirió Melkar, que no había entendido nada.

—Los Pastores… —repitió el dragón con paciencia—. Fueron a buscar otras tierras. Dejaron el faro prendido. La luz se gastó, pasados unos años. Castarok se quedó ciego. Después, los Arva comenzaron a morir lentamente, con los ojos fijos en algún punto en las aguas. Entonces, los dragones comenzaron a dejar Maewa: al principio en pequeños grupos; luego, huían a la desbandada. Dicen que, incluso, los que antes habían sido Pastores, comenzaron a cazarlos. Pero eso no lo sé. Son leyendas. El tiempo suele cambiar todas las historias. A lo mejor, los Pastores solo se fueron.

—Es triste.

—Estábamos cansados. Todos. Los Pastores… y también los dragones. Sin los Arva, nada tenía demasiado sentido.

Sulk se rio, como si recordara una historia que solo él conocía.

—¡Qué tonto! Si los Arva no hubieran muerto, los MilOjos Escamas quedaríamos perdidos en el olvido. Éramos dragones tan… simples. Ni siquiera éramos hermosos.

Melkar iba a protestar, pero calló cuando apareció la Puerta.

—Ah… —Sulk alzó cada una de sus escamas sanas—. Hemos llegado.

Entramos a Maewa.

Podía respirar al Tiempo.

Sulk me habló de los Pastores, vestidos con capas plateadas y con el rostro tatuado por símbolos de las estrellas. Los dragones también se hacían marcas, pero con los dientes y las garras. Rayas de valor y de combate, que les permitían lucir las escamas perdidas por heridas incurables, moviendo los ojos entre los dragones menores, que envidiaban en silencio la belleza de los Arva, de los Iyyr y los Dreminar. Me contó que los MilOjos eran rechazados, no con violencia, pero sí con desprecio. Era su destino volar, rozando las piedras de las torres, sin atreverse a tocarlas. Cuando aparecían los Arva, bajaban la cabeza, con la vergüenza de aquellos que se saben despreciados.

Eran otros tiempos.

Otras vidas.

Yo casi no escuchaba a Sulk. Algunas de sus palabras me dolían. Era como si mi dragón, de MilOjos Escamas, no fuera más que un despojo de la verdadera belleza de los Arva.

Solo miraba hacia las paredes de piedra desnuda.

En algunas, habían huellas de arañazos, marcas de los Antiguos.

Algunas, eran incluso más grandes que yo.

Imaginé a los inmensos Arva, disputándose el trono de Maewa, en aquella misma sala circular.

Luego, encontramos otra puerta, menor que la primera, pero aun así inmensa. Sulk cabía por ella perfectamente. Entramos. Yo iba primero.

Por eso, lo vi antes.

Nunca había visto tantas flores de mirashau juntas en un mismo sitio. Crecían los árboles, inclinados sobre la tierra, pero tenían las raíces podridas. Todo estaba lleno de piedras y de yerbas. No era un sitio hermoso. Parecía haber escapado del tiempo de los Arva, un lugar escondido entre las paredes de aquella torre para escapar de la destrucción.

Sin embargo, había una remota belleza en aquellas flores de mirashau, en las hierbas y las raíces podridas.

Sulk temblaba a mi lado.

—¿Ves, cachorro? —para él, todo aquello era maravilloso. Yo no podía comprenderle—. Aún están vivos los jardines de los Reyes.

No supe qué decirle.

—Los Arva venían a morir a aquí. Una muerte digna. Los Pastores le cerraban los ojos. Era la tradición. Los Pastores, al ser coronados, invocaban a los Arva con su carne y su sangre.

—¿Cómo mi madre?

—Algo así. Si un Arva moría primero, su Pastor tenía la obligación de enterrarlo. Pero, si el Rey de Hombres cruzaba primero el camino sin fin, entonces los Arva cargaban el cuerpo y, con sus propias garras, habrían un agujero bajo un árbol. Decían: «Que las ramas coronen al Rey.»

—¿Vivían juntos?

—No siempre. Los Pastores tenían importantes asuntos de hombres en sus tierras. Los dragones nunca iban allá. Ni siquiera los Arva. Tal vez, si lo hubieran hecho, muchas cosas se habrían evitado. Pero luego, los hombres volvían a Castarok, y parecían olvidar todo: lo malo y lo bueno. Se convertían nuevamente en los Pastores, y montaban a lomos de los Arva y cruzaban el cielo. Como dioses. Ah, ¡pero todo acaba!

Sulk continuó hablando, mientras ambos caminábamos entre los árboles.

La sala era circular y hueca. Sobre nuestras cabezas, corría el sol. Pronto saldrían las estrellas.

Pensaba en miles de cosas, todas ellas inútiles, cuando lo vi.

Al principio, pensé que era una roca.

Inmensa y poderosa, recostada contra uno de los árboles de raíces enfermas.

Pronto supe que no.

Aquello se movía, muy lentamente, como si tuviera años para hacerlo. Retrocedí. En Maewa el tiempo no contaba. Muchas cosas se habían escapado de él.

Sulk sintió mi retirada silenciosa, y preguntó:

—¿Qué sucede?

Le dije:

—Esa piedra se mueve.

Las escamas sanas de Sulk miraron hacia adelante.

Luego, se erizaron, con una expresión donde se mezclaba el horror y el asombro de lo inesperado.

Solo después de unos minutos, me respondió:

—Ah, eso no es una piedra.

No pregunté más, sino que continué retrocediendo hacia la puerta.

Entonces Sulk alzó las escamas como nunca antes se lo vi hacer y dijo:

—Es un Rey.

Ah, pensaba en los tiempos pasados.

A veces, recordar no es fácil. Los pensamientos te asaltan la cabeza como la mordida de una bestia. Mientras más miraba al montón tumbado contra el árbol, más me convencía de eso. Yo temblaba. Melkar no. Su mente de cachorro humano no logra comprender por qué mis escamas se encogen y se expanden cuando lo miro. Quizás se imagina que es otra de mis nuevas costumbres de viejo. Quise explicarme ante él: «Es un Rey», le dije, pero Melkar encogió los hombros en ese gesto que quiere decirme no ha entendido nada. Repito: «Es un Rey», y para que comprenda mejor agregó: «Un Arva.»

—Me dijiste que estaban todos muertos —protesta él y se cruza de brazos, aunque ya no retrocede.

—No te lo dije: sé que todos están muertos —me defiendo, alzo las escamas, quiero también comprender la verdad de aquello que se recuesta contra el árbol.

—Menos este

—A lo mejor ya está muerto —digo y de inmediato me arrepiento.

Un Arva, Rey de los Dragones, nunca debería morir.

Ni yo desearlo.

Su cuerpo se mueve. Es enorme: al menos dos veces mi tamaño. Melkar parece un pájaro a su lado de tan pequeño. Las hojas secas de los árboles y algunas piedras se le han enquistado en la espalda. Por un momento, imagino que es casi ciego como yo, pero pronto descubro que las escamas en su lomo no le sirven para ver. Sus ojos se encuentran todos alrededor de la frente y de los cuernos, como una corona de plata, y pestañean atónitos, y nos miran. Tiene las alas replegadas sobre la espalda, pero aun así puedo ver su color azul y los ribetes rojos de la garras.

Un Arva. Rey de los dragones.

Y nos mira.

Pronto pierde el interés en Melkar.

Me mira solo a mí.

Un temblor de asombro, miedo y respeto me atenaza las escamas. No sé si arrodillarme frente a él, ni qué palabras decir.

—¿Han venido ya a cazarme?

La voz del Arva es hermosa. No habla como nosotros, ni arrastra el peso de las sílabas unas tras otras, sino que parece cantar. Une las palabras en grupos de dos y de tres, y cada una las dice en un tono distinto.

—¿Han venido a cazarme? —repite y leo el cansancio en sus palabras —. Castarok tenía que caer, también, algún día

Melkar es el que responde:

—No venimos a cazar a nadie —su voz no tiene respeto ninguno ante el Rey. Le habla como a mí—. No nos gusta cazar nada más que peces y pájaros. No estamos en la aldea.

Luego, pregunta:

—¿Eres un dragón?

El Arva lo mira con escamas vigilantes.

—Tú no eres un retoño de los Pastores que vuelven… —dice, por toda respuesta—. Todos se fueron hace mucho. —Al cabo de un rato, repite—: Castarok tenía que caer algún día.

Se encoge sobre su cuerpo, con un temblor de criatura desamparada, y no vuelve a mirarnos.

—Los Arva llevan muertos mucho tiempo —me atrevo a decir finalmente.

—Yo no —levanta la cabeza, hasta casi tocar la punta nudosa del árbol—. Pero Castarok es mi Nido. Cuando caiga, yo también lo haré.

—No puedes estar vivo, Los Arva murieron hace ruedas y ruedas de la tierra.

—A ti la vida te parece corta, porque eres un Dragón Menor —me dice. Leo el orgullo en su voz y también, ¿por qué no?, un poco de desprecio—. No puede ser de otra forma. Pero mi raza vivía, incluso, milenios. Las piedras de Castarok podrían caerse, y yo aún estaría aquí.

Guarda un silencio pesado.

—Pero no quiero.

Se vira hacia Melkar, con escamas suplicantes:

—Tú, cachorro de hombre, ¿no sabes nada de los Pastores?

Melkar se encoge de hombros.

—Una lástima —susurra el Arva—. Morir en Castarok, y que ningún Pastor lo sepa.

—Ya no quedan Pastores —le digo.

—Tampoco Dragones. Me ha tocado ser la última corona de Castarok, y reinar sobre árboles, piedras, tierra y… huesos.

Mira hacia un costado, nos señala pequeños montículos blancos. Melkar es el primero en acercarse y ver.

—Son restos —me dice.

—Huesos de Reyes —agrega el Arva—. Han muerto hace mucho.

Otra vez el silencio.

—Hoy moriré yo —por primera vez me mira a la escamas, y me enseña una de sus garras rojizas—. Es un día tan bueno como otro cualquiera para que muera un Rey.

El Arva no dijo mucho más. Cada vez que hablaba, se estremecía como si un aire invisible le tocara los huesos. Sin embargo, rumiaba palabras en silencio, y abría y cerraba acompasadamente los ojos. Melkar se había sentado cerca de los huesos de los dragones. Algunos eran tan grandes como todo su cuerpo, otros, apenas astillas. Sulk miraba al Rey. No sabía que más decir.

—¿Cómo pudiste sobrevivir aquí tanto tiempo? —preguntó Melkar.

—No necesitaba mucho. Agua, y algo de alimento. Igual, era preferible quedarse aquí antes que salir allá afuera. —Luego, agregó en un susurro—: Hay sitios peligrosos. Sólo Castarok sigue siendo el nido. Antes no. Un dragón tenía refugio en cualquier sitio. Pero ahora… Ah, tiempos que cambian.

—¿Desde cuándo estás solo?

—No lo sé —contestó el Arva—. Casi siempre duermo.

No dijo mucho más. Cerró los ojos lentamente, y suspiró.

Melkar miró a Sulk.

—Creo que ha muerto.

—Aún no —contestó el otro.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

El Arva tembló, como un enfermo de fiebres.

—Los Pastores fueron los primeros en abandonar Castarok. Luego nosotros. Nunca le preguntamos por qué. Teníamos mucho orgullo entonces. —El Arva miró a Sulk—. Nunca hubiera mirado a uno como tú. Te habría llamado Pequeño Extraño. O te ignoraría. Pero, lo cierto es que ni yo mismo soy un Arva purasangre. Mi raza está mezclada, distorsionada por los años y los cruces. Soy un Rey Menor, en el mejor de los casos. Nada se da puro ya.

Junto a él, Sulk parecía un recién nacido a pesar de todas sus heridas. Las escamas en el lomo del Rey estaban gastadas, como pasadas bajo el filo de una piedra. Incluso sus ojos tenían el brillo opaco de los agonizantes.

—Mi vida ha corrido bajo la sombra de este árbol. Antes, cuando estaban los otros, cinco o seis, nunca fuimos muchos, aún hablábamos de los viejos tiempos de los Pastores. Nos contábamos las historias mil veces repetidas de cuando cayó la Torre Taera, y se hizo la oscuridad de la noche. Luego, comenzamos a mentirnos, a crear anécdotas de los viejos tiempos que nunca habían sucedido. ¡Qué vida tan tonta! Todo bajo la sombra de este árbol.

—¿Nunca has dejado Castarok? —preguntó Sulk.

—¿Para qué? Nosotros, los Arva, no tenemos el afán de aire libre que tenían los Hombres Pastores. Nos conformábamos con ver siempre las mismas estrellas, el mismo cielo y tierra. Aguardábamos con paciencia el regreso de los humanos. Ellos sí se sentían atrapados por las piedras de Castarok. Necesitaban otros aires. Pero nosotros no. ¿Para qué irme lejos?

—¿Ni siquiera cuando todos murieron?

—Yo era el Rey. No podía irme… —el Arva miró a los ojos escamas de Sulk—. El día que yo me vaya, morirá el último Nido de dragones. ¡Adiós, Castarok! Hoy ha llegado el momento.

—¿Por qué hoy? —inquirió de repente Melkar—. En tantas ruedas, ¿por qué hoy?

—Ah, no lo sé —contestó el Arva. En su voz no había mentira—. Pero sé que es el momento preciso. No lo fue antes, ni lo será después.

—¿Por qué te mueres?

—Ya no quiero vivir más. Otros dragones se han apoderado del mundo y son ahora los reyes —volvió a mirar a Sulk con envidia y asombro—. ¿Quién lo habría dicho? Un Pequeño Extraño en las piedras profundas de Castarok, junto al último Arva, cuando unas ruedas atrás ni siquiera se atrevía a rozar la punta de la torre Maewa. Los Pastores nunca se hubieran fijado en ti.

—Lo sé —dijo Sulk—. Pero los tiempos cambian… allá afuera.

—¡Qué vida tan tonta! Y bajo la sombra de un árbol —dijo, y luego observó fijamente a Melkar—. Dime tú, ¿cómo es el mundo ahora? La realidad ha cambiado. Todos han cambiado. Pero Castarok no. Nido de Arvas, tumba de reyes, recuerdo de pastores… siempre. El tiempo suspira sobre mis escamas cada vez que pasa. Dime tú, ¿cómo es el mundo ahora?

—Es —contestó Melkar, y no agregó más.

—Los dragones estamos muriendo todos a la vez… —suspiró el Arva —. Incluso tú —dirigiéndose a Sulk—. Pronto, sólo quedaran los hombres para contar todas las historias. ¡Qué vida tan tonta! Siempre bajo la sombra de un árbol. Estamos muriendo porque este no es un mundo de dragones ya, sino solo de humanos. Era algo que pasaría, tarde o temprano… no era nada imprevisible. Pero no pensé que tan pronto. Castarok se convertirá en un nido de hombres o, a lo mejor, también desaparecerá. ¡Castarok muerta!

El Arva volvió a guardar silencio. Sólo el movimiento de sus alas demostraba que todavía continuaba vivo. Se estremecía como una hoja solitaria al viento, y rumiaba palabras sin sentido. Ni Melkar ni Sulk dijeron nada.

—Bien. Entonces esto es todo. Ha llegado mi hora —murmuró el Arva, con un aleteo repentino—. Bajo el mismo árbol…

Melkar inició la retirada, y Sulk lo siguió con duda. Miraba por encima del hombro, y no se decidía a marcharse. No quería dejar a su Rey

solo, pero el Arva volvía a recogerse, como un cachorro recién nacido, sobre sí mismo, así que Sulk se resignó.

Habían llegado a la puerta cuando Melkar preguntó:

—Dime, tú que viviste en otros tiempos, ¿qué significa la palabra solipdista?

—¿Solipdista? —el Arva movió su cabeza coronada por ojos—. Oh, ¿cómo lo sabes? ¿Dónde la escuchaste?

—No sé qué significa.

—Ah…

El Arva comenzó a cantar:

Hombres solipdistas,
en las estrellas encontraron
el nombre ausente de un dios.

Eran versos cortos, pero la voz del Arva era tan hermosa, que los ojos de Melkar se cubrieron de lágrimas.

—Solipdistas…—repitió el Rey de Dragones, con los ojos entrecerrados—. Hombres de las estrellas. Abrían ventanas entre las dimensiones y veían nuevos mundos. Nosotros, en Castarok, los llamábamos «los que miran demasiado…» Ah, pero todo eso también se perdió. El tiempo se ha tragado a los solipdistas, a las palabras, a Castarok… a… a

Melkar quiso decir algo, pero no se atrevió.

—Solipdistas… —murmuró el Arva, y alzó las alas repentinamente.

Gimió.

—Bien —dijo—. Ahora déjenme. Un Rey debe morir solo.

Volvieron a sentir el aire que venía del mar infinito.

Melkar fue el primero en hablar:

—Deberíamos regresar a casa.

—Tal vez ya sea hora.

El muchacho montó a lomos del dragón.

—¿Qué será de Castarok?

—Hasta lo que más amamos debe algún día dormir —respondió Sulk. Aquellas palabras hicieron que Melkar se estremeciera: ocultaban muchas cosas.

—Regresaremos juntos —dijo el muchacho—. Regresaremos juntos.

—Sí… —afirmó el dragón, pero en su voz no había alegría.

Melkar se abrazó al cuello de su protector.

—Hasta lo que más amamos debe algún día dormir… —repitió Sulk,

casi en un susurro.

—¿Qué quieres decir?

Pero el dragón no dijo nada más.

—¡Adiós, Castarok! —exclamó Sulk cuando se elevaron por encima de las torres.

Bajo ellas, el último de los Reyes Arva comenzaba a morir.

VII
Adiós, Sulk

El viaje de vuelta fue infinitamente más corto que el de ida.

Volaron casi todo el tiempo, pero en ocasiones, Sulk necesitaba descender sobre la tierra sana a reponer las fuerzas. Eran momentos duros para ambos: el dragón se movía intranquilo de un lugar a otro, como si no encontrara reposo en tierra firme; Melkar intentaba guiarlo hacia grutas, cavernas, lugares donde el sol no le lastimara las escamas.

Sulk apenas podía ver, y protestaba por todo.

Por la lluvia que caía.

Por los rayos de sol que le quemaban.

A veces, culpaba a Melkar, gruñía palabras sin sentido, se dejaba caer sobre la tierra.

Dos días antes de ver el Uzurra, dejó de mover las escamas.

Pero continuó volando.

Hablaba de Castarok casi siempre. De salas eternamente iluminadas. De un trono encendido y Pastores que le frotaban las escamas con pétalos tiernos de mirashau.

—Ah, no soy tan viejo —me dijo, cuando estábamos a un día de distancia del Uzurra—. ¿Por qué debería morir?

—Nadie ha dicho eso —le contesté. Sus ojos ciegos intentaron encontrar mi mirada.

—Pero estoy cansado. Tan cansado, Melkar. Y ya no me necesitas.

—No digas eso.

—Ya no eres un cachorro. Cumplí con la promesa que le hice a tu madre. Ah, ¿qué más puedo hacer ahora?

—Sigue cuidándome.

—Los dragones nacen en el Uzurra, y mueren a sus pies. Yo fui algo antes de ser Sulk: un pedazo de idea, un temblor entre temblores, una masa que respiraba. Cuando tu madre me invocó, acudí a su llamado. Pero ya nadie me llama.

—Yo sí.

—¿Para qué? Tú irás a la aldea de los hombres. Allí no tengo lugar.

—Tu lugar está conmigo.

—Ah, Melkar, iría… Pero el Uzurra es más fuerte.

—¿Qué es más fuerte?

—Su llamado —me dijo.

Había llegado a los pies del Uzurra.

Sulk temblaba. Tenía los ojos cubiertos por la oscuridad.

—Llévame a un lugar donde haya sombra… —pidió, con la voz rajada.

Melkar lo guio hasta que encontraron el tronco rugoso de un árbol.

—Ah… —dijo Sulk—. Ven acá, conmigo.

Se sentaron juntos bajo la sombra.

—¿Sabes dónde queda Río Arriba, verdad? —preguntó.

—Lo sé —respondió Melkar, con un hilo de voz.

—Adiós, Melkar. Adiós, cachorro —dijo, y recostó la enorme cabeza sobre los muslos del chico.

—Adiós, Sulk…

El dragón suspiró ruidosamente, y abrió los ojos ciegos.

Dentro, aún brillaba la vida.

Iba apagándose poco a poco.

—Aún te veo —susurró—, cachorro.

—Adiós, Sulk.

Todavía tembló entre mis brazos un par de veces.

Hubiera querido decirle tantas cosas…

Pero un dragón escoge cuando morir, y Sulk lo había decidido. Había aprendido aquella lección entre los muros de Castarok.

Mi dragón no era un Arva, Rey de Reyes que quedaron sepultados entre las ruinas de una torre. Era un MilOjos Escamas, un Pequeño Extraño para los de su raza. Pero no para mí.

—Adiós, Sulk —le susurré hasta que sus ojos fueron apagándose.

Poco a poco, como los fuegos de las hogueras.

Lo enterré bajo el árbol, a los pies del Uzurra, y luego escribí en la arena:

Sulk, MilOjos Escamas.
Último Rey de Dragones.
Mi Padre.

Y un poco más bajo:

«Que las ramas coronen al Rey»

—Adiós, Sulk —dijo Melkar por última vez, mientras miraba a las cimas del Uzurra. Un dolor sin palabras le atrapaba la garganta—. Adiós.

EPÍLOGO
De sueños nacen los dragones

Addyra estaba en la huerta, como casi todas las mujeres de la aldea. Nunca había tenido habilidad para la caza, ni siquiera para la pesca. Todo su talento estaba en saber doblarse sobre los surcos escasos de Río Arriba y lograr que estos dieran fruto, a pesar de que la tierra cada día era más hostil. Las otras mujeres reconocían que era la mejor sembradora de todas. Sus manos parecían tener algún poder de crecimiento: las semillas se confiaban a ella y el suelo las recibía bien. Sin embargo, aunque aquella faena no tenía los peligros de la caza, sí cansaba a Addyra. La luz del sol se le grababa entre los ojos y la dejaba casi ciega. Sólo cuando llegaba la luna era capaz de volver a ver.

Aun doblada sobre el huerto, pensaba en sus hijos. El menor de todos acababa de dejar su pecho apenas unas lunas antes. La pequeña Aren había llorado por el seno ausente durante varios días, pero terminó acostumbrándose a la compañía de los otros niños que, como ella, eran cuidados por una Vieja Madre, mientras sus madres verdaderas cumplían sus labores. Aquel llanto de Aren reclamando leche le había roto el corazón a Addyra. El resto de sus hijos ya se ocupaban de pequeñas tareas de siembra y de pesca, pero aún no de la caza, porque era demasiado peligroso salir a los bosques donde pululaban las bestias y quién sabe qué otra cosa oscura.

Muchas veces, Addyra recordaba a su primogénito, aquel niño maravilla de la Primavera, el último de los retoños de Río Arriba que había logrado tener un protector.

Todos en la aldea esperaban el regreso de Melkar como si con él pudieran volver los viejos tiempos.

Las cosas hermosas de los Antiguos.

El conocimiento que había quedado olvidado en algún rincón de la vida de los hombres.

Ella también lo esperaba, con una mezcla de afán y extrañeza. ¿Cómo sería aquel hijo que no conocía? ¿Habría aprendido a amarla? ¿Cómo serían sus ojos, sus manos, su boca? ¿Se parecería a ella? ¿Aquel dragón protector le habría enseñado las cosas indispensables, la verdad de los hombres, su destino? Eran miles de preguntas, y todas sin respuesta. A veces, se preguntaba si había hecho bien entregando a su primogénito a una bestia de los aires. *A lo mejor*, pensaba, *fui tonta. No debí hacerlo. Era*

tan joven y tonta, y di a mi primer niño sólo para cumplir una leyenda de la gente de mi aldea. Debí haberme quedado con él.

Sin embargo, ya era tarde para arrepentirse.

Los dioses saben, se dijo, y bajó la cabeza otra vez hacia el surco.

Un grito interrumpió su trabajo:

—¡Addyra! —la llamó una Vieja Madre. Venía corriendo, sudada y con las ropas desordenadas, como si hubiera echado una carrera con un pájaro de tierra.

—¿Aren? —preguntó la mujer, echándose hacia atrás la trenza, en un gesto desesperado de confusión—. ¿Qué pasó?

—¡Ya está de vuelta! —volvió a gritar la vieja. Tenía los ojos abiertos como dos *flores de mirashau* en la primavera—. ¡Tu hijo!

Por un momento, Addyra no supo qué decir, ni qué hacer.

No sabía a qué hijo se refería la anciana.

—Todos están en la pesca, menos la chiquita…—balbuceó desordenadamente.

—¡No, tonta! ¡Tu primogénito! —dijo la vieja, y echó a correr—. Viene por el camino, y pregunta por ti… Los vigías trajeron la noticia.

—Pero aún faltan dos años… —casi se disculpó Addyra—. Aún no es tiempo…

Se quedó parada en el centro del huerto, con las manos caídas a ambos lados del cuerpo. Una de ellas temblaba. El sudor frío resbalaba por su columna como la mordida de una serpiente. Las mujeres habían abandonado el huerto y corrían hacia la puerta principal con gritos de fiesta. Solo ella no sabía qué hacer.

Era la madre, y no lo sabía.

Lentamente, casi arrastrando los pies, siguió las huellas de los pasos en la tierra, y se encaminó también a la puerta.

—¿Madre?

El niño estaba ante las puertas de Río Arriba. No se atrevía a pasar. La multitud lo atolondraba. Addyra lo vio desde lejos, rodeado por al menos una decena de cuerpos, casi perdido en una marea de hombres y mujeres, tan extraños para Melkar como lo sería ella misma en unos pocos minutos.

—¿Madre? —volvía a preguntar, mirando a todos lados, sin reconocerla.

—¿Dónde está Addyra? —preguntó una de las Viejas, con una sonrisa antigua y desdentada.

—Aquí… —apenas murmuró ella.

El resto del pueblo le abrió paso.

Addyra caminaba lentamente, acompañada por todas las miradas,

incluso la de su primogénito desconocido. Sólo pensaba: *Es tan pequeño. ¿No debería ser mayor? Y está flaquito. A lo mejor, tiene los huesos largos de su padre.*

Melkar tragó en seco.

Por primera vez en trece años, su madre estaba frente a él y no sabía que decirle.

—Soy Melkar… —balbuceó como una disculpa.

—Lo sé —afirmó ella, pero no se atrevió a decirle más nada.

—Tu hijo…

—Lo sé.

Melkar tuvo unos horribles deseos de llorar.

—Mi dragón ha muerto —agregó, como si aquellas palabras pudieran explicarlo todo—. Ha muerto, y lo enterré bajo un árbol. Era mi amigo.

Addyra se inclinó sobre aquel niño que tenía el mismo pelo rojizo que ella, y le enjugó los ojos en un gesto que había aprendido de tanto hacérselo a sus otros hijos. Sin embargo, aquella era la primera vez que tocaba a Melkar, su primogénito, luego de tantos años.

—Hace tanto que esperaba por ti… —dijo, y de inmediato supo que era cierto.

Melkar escondió los ojos en su pecho, con un temblor de enfermo.

—¿Te cuidó bien? —preguntó ella, mientras sentía aquella piel tibia de muchacho sobre su hombro—. ¿Te enseñó todo?

—Era mi padre… —balbuceó Melkar.

—Era un dragón hermoso. Sembraremos flores de mirashau sobre su tumba, para que nadie lo olvide. —Addyra lo abrazó con cuidado, susurrándole al oído.

—No lo veré nunca más…

—Quién sabe —le dijo Addyra, mientras le tomaba las manos a aquel niño extraño y, a la vez, tan suyo—. Dice una leyenda de Río Arriba que los dragones nacen de los sueños… de los mejores sueños de los hombres. Estoy segura, Melkar, que algún día volverás a verlo, quizás no de la forma en que recuerdas, quizás no tenga mil ojos, tal vez no te reconozca, pero cuando los mires, entonces sabrás que es él y ha vuelto.

—De sueños nacen los dragones… —repitió Melkar. Ya no lloraba—. Entonces, soñaré.

Y, de la mano de su madre, entró el Niño de la Primavera, por las puertas amplias de Río Arriba.

Sobre la tierra donde dormía el cuerpo de Sulk, crecieron las flores de mirashau.

Tanto en Invierno como en Primavera.

Fue el último de los dragones que nació de entre las nieblas del Uzurra.

Con el tiempo, la gente de Río Arriba olvidó que se había llamado Sulk, y sólo le llamaban el Rey.

Rey de Dragones y de Hombres.

Cuando despertó, se sentía viejo y entumecido, como si hubiera dormido durante siglos en un cuerpo que no le pertenecía.

Aún le quedaba el dolor, pero sólo como un recuerdo lejano.

También lo fue olvidando, poco a poco, junto al resto de las imágenes que venían a su cabeza

La imagen de aquel niño fue la última.

Pronto, ya no sabría quién era ni qué había significado para él. Sólo recordaba que lo había querido. A su cachorro. Intentó pronunciar su nombre, pero en aquel lugar las palabras habían dejado de tener un sentido.

El sueño se acercaba a él cada vez más.

Su cuerpo, masa indefinida, le pesaba.

Sintió el calor de otras presencias a su lado que lo llamaban, y corrió a refugiarse junto a ellas.

El Tiempo pasó con pasos lentos de anciano.

Fue entonces que soñó que alguien lo soñaba, y abrió los ojos.

SOBRE LA AUTORA

La Habana, Cuba, 1989.

Narradora, poeta y dramaturga. Licenciada en Arte Teatral y Graduada en Música. Ha cosechado numerosos premios tanto de narrativa como de poesía o teatro, tantos que mencionarlos todos en esta breve semblanza podría parecer un catálogo homérico de naves.

Ha organizado diversos encuentros literarios y es co-editora de la revista cubana de ciencia ficción y fantasía *Korad*. Conduce el espacio Punta de Flecha, dedicado a la promoción y la crítica de los jóvenes escritores, y el diálogo con los procesos culturales contemporáneos.

Su obra ha sido traducida al inglés, francés, portugués e italiano, y publicada en diversas antologías en España, Inglaterra, Italia, Venezuela, Argentina, Uruguay, México, Estados Unidos, Chile, Brasil, Puerto Rico, Australia y Cuba.

Cultiva los géneros de novela, cuento, poesía, literatura fantástica y de ciencia-ficción, teatro y literatura para niños y jóvenes.

Bibliografía

Novelas y recopilaciones de relatos

2009

- *Al límite de los Olivos* (Editorial Extramuros, Cuba)

2013

- *La hembra alfa* (Editorial Letras Cubanas, Cuba)
- *Promesas de la Tierra Rota* (Editorial Gente Nueva, Cuba)
- *Salomé (*Casa Editorial Abril, Cuba)
- *Dime, bruja que destellas* (Casa Editorial Abril, Cuba)

2014

- *De caballeros y dragones (*Ediciones La Luz, Cuba)

2015

- *Bestia* (Lugar Común Editorial, Canadá)
- *Los arcos del norte* (Editorial Gente Nueva, Cuba)
- *Culto de acoplamiento* (Editorial José Martí, Cuba)

2016

- *La hembra alfa* (Editorial Guantanamera, España)

2017

- *Fragmentos de la tierra rota* (Sportula, España)
- *El sol azul* (Casa Editora Abril, Cuba)
- *Salomé* (La Pollera, Chile)
- *Pop-Art* (Editorial Hypermedia, USA-España)
- *El trono de Ecbactana: La ciudad de las máscaras* (Editorial Gente Nueva, Cuba)

Antologías compiladas

2012

- *Axis Mundi: antología de cuentos cubanos de fantasía (*Editorial Gente Nueva, Cuba)

2013

- *Hijos de Korad*: *antología del taller literario Espacio Abierto* (Editorial Gente Nueva, Cuba)

Relatos

2014

- «Soy la abuela que vuela» (Ediciones Unión, Cuba)

2015

- «Carmen, la gitana del amor», en colaboración con Enrique Pérez Díaz (Editorial Gente Nueva, Cuba)

2016

- «De caballeros y dragones» (Ediciones La Luz, Cuba)
- «Lin y la casa de la soledad» (Selvi Ediciones, España)

Teatro

2014

- *Alter Medea* (Antares Publishing House of Spanish Culture, Canadá)

2015

- *El árbol de los gatos* (Metec Alegre Edizioni. Italia)
- *Hentai* (Ediciones Loynaz, Cuba)

2017

- *Teatro para un Game Over* (Editorial Hypermedia, USA-España)
- *Raspute/Encrucijada* (Ediciones Aldabón, Cuba)

Poesía

2014

- *Framboyán* (Ediciones La Luz, Cuba)

2015

- *Escudo de todas las cabezas* (Ediciones Loynaz, Cuba)
- *Las criaturas del silencio* (Editorial Sanlope, Cuba)

2016

- *Canto de cisne* (Editorial Voces de Hoy, Miami, Estados Unidos)
- *Sakura* (Editorial Desbordes, Santiago de Chile)
- *Las montañas de la extinción* (Ediciones Matanzas, Cuba)

SPORTULA

Todos los libros tienen edición electrónica. Aquéllos marcados con (*) también han sido editados en papel.

1. (*) *El adepto de la Reina.* Rodolfo Martínez
2. (*) *El carpintero y la lluvia.* Rodolfo Martínez
3. (*) *El sueño del Rey Rojo.* Rodolfo Martínez
4. (*) *Laberintos y tigres.* Rodolfo Martínez
5. *Territorio de pesadumbre.* Rodolfo Martínez
6. (*) *Cabos sueltos.* Rodolfo Martínez
7. *Desde la tierra más allá del bosque.* Rodolfo Martínez
8. *Horizonte de sucesos.* Rodolfo Martínez
9. (*) *El abismo en el espejo.* Rodolfo Martínez
10. *La Ciudad, tres momentos.* Rodolfo Martínez
11. *Embrión.* Rodolfo Martínez
12. (*) *El jardín de la memoria*. Rodolfo Martínez
13. *Amistad.* Rodolfo Martínez
14. (*) *La ciencia ficción de Isaac Asimov.* Rodolfo Martínez
15. (*) *La sabiduría de los muertos.* Rodolfo Martínez
16. *Ferozmente subjetivo.* Rodolfo Martínez
17. (*) *Vintage '62: Marilyn y otros monstruos*. Varios autores. Selección de Alejandro Castroguer
18. *Occidente.* Chema Mansilla
19. (*) *The Queen's Adept.* Rodolfo Martínez
20. (*) *Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal.* Varios autores. Coordinado por Rodolfo Martínez
21. *Sondela.* Rodolfo Martínez
23. *Bestiario microscópico.* Sofía Rhei
25. (*) *Este incómodo ropaje (Los sicarios del Cielo).* Rodolfo Martínez
26. (*) *Jormungand.* Rodolfo Martínez
27. *Más allá de «Lágrimas de luz».* Rafael Marín, Mariela González
28. *Roy Córdal, detective*. Rodolfo Martínez
29. *Lágrimas de luz*. Rafael Marín
30. *Este relámpago, esta locura*. Rodolfo Martínez
31. (*) *Lágrimas de luz. Posmodernidad y estilo en la ciencia ficción española*. Mariela González
32. *Nunca digas buenas noches a un extraño*. Rafael Marín
33. *El alfabeto del carpintero*. Rodolfo Martínez
34. *W. de Watchmen*. Rafael Marín
35. (*) *Porciones individuales*. Rodolfo Martínez
36. *Un agujero por donde se cuela la lluvia*, Rodolfo Martínez
37. (*) *Terra Nova. Antología de ciencia ficción contemporánea*. Varios autores. Selección de Mariano Villarreal y Luis Pestarini
38. *Danza de tinieblas.* Eduardo Vaquerizo

39. (*) *Las huellas del poeta.* Rodolfo Martínez
40. *Gabriel revisitado*. Domingo Santos
41. *Un jinete solitario*. Rodolfo Martínez
42. *La leyenda del navegante*. Rafael Marín
43. (*) *Bajo soles alienígenas*. Domingo Santos
44. (*) *Némesis*. Juan Miguel Aguilera y Javier Redal
45. *Los celos de Dios*. Rodolfo Martínez
46. *Náufragos (Stranded)*. Juan Miguel Aguilera y Eduardo Vaquerizo
47. *El teatro secreto.* Víctor Conde
48. (*) *Viaje a un planeta Wu-Wei*. Gabriel Bermúdez Castillo
49. (*) *Simetrías rotas*. Steve Redwood
50. *Memoria de tinieblas*. Eduardo Vaquerizo
51. *Elemental, querido Chaplin*. Rafael Marín
52. *Hal Foster, una épica post-romántica*. Rafael Marín
53. (*) *Más allá de «Némesis».* Varios autores. Coordinado por Juan Miguel Aguilera
54. (*) *Terra Nova. An Anthology of Contemporary Spanish Science Fiction*. Compiled by Mariano Villarreal
55. (*) *Fieramente humano*. Rodolfo Martínez
56. *Peta Z. Varios autores*. Coordinado por Víctor Blázquez
57. *Drímar, el ciclo completo*. Rodolfo Martínez
59. (*) *Cuentos de la Tierra Vaga*. Enrique Lázaro.
60. *Teoría de la literatura de ciencia ficción. Poética y retórica de lo prospectivo*. Fernando Ángel Moreno
61. (*) *El signo de los cuatro*. Arthur Conan Doyle
62. (*) *14 maneras de describir la lluvia*. Daniel Pérez Navarro
63. (*) *Vintage '63: JFK y otros monstruos*. Varios autores. Selección de Alejandro Castroguer
64. *Principito debe morir*. Carmen Moreno
65. *Mercaderes de tiempo*. Víctor Conde
66. *Detective*. Rodolfo Martínez
67. *Garaje 451*. Manuel Miyares
68. *Los herederos de Julio Verne*. Gabriel Bermúdez Castillo
69. (*) *Jack Kirby. El cuarto demiurgo*. José Manuel Uría
70. *Adepta*. Felicidad Martínez
71. (*) *Bifrost*. Rodolfo Martínez
72. (*) *La boca del infierno*. Rodolfo Martínez
73. (*) *Horizonte lunar.* Felicidad Martínez
74. (*) *El hombre que cabía en una botella de anís del mono*. Antonio Romero
75. *El rey lansquenete*. Santiago García Albás
76. (*) *Entre las cenizas*. Manuel Miyares
77. *Empaquetados*. Varios autores.
78. *Tom Sawyer, detective*. Mark Twain
79. *Delirios de grandeza*. Santiago García Albás
80. (*) *Juglar*. Rafael Marín
81. (*) *Mobymelville*. Daniel Pérez Navarro
82. *La parte del ángel*. Santiago García Albás
83. (*) *Mundos en la Eternidad*. Juan Miguel Aguilera y Javier Redal
85. *El mundo de SIC*. Santiago García Albás
86. (*) *Los Premios Ignotus 1991-2000*. Varios autores. Coordinado por Rodolfo

Martínez
87. *El cadáver que soñab*a. Rodolfo Martínez
88. (*) *La piedad del Primero*. Pablo Bueno
90. (*) *Crónicas de Tinieblas*. Varios autores. Coordinado por Eduardo Vaquerizo
91. (*) *Cybersiones*. Santiago García Albás
92. (*) *Los pingüinos también se ahogan*. Steve Redwood
93. (*) *El heredero de Nadie*. Rodolfo Martínez
95. (*) *Infierno nevado*. Ismael Martínez Biurrun
96. (*) *La máquina del tiempo*. H. G. Wells
97. (*) *Mariposas del oeste y otros relatos*. Varios autores. Edición y selección de Mariano Villarreal.
98. *La torre del elefante*. Robert E. Howard
99. (*) *Los rostros del pasado*. Rodolfo Martínez, Felicidad Martínez
100. (*) *Alucinadas*. Varias autoras. Edición de Cristina Jurado y Leticia Lara
101. (*) *Ecos*. Víctor Conde
102. (*) *Cat's Whirld*. Rodolfo Martínez
103. *La suerte del Dios Hambriento*. M. C. Arellano
104. (*) *A la deriva en el mar de las lluvias y otros relatos*. Varios autores. Edición y selección de Mariano Villarreal
105. (*) *La sonrisa del gato. Edición 20 aniversario*. Rodolfo Martínez
106. *Los Irregulares de Baker Street*. Varios autores. Edición y selección de Carmen Moreno
107. (*) *Antes de Akasa-Puspa*. Varios autores. Edición y selección de Juan Miguel Aguilera
109. *El muerto estaba de paso*. Rodolfo Martínez
110. (*) *La mirada extraña*. Felicidad Martínez
111. (*) *Castillos en el aire*. Varios autores. Edición y selección de Mariano Villarreal
112. (*) *Trafalgar*. Angélica Gorodischer
113. (*) *Castles in Spain*. Compiled by Mariano Villarreal
114. (*) *Alucinadas II*. Varias autoras. Edición de Sara Antuña y Ana Díaz Eiriz
115. (*) *La hora de los desterrados*. Pablo Bueno
116. (*) *Leyendas del Metaverso*. Varios autores. Edición y selección de Víctor Conde
117. *Mundos y demonios*. Juan Miguel Aguilera
118. (*) *Todo arde*. Raúl Silvestre
119. (*) *Sopa de elegidos*. Pablo García Maeso
120. (*) *Los archivos perdidos de Sherlock Holmes*. Rodolfo Martínez
121. (*) *Premio Avalón de Relato Fantástico*. Varios autores. Edición de Rodolfo Martínez
122. *Las astillas de Yavé*. Rodolfo Martínez
123. *Encuentro fortuito*. Christopher Kastensmidt
124. (*) *Fragmentos de la Tierra Rota*. Elaine Vilar Madruga
125. (*) *Dark fantasies*. Varios autores. Edición de Mariano Villarreal
126. (*) *Torres de Babel*. Ian Whates